EDITORIAL VIDA

Autoridad para Sanar

Ken Blue

¿Ha orado alguna vez por un amigo enfermo?

¿Sana Dios todavía? Si es así, ¿por qué hay tantas personas que sufren dolencias y enfermedades? Todos hemos oído relatos de sanidades milagrosas. Pero ¿podemos creerlos? ¿Por qué algunas personas se sanan y otras no? ¿Le da Dios a cualquier cristiano la autoridad de sanar?

A medida que Ken Blue examinaba esos interrogantes, encontraba muchas respuestas, pero ninguna que lo dejara satisfecho. Él quería respuestas bíblicas y acordes con un Dios amoroso y justo. La búsqueda que hizo en la Biblia y en el ministerio de la sanidad ha producido un libro excelente y de profundo contenido.

Ken Blue es pastor de la *Fraternidad Cristiana de la Viña* en Vancouver, Canadá, y director de *Ministerios del Reino*, organización que proporciona conferencias para las iglesias de Norteamérica.



ISBN 0-8297-1846-X

Categoría: Teología / Sanidad

Autoridad para Sanar

Ken Blue



EDITORIAL VIDA es un ministerio misionero internacional cuyo propósito es proporcionar los recursos necesarios para evangelizar con las buenas nuevas de Jesucristo, hacer discípulos y preparar para el ministerio al mayor número de personas en el menor tiempo posible.

ISBN 0-8297-1846-X
Categoría: Teología/ Sanidad

Este libro fue publicado en inglés con el título *Authority to Heal* por InterVarsity Press

Traducido por José Silva D.

Edición en idioma español

Deerfield, Florida 33442-8134

Cubierta diseñada por Gustavo Camacho



Índice

A mi madre, Rut Blue, quien recibe con gran deseo la sanidad de Dios y la entrega gratuitamente a otros.



Agradecimientos

Son muchos los que me han alentado en esta publicación; pero no me es posible agradecer más que a unos cuantos. Mis primeras palabras de agradecimiento son para Juan Wimber, quien, más que ningún otro, me impartió la enseñanza y la experiencia en el ministerio de sanar a los enfermos. Espero que él reconozca su influencia en estas páginas. También expreso mi gratitud al profesor Raimundo Anderson, quien me hizo preguntas difíciles y luego me ayudó a hallarles respuestas que fueran pastoral y teológicamente aceptables. Espero que él también reconozca su influencia en estas páginas. Le doy gracias a mi amigo y mentor, Juan White, por animarme a publicar esta obra y por ayudarme a presentarla en forma apropiada. También le doy gracias a C. Peter y a Jaime Hoover, cada uno de los cuales me ayudó a su manera en este libro. Por último, expreso mi más sincera gratitud a Patricia, mi esposa, y a mi secretaria Rauna Amouzou por mecanografiar este manuscrito.



Prefacio

Un famoso escritor chino nos dice que hay dos clases de autores. Unos acumulan datos, los ordenan y sacan conclusiones. Los otros, enfrentados a los mismos datos, los incorporan en su vida y más tarde, la urgencia de una experiencia vital los obliga a escribir.

Por consiguiente, hay también dos clases de libros. Los primeros pasan sólo por el intelecto del escritor. Los segundos son el costoso fruto de sus afanes, luchas y alegrías. Reflejan una sabiduría que se ha probado en el laboratorio de la vida. Usando la expresión del apóstol Juan, son la palabra del testimonio del escritor.

Ken Blue es de la segunda clase de escritores. Sus escritos son más bien el fruto de la experiencia propia que de la objetividad académica. Antes de entender plenamente las verdades bíblicas es necesario vivirlas. No quiero decir con esto que lo que él presenta es simplemente su propia experiencia. Lejos de ello, refleja precisamente un énfasis bíblico. Pero con el trabajo y la alegría de vivir este énfasis, se acrecentó su confianza en él, se profundizó el aprecio que le tiene y su sentido de urgencia en cuanto a la importancia que reviste lo obligó a desahogarse y escribir.

Ken nos cuenta, pues, su experiencia al haber puesto a prueba la Escritura. Considerando la clase de escritor que es, no nos debe sorprender que para él la razón fundamental por la cual debemos sanar a los enfermos es que Cristo nos lo ha mandado. Lo que tiene que decir reviste más que un interés puramente académico; refleja un imperativo urgente.

Sin embargo, no pasa por alto las consideraciones académi-

cas. Trata con firmeza el error y las opiniones que no concuerdan con la Biblia, ya sea que provengan de los que abogan por la sanidad o de los que se oponen a ella. Porque en el siglo veinte este asunto ha dividido a los cristianos en dos bandos, cada uno de los cuales combate al otro con verdades a medias y falsos lemas bíblicos, cada uno de los cuales está arrogantemente convencido de su virtud y de su rincón en lo que se refiere a la verdad y a la aprobación divina.

Pero ahora hay señales de que una vez más la sanidad puede ocupar el lugar que le corresponde en la vida normal de las iglesias locales. Me uno a Ken en oración para que este libro tenga una parte en producir esa transformación.

Juan White



Introducción

Volviendo a descubrir el ministerio de la sanidad

Los cristianos de hoy día están volviendo a descubrir el ministerio de Cristo de sanar a los enfermos, y yo soy uno de los que están haciendo este nuevo descubrimiento. Junto con muchos otros cristianos evangélicos, siempre he creído en los relatos del Nuevo Testamento acerca de las sanidades que realizaron Jesús y sus discípulos. Por otra parte, nunca he hallado ninguna prueba bíblica que indique que ese ministerio cesaría con los apóstoles o que en realidad cesó con ellos. En cambio, entiendo que debe continuar en la Iglesia hasta que Cristo regrese.

Sin embargo, muchas veces en que en tiempos pasados oraba por los enfermos en mi papel de pastor, padre o amigo, la mayoría de las personas por las que oré no mejoraron, e incluso algunos murieron. En efecto, mi mejor amigo murió prácticamente en mis brazos, mientras yo oraba con tanto fervor como podía y con toda la fe que tenía.

La Biblia decía que sí al ministerio de sanidad de la Iglesia; pero mi experiencia decía que no. Desconfié de mí mismo. ¿Había leído correctamente la Biblia? ¿Era cierto que los milagros de sanidad habían cesado con los apóstoles? ¿Le pasaba algo a mi fe? ¿No era lo bastante justo como para tener respuesta a mis oraciones?

Desconfié de Dios. ¿Había prometido en el Nuevo Testamento más de lo podía o quería dar hoy? ¿Se interesaba en nuestra alma, pero no en nuestro cuerpo? ¿Quería que aceptá-

ramos pasivamente la enfermedad y el dolor como una prueba o bendición purificadora que venía de parte de Él?

Por necesidad comencé a abrirme paso entre mis dudas para hallar respuestas. Al fin y al cabo, las exigencias de mi ministerio me obligaban a aprender a sanar a los enfermos o a encontrar otra clase de trabajo.

En la primavera de 1979 fundé una misión evangelística en la zona oeste de la ciudad de Vancouver, Canadá. Nunca me imaginé entonces que evangelizar con eficacia y fundar una iglesia en esa comunidad me exigirían que sanara a los enfermos y librara a los endemoniados.

Esa comunidad urbana de la costa occidental del Canadá es famosa por sus playas, sus diversos estilos de vida que se caracterizan por tener valores y costumbres contrarios a los de la sociedad establecida, y su densa población entregada a la psicología popular y a las sectas religiosas. Hace tiempo la Asociación Evangelística Billy Graham la clasificó como una de las zonas menos evangelizadas de Norteamérica. En efecto, les era manifiesto que los residentes de esa comunidad abrazaban con entusiasmo toda clase de orientación religiosa excepto el evangelio de Jesucristo.

Nuestra misión en esa zona era sostenida y gobernada por un grupo de iglesias que representaban a la mayoría de las principales denominaciones de Canadá occidental. Mis colaboradores en este esfuerzo evangelístico eran personas diestras, creativas y muy motivadas. Durante los cuatro años de actividad de la misión empleamos toda estrategia y táctica evangelística concebible. Llamamos a las puertas; predicamos en las esquinas de las calles; dirigimos estudios bíblicos evangelísticos en nuestra propia librería cristiana; promovimos conciertos en la playa y en auditorios; representamos obras de buena calidad en las calles; proporcionamos ayuda social a los necesitados; repartimos y enviamos por correos Biblias y literatura evangélica; fundamos un servicio de orientación para el vecindario; enviamos obreros adiestrados, de cincuenta en cincuenta, a testificar en las calles; ayunamos, oramos y clamamos a Dios. Esas actividades evangelísticas eran respaldadas y consolidadas por la iglesia de la que entonces yo era el pastor.

Este trabajo era agradable para todos los que participábamos en él. Mediante nuestros esfuerzos, algunos de nuestros vecinos se hicieron discípulos de Jesucristo y, por consiguiente, creció nuestra iglesia. Esas recompensas fueron importantes. Sin embargo, nuestros cinco años de trabajo produjeron pocos cambios positivos en la comunidad en conjunto. Al parecer, el evangelio no había afectado aún la vida social ni religiosa de la zona.

Una dificultad especial que tuvimos en nuestro campo misionero fue que éramos tan sólo uno de los muchos grupos religiosos que se habían establecido allí. Todos estos grupos predicaban las virtudes de sus diversos *gurúes* y salvadores. Según el punto de vista de gran parte de la comunidad, no era mucho lo que los separaba de nosotros. Como podíamos señalar nuestras Sagradas Escrituras, nuestros profetas, nuestra conversión, nuestra comunidad de amor, aceptación y responsabilidad social, ellos podían hacer otro tanto. Y cuando nos sentábamos con los líderes de esos grupos para considerar cuestiones relativas a la verdad y a la defensa racional de nuestras creencias, lográbamos un triunfo convincente. Pero esto parecía no tener importancia. Hacíamos todo lo humanamente posible para definir nuestra distancia de dichos grupos a fin de presentar el único evangelio salvador de Jesucristo. Pero nos faltaban, como lo señaló el Comité de Evangelismo de Lausana, las "señales que confirmarán nuestra evangelización".[1]

Cuando la iglesia primitiva predicaba el evangelio de Jesucristo, su predicación era confirmada e ilustrada con señales que generalmente se manifestaban en forma de sanidades. Esa combinación de predicación con poder manifiesto producía efectos notables. Casi en todos los casos en que el Nuevo Testamento consigna que multitudes se volvieron a Dios, concurrieron los dos. No obstante las especulaciones dispensacionales acerca

1 En el documento número veintiuno presentado en Lausana, y redactado bajo la presidencia del Reverendo Juan R. W. Scott, se identifican las señales del reino de Dios como cruciales y esenciales a la evangelización. Los miembros del comité declaran: "La evangelización es la proclamación del reino en la plenitud de sus bendiciones y promesa . . . Jesucristo, además de predicar el reino, demostró su realidad con las 'señales del reino', testimonio público de que el reino de que hablaba había venido. Creemos que las señales deben confirmar también nuestro trabajo de evangelización." *Evangelism and Social Responsibility,* Documento número 21 Presentado en Lausana (Grand Rapids: 1982), pp.31-32.

de que los dones de sanidades desaparecieron con los apóstoles, ese aspecto de la vida y testimonio de la Iglesia no es un fenómeno exclusivo del siglo primero. J. Sidlow Baxter y Morton Kelsey prueban con abundantes documentos la continua manifestación de las señales milagrosas del reino de Dios a lo largo de la historia de la Iglesia.[1] Y donde la Iglesia crece rápidamente hoy — como en China, América del Sur y África —, allí hay predicación del evangelio así como también poder de lo alto para confirmar e ilustrar ese evangelio.

La relación entre el ministerio de sanidad activo y la evangelización eficaz se mantiene incluso en el Occidente industrializado. En su libro *Power Evangelism* [Evangelización con poder], Juan Wimber trata sobre esa relación en América del Norte. Y desde hace veinticinco años el canónigo Jaime Glennon, de Sydney, Australia, dirige un ministerio de sanidad que entre los ministerios anglicanos de su clase es en la actualidad el más grande del mundo. Hace poco me dijo que en su iglesia han ganado más personas para Cristo por medio de las sanidades que por todos los otros medios combinados.

Mientras reflexionábamos acerca de nuestra situación, que contrastaba con la rápida expansión de la Iglesia del Nuevo Testamento y en otras partes del mundo en la actualidad, fue evidente que necesitábamos hacer lo que ellas hacían.

A medida que tratábamos de incorporar nuevos creyentes en la iglesia, se hacía más imperiosa nuestra necesidad de contar con un ministerio confirmado con más de las señales del reino de Dios, en especial de sanidad y de liberación. Muchos jóvenes de la comunidad querían seguir a Jesucristo, pero las drogas y el alcohol los tenían esclavizados. Algunos estaban muy dedicados al ocultismo. Unos cuantos, entre los que había hombres y mujeres, ejercían la prostitución. A muchos de ellos era casi inútil aconsejarlos o brindarles apoyo de parte de la comunidad. Necesitaban ser libertados espiritual, física y emocionalmente de las poderosas fuerzas que los esclavizaban. Fue

1 J. Sidlow Baxter, *Divine Healing of the Body* (Grand Rapids: Zondervan, 1979); Morton Kelsey, *Healing and Christianity* (Nueva York: Harper & Row, 1973).

entonces cuando decidí buscar a alguien que me enseñara a orar por los enfermos y los endemoniados.

Poco después de comenzar mi búsqueda oí del curso "Señales, maravillas y crecimiento de la iglesia" que ofrecía el Seminario Fuller y me matriculé en él. Esa clase, que enseñaban Juan Wimber y Pedro Wagner, vino a ser mi "plataforma de lanzamiento" hacia el ministerio de la sanidad. Me proporcionó bastante información y experiencia para comenzar. Los primeros meses de oración por los enfermos fueron frustrantes; pero a medida que pasaba el tiempo vi cada vez más personas sanadas, y algunas de un modo espectacular. Era claro que estaba ejerciendo un nuevo ministerio.

Al principio quería aprender sobre la sanidad y la liberación para confirmar el evangelio en la evangelización y ejercer un ministerio pastoral eficaz. Pero pronto a esos motivos originales les añadí otros. Descubrí que la compasión venía a ser una razón apremiante para orar por los enfermos. También era estimulante ser el agente de Dios en el alivio de las enfermedades y los dolores. Orar por los enfermos y ver que recibieran ayuda era, y es, una experiencia sumamente agradable.

Sin embargo, poco a poco llegué a lo que para mí es el motivo esencial para orar por los enfermos. Hacía quince años que leía la Biblia, pero jamás me había fijado que cuando Jesús les dijo a sus discípulos que predicaran el reino de Dios, también les mandó que sanaran a los enfermos y echaran fuera demonios (Lucas 9:1-2; 10:8-9; Mateo 10:7-8; Marcos 6:12-13). Predicaba el evangelio porque vi que el Señor había mandado esto. Pero ahora me daba cuenta de que al mismo tiempo me mandaba a sanar a los enfermos y a echar fuera demonios. Ya sea que las sanidades sean de ayuda o no en la evangelización, o que ese ministerio sea agradable o no, o incluso que tenga buen resultado o no, jamás me detendré. Ahora entiendo que el mandamiento de orar por los enfermos es uno que no puedo pasar por alto ni desobedecer con excusas.

Lo que comenzó como la necesidad de un evangelización más eficaz, produjo un cambio en mi estilo de vida. En general, se ha renovado mi vida devocional. También la lectura de la Biblia se ha convertido en una verdadera aventura para mí.

Muchos pasajes del Nuevo Testamento que antes había interpretado de un modo más o menos metafórico, han venido a tener para mí un significado literal y concreto. Ahora veo y toco lo que antes parecía distante e irreal. Además, yo mismo he recibido muchas veces sanidad física e interior como resultado de mi participación en el ministerio de sanidad.

Cuando comencé a instruir y a adiestrar a otros en el ministerio de orar por los enfermos, preparé mi propio material de enseñanza. Quería elaborar una teología y un modelo de ministerio que fueran compatibles con mis creencias y convicciones doctrinales evangélicas. La teología y el modelo de ministerio que presento en este libro los he enseñado en más de cien conferencias y reuniones en iglesias. Como resultado de esas pruebas sobre el terreno, he vuelto a escribir muchas veces el material de enseñanza y perfeccionado el modelo de ministerio.

Confío en que lo que escribo aquí, lo seguirán probando, comprobando y mejorando quienes son más competentes y expertos que yo.

La primera de las cuatro partes de esta obra es un análisis crítico de diversos enfoques de la sanidad divina. A esos puntos de vista los llamo "obstáculos teológicos" porque ningún pastor tiene que ver con ellos, son incompatibles con las Escrituras y por lo general, minan el ministerio de sanidad de la iglesia.

La segunda parte es un análisis teológico del propósito de Dios de sanar a los enfermos y de los medios de que dispone para eso. Primero examino la manera cómo el concepto que tenemos de la voluntad de Dios en cuanto a la enfermedad y a la sanidad determina nuestra eficacia en el ministerio. Luego sostengo que la voluntad de Dios con respecto a la enfermedad y a la sanidad se nos revela en la encarnación de su Hijo.

En seguida examino la relación que hay entre la venida del reino de Dios en Jesucristo y el ministerio de sanidad de la Iglesia hoy día. Analizo aquí el poder del mal para causar enfermedades y la autoridad de la Iglesia para sanar, así como también la cuestión de la soberanía de Dios y la fe del creyente en el proceso de sanidad.

En la tercera parte presento modelos de sanidad divina.

Aquí ofrezco un modelo de cinco pasos que se puede poner en práctica en la mayoría de las congregaciones cristianas. Ese modelo les proporciona una estructura para el ministerio al ministro y al equipo que ministra la sanidad. Al ministro le da un lugar donde comenzar, un camino por donde seguir y otro lugar donde detenerse en el ministerio de orar por los enfermos. Después de esto sigo con una exposición sobre la complejidad y la integridad de los seres humanos con relación a la sanidad y concluyo con un llamamiento a la obediencia en lo que se refiere a proseguir con el ministerio de sanidad de Jesucristo.

Lo que escribo aquí lo ofrezco para ayudar a los cristianos y a las congregaciones a comenzar y estar mejor preparados en el ministerio de sanar a los enfermos. A medida que Dios sigue restaurando más de las señales del reino en nuestras congregaciones, elevo una vez más una antigua oración cuyo autor permanece en el anonimato:

Oh Dios de verdad, líbranos de la cobardía que huye de la nueva verdad, de la pereza que se contenta con la verdad a medias, de la arrogancia que cree saber toda la verdad.

Primera parte



Despejando el terreno de obstáculos teológicos

En nuestro mundo, los espinos y las malas hierbas medran sin ayuda alguna de nuestra parte. En cambio, los árboles frutales y las hortalizas necesitan constantemente nuestra atención tan sólo para sobrevivir. Esta primavera planté un huerto en nuestro patio. Antes que pudiera sembrar semilla en el terreno, mis hijos y yo tuvimos que despejarlo de los espinos y las malas hierbas que habían crecido durante el invierno. Luego planté buena semilla que brotó, dio fruto y ahora está lista para la cosecha. Cuando nos preparamos para orar por los enfermos, debe de ocurrir un proceso similar de quitarle la hierba o escarda en nuestro pensamiento. Antes que se pueda sembrar la buena semilla teológica y bíblica en nuestro corazón, hay que desarraigar primero ciertas malas hierbas y espinos.

El Nuevo Testamento no deja ninguna duda acerca de la autoridad de la Iglesia sobre Satanás, el pecado y la enfermedad. Pero hoy día al pueblo de Dios le falta mucho de esa certeza y poder originales, en parte porque ciertas ideas erróneas han echado raíces en nuestro pensamiento. Esas malas hierbas y espinos nos inutilizan, confundiéndonos e inhibiéndonos. En la parábola del sembrador (Mateo 13; Marcos 4; Lucas 8), las malas hierbas y los espinos ahogan a veces la buena semilla del reino de Dios y le impiden dar fruto. De igual modo, en la Iglesia de hoy día se limitan el discernimiento y la confianza necesarios para orar eficazmente por los enfermos.

En esta sección identificaré los obstáculos teológicos que hoy día minan el ministerio de sanidad en la Iglesia. A medida que trato sobre esos obstáculos presentaré una teología de la sanidad que sea positiva y que imparta poder.

Capítulo 1



Santificación por medio de la enfermedad

A lo que en la familia humana llamaríamos maltrato de los hijos, hay quienes en la familia de Dios han calificado de bendición. Francisco MacNutt lo explica así:

> *Cuando decimos que Dios envía la enfermedad o nos pide que la soportemos, les creamos a muchas personas una imagen de Dios que a la larga deben desechar. ¿Qué madre o padre humanos le escogerían el cáncer a su hija para aplacarle el orgullo? . . . Los predicadores y capellanes que tratan de consolar a los enfermos diciéndoles que acepten su enfermedad como una bendición que Dios les envía, les dan una consolación inmediata, ¡pero a qué costo final! . . . En cierto sentido tratamos a Dios algo así como una deidad pagana, a la que se aplaca con sacrificios humanos.*[1]

En la actualidad, uno de los mayores obstáculos al ministerio de sanidad, que es vital en la Iglesia, es el concepto de que la enfermedad es esencialmente buena para nosotros, que Dios nos la envía para purificar nuestra alma y formar nuestro carácter. Por esa razón muchos creyentes estiman que es mejor soportar la enfermedad que ser sanados. Aceptar la "cruz de la enfermedad" se considera como una digna imitación de Cristo;

---

1 Francis MacNutt, *The Power to Heal* (Notre Dame: Ave Maria Press, 1977), pp. 139-40.

tratar de sanar, como un deseo egoísta. Por tanto, muchos que pudieran ser sanados no lo son, simplemente porque piensan que no deben serlo.

LOS ORÍGENES DE LA SANTIFICACIÓN POR MEDIO DE LA ENFERMEDAD

Los orígenes de esa forma de pensamiento se remonta hasta las persecuciones de la Iglesia por los romanos durante los siglos segundo y tercero. Esas primeras persecuciones sangrientas provocaron una crisis de la fe dentro de la iglesia primitiva. Tanto los teólogos como los laicos luchaban por comprender lo que estimaban como una contradicción. Ellos creían que Cristo debía triunfar sobre sus enemigos; pero parecía que estos estaban ganando las batallas.

Apaciguaron la tensión producida por esa aparente contradicción hallando dignidad y propósito en su sufrimiento. Los cristianos de los siglos segundo y tercero comenzaron a pensar que, si bien Jesucristo se había entronizado, los falsos gobernantes de este mundo seguían resistiendo a su autoridad mediante la persecución de sus discípulos. El sufrimiento de estos demostraba que eran fieles a su rey.

De modo que la iglesia primitiva aprendió el valor del sufrimiento. Pero también comenzó a observar los beneficios prácticos de dicho sufrimiento. Las persecuciones parecían purificar y multiplicar los miembros de la iglesia. Cualquiera de ellos que fuera insincero o indiferente también era apóstata; y sin embargo, la iglesia aumentaba en número. Por eso Tertuliano dijo: "La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia." Observé estos mismos efectos positivos de las persecuciones contra el Cuerpo de Cristo mientras servía como misionero en lo que entonces era la Europa Oriental comunista.

Las persecuciones en la iglesia primitiva se estimaban tanto que, según Pedro Davids, erudito en el Nuevo Testamento, se desarrolló un culto implícito al martirio entre los años 100 y 300 d.C.[1] Sufrir, y especialmente morir, por la fe elevaba a la víctima a un rango superior. Durante ese período hubo tres clases de creyentes en la iglesia: 1) Los desechados, que cedían para evitar el sufrimiento; 2) la mayoría, que no sufría mucha persecución o huía de ella, y 3) los "confesores", que eran encarcelados o martirizados por su fe.

Las persecuciones de los romanos contra la iglesia (que siempre fueron esporádicas) cesaron oficialmente durante la época de Constantino. Como los cristianos hicieron alianza con el Imperio y con el tiempo se convirtieron en la clase privilegiada, algunos creyentes se preocuparon. En primer lugar, notaron que cuando el cristianismo llegó a ser la religión oficial de Roma, bajaron las normas morales y espirituales de este. En segundo lugar, aparte de las persecuciones carecían de los medios para llegar al rango de mártir.

En respuesta a esa doble preocupación, muchos huyeron al desierto para practicar el ascetismo. Sin las persecuciones patrocinadas por el Imperio, los verdaderos "confesores" tenían que perseguirse a sí mismos. Los ascetas lo hicieron mediante ayunos prolongados, la exposición a los elementos naturales, la privación del sueño y el abandono de los principios fundamentales de higiene. Desde luego, muchas veces se originaron enfermedades. Así pues, algunos llegaron a pensar que la enfermedad era sinónimo del sufrimiento de los verdaderos "confesores" y, por tanto, la consideraron de manera positiva.

La creencia de que envilecer el cuerpo es espiritualmente provechoso cobró un falso valor y fue promovida por la filosofía griega. En el pensamiento griego se sostenía una dicotomía entre el espíritu y la materia. Al primero se lo consideraba bueno; a la segunda, mala. Bajo la influencia griega en los siglos tercero y cuarto d.C., la Iglesia comenzó a considerar el cuerpo cada vez con más desprecio. Se enseñaba que todo lo que refrenara los placeres y satisfacciones corporales, como la enfermedad, era bueno para el alma. Así el pensamiento griego proporcionó el abono para el concepto ascético de la "santificación por medio de la enfermedad".

En resumen, la iglesia primitiva aceptó primero el sufrimiento y luego lo adoptó bajo la persecución. Cuando cesaron las persecuciones patrocinadas por el Imperio, el sufrimiento continuó en forma de persecución personal. Muchas veces esta acarreó enfermedades, que a su vez se atribuyeron a los efectos

---

1 Pedro Davids, "El sufrimiento en la perspectiva bíblica e histórica", obra inédita, 1985.

santificantes de la persecución original. Cuando la filosofía griega afirmó estas actitudes erróneas, el concepto de "santificación por medio de la enfermedad" se arraigó con firmeza en la iglesia. Y cuando se estimó a la enfermedad como un posible beneficio para la formación espiritual del creyente, llegó a ser menos frecuente la oración por la sanidad.

El abandono del ministerio de la sanidad física de parte de la Iglesia se reflejó en la manera como esta comenzó a interpretar las Escrituras. Los pasajes del Nuevo Testamento que tratan sobre la sanidad fueron interpretados en función del alma. Por ejemplo, se usó Santiago 5:13-18, que se refiere con claridad a la sanidad física, para sostener el concepto de "últimos derechos" o "extremaunción". Aquí la oración que se ofrece con fe para que se salve o sane el enfermo (Santiago 5:15) se interpretó de nuevo en el sentido de que el alma enferma se "salvará" del pecado en preparación para la muerte del cuerpo. Al contrario de lo que significa el texto, en esta interpretación no había ninguna esperanza y ni siquiera un deseo de que el enfermo se sanara físicamente.

Arraigada con firmeza en la doctrina de la Iglesia, la "santificación por medio de la enfermedad" sobrevivió intacta a la Reforma. Esta desechó la "extremaunción" a causa de sus implicaciones sacramentales; pero quedó una ambivalencia fundamental hacia el cuerpo. Todavía se estimaba a la enfermedad por los beneficios espirituales que producía. A la vida terrenal se la consideraba como una preparación para la vida futura; y a la enfermedad, como una ayuda en esa preparación.

En el siglo dieciséis, por ejemplo, la Iglesia Anglicana incluyó estas palabras en el oficio para la visitación de los enfermos: "Por lo cual, cualquiera que sea su enfermedad, sepa ciertamente que es una visitación de Dios." Y la razón para esta visitación es que "en el día del Señor su fe sea hallada loable, gloriosa y honrosa . . . o si no, que le sea enviada [la enfermedad] para corregir y enmendar en usted cualquier cosa que sea ofensiva a los ojos de su Padre celestial".[1]

A Federico Nietzsche le pareció tan fuerte la estrecha unión

1 Morton Kelsey, *Healing and Christianity* (Nueva York: Harper & Row, 1973), p. 16.

de la iglesia protestante europea con la enfermedad que con rencor afirmó: "El cristianismo necesita a la enfermedad." Y: "Enfermar es el verdadero objetivo oculto de los procedimientos de todo el sistema de salvación de la Iglesia."[1] Es inevitable que donde se estima a la enfermedad por el bien espiritual que se cree que trae consigo, se orará poco o no se orará para que sanen los enfermos.

LA SANTIFICACIÓN POR MEDIO DE LA ENFERMEDAD HOY DÍA

En la actualidad todavía hay muchos en la Iglesia que creen que se debiera aceptar la enfermedad y que no se debe tratar de conseguir la sanidad. Hace poco intercambié ideas con un eminente teólogo sobre la cuestión de orar por los enfermos. Llegó un momento crítico cuando le pregunté si acaso no creía que "poner énfasis en la sanidad es una bendición, en especial en ciertas iglesias donde este casi no existe". A lo que respondió:

> *No estoy seguro en lo más mínimo. Creo que era mucho mejor en los tiempos pasados, cuando las personas no esperaban ser sanadas, sino que ponían énfasis en el valor espiritual, el efecto de la disciplina del sufrimiento para alcanzar la madurez . . . Creo que cuando uno espera ser sanado termina más pobre, y no más rico, menos maduro, y no más, espiritualmente hablando.*[2]

Es claro que tal actitud impide la oración por la sanidad.

Hace poco conocí a un seminarista que llamaré Ricardo, quien había sufrido un ataque de hemiplejía que lo había dejado casi por completo paralizado del lado derecho del cuerpo. Cuando me ofrecí para orar por él, me agradeció por mi preocupación; pero se excusó. Entonces me explicó cómo, en su aflicción, se había acercado a Dios, por lo que estimaba la parálisis parcial como una bendición. Convine con él en lo que parecía un beneficio importante y luego le di a entender que si el ataque

1 Federico Nietzsche, *Twilight of the Idols and the Anti-Christ*, trad. R. J. Hallingdale (Nueva York: Penguin Books, 1986), p. 167.
2 J. I. Packer, comentarios que aparecen en *Touchstone*, número 2 (Richmond, B.C.: Riverbed Publishing, 1986), p. 7.

había sido una bendición, ¡cuánto más lo sería la sanidad! Reflexionó en lo que le dije; pero todavía se negaba a que orara por él. "No quiero perderme nada de lo que Dios quiere enseñarme por medio de esto" me dijo.

Le insinué que algo de lo que Dios deseaba enseñarle podía venir por medio de la sanidad.

Entonces le pregunté a Ricardo si recibía tratamiento terapéutico para mejorar su condición. Me dijo que sí, que por supuesto lo recibía. Entonces le pregunté por qué aceptaba mejorar su condición por medio de un tratamiento, pero no mediante la oración. Después de una pausa se encogió del único hombro que tenía sano y dijo: "No sé."

Cuando nos enfermamos o nos herimos, vamos al médico y esperamos que nos ayude. Jamás nos preguntamos si es la voluntad de Dios o no que vayamos. Damos por sentado que conviene conseguir ayuda médica y procurar que dicha ayuda sea eficaz. ¿Por qué, pues, hemos de ser renuentes a buscar ayuda por medios espirituales?

Cuando los exponentes de la teoría de la "santificación por medio de la enfermedad" se ven obligados a justificarla, a menudo señalan el valor educativo y correctivo de la enfermedad. La Biblia brinda cierto apoyo a esto. De cuando en cuando Dios permite la aflicción física para corregir la conducta de su pueblo. Pero cuando aflige a su pueblo, le dice qué conducta quiere corregir. Entonces este ya no tiene dudas acerca de lo que debe hacer para ser sanado.

Por ejemplo, Pablo quedó ciego (Hechos 9:1-9). Esa dolencia que le infligió Dios resultó esencial para que dejara de perseguir a Cristo y se convirtiera en servidor suyo; tuvo un valor educativo y correctivo. Después de producirse un cambio apropiado en la actitud y conducta de Pablo, este fue sanado (Hechos 9:17-18).

Cuando Dios envía una enfermedad santificante, la envía para modificar la mala conducta. Y cuando uno corrige su conducta, queda sano de la enfermedad. En cuanto a la enfermedad primero, y a la muerte después, que Dios envió a la iglesia de Corinto (1 Corintios 11:27-31), Pablo explicó con mucha claridad que ese era un castigo por el pecado y, por tanto,

tenía un valor educativo. Pero los corintios no debían aceptar pasivamente esta enfermedad, sino más bien dejar de pecar contra la Cena del Señor para ser sanados. Sólo debían considerarla como un fuerte estímulo para dejar de pecar.

Ese enfoque tiene un sentido completo. La disciplina del padre es buena y útil sólo si el hijo sabe para qué sirve. Si el padre golpea repetidas veces al hijo sin darle una explicación, no hay ningún valor educativo en ello. Con tal "disciplina" se pudiera incluso inculcar en el hijo la idea de que su padre es caprichosamente cruel. En las Escrituras rara vez se considera la enfermedad como una de las maneras en que Dios educa a su pueblo. Pero cuando usa la dolencia para educar, esta dura sólo mientras continúa el pecado, no por un período interminable y sin mediar explicación alguna, como muchas veces sucede con una enfermedad crónica.

Otros defensores de la "santificación por medio de la enfermedad" opinan que muchas veces Dios nos la da como una cruz que espera que llevemos con valor. Este concepto tiene un tono piadoso; pero cuando lo examinamos a la luz de lo que enseña la Biblia en cuanto a llevar la cruz, notamos el error que hay en él. El Nuevo Testamento enseña con claridad que llevar la cruz es un acto voluntario. Lo fue para Jesucristo, y lo es también para nosotros (Mateo 16:24; Lucas 9:23). Y no sólo es voluntario, sino también activo, no pasivo. Por otra parte, rara vez enfermarse o quedar inválido es un acto voluntario, y la persona mentalmente sana no procura llegar a este estado.

Semejante a llevar la cruz como justificación de la enfermedad es la idea de que esta es una "prueba" enviada por Dios. Puede ser que la persona que pasa por tal prueba se consuele temporalmente con las palabras "Dios debe de confiar en usted para mandarle una prueba como esta". Pero pensándolo bien, dicha persona podía haber deseado que Dios hubiera confiado menos en ella para que hubiera sido menos probada. Y al igual que la idea de que la enfermedad tiene valor educativo, así también la idea de que la enfermedad es una prueba es válida tan sólo si uno sabe la razón de dicha prueba y si la ha pasado

o no. Rara vez se le da tal información a la persona que padece una enfermedad crónica.[1]

Es cierto que algunas personas se santifican por medio de la enfermedad, como pueden hacerlo por medio de toda experiencia dolorosa de la vida, ya que "sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8:28). Nada de lo que he dicho hasta ahora lo he dicho en modo alguno para negar esto. Sin embargo, no debemos recibir la enfermedad de manera pasiva, como si fuera intrínsecamente buena. Al contrario, debemos combatirla con todo lo que tenemos, y la Iglesia tiene el ministerio de sanidad de Cristo para combatirla.

EL SUFRIMIENTO Y LA ENFERMEDAD

Puede ser que al llegar a este punto algunos objeten que el Nuevo Testamento enseña que el sufrimiento es inevitable, que puede ser bueno para nosotros y que de cuando en cuando tenemos que aceptarlo. A esto respondería afirmativamente, pero con reservas. En el Nuevo Testamento se presenta a veces al *sufrimiento* en forma positiva; pero nunca se presenta así a la *enfermedad.* Esa distinción es de vital importancia. Permítame explicársela. En el castellano moderno se incluye el concepto de enfermedad en el de sufrimiento; pero en el Nuevo Testamento se hace una clara distinción entre los dos. *Enfermedad* significa enfermedad; pero *sufrimiento* siempre se refiere al dolor de la persecución que promueven seres humanos o demoniacos.

El grupo verbal *pascho*, que aparece en el texto griego del Nuevo Testamento, se ha traducido por "sufrimiento" o "padecimiento" en nuestras versiones en español de la Biblia. De las sesenta y cinco veces que aparecen las palabras de este grupo en el Nuevo Testamento, sólo una tiene que ver con la enfermedad, y en ese caso (Mateo 17:15) la dolencia (¿acaso la epilepsia?) ¡se atribuye a un demonio! En Marcos 5:26, el

1 Algunos desearán considerar a Job en este punto de nuestra exposición. En realidad, Job es sólo un recordatorio de que hay un misterio en el sufrimiento humano y esto debe contribuir a que tengamos una actitud humilde en cuanto a nuestra ortodoxia sobre este punto. Sin embargo, tenemos que decir también que no se puede utilizar a Job para sostener la "santificación por medio de la enfermedad". El motivo principal es que Dios mismo declaró que Job ya era "perfecto y recto" (Job 1:8) antes de su aflicción.

término *sufrido* no se refiere a la enfermedad de la mujer, sino ¡al tratamiento que le habían prescrito los médicos! Una y otra vez el Nuevo Testamento define el sufrimiento como una clase de persecución, y no como una enfermedad. Se nos dice que la persecución tiene su valor y su mérito; pero nunca se nos dice esto con respecto a la enfermedad.

También el Nuevo Testamento es preciso en cuanto a las maneras claramente diferentes como debemos responder al sufrimiento en tiempo de persecución en contraste con la enfermedad. Padecer persecución le es inevitable al verdadero discípulo y hay diversas maneras como se puede responder a ella. A veces podemos resistirla, en otras, huir de ella y hasta en cierto momento, aceptarla. En cambio, la enfermedad no es un efecto del verdadero discipulado. No es inevitable, y siempre debemos combatirla.

Por ejemplo, en el libro de Hechos el sufrimiento debido a la persecución es el resultado del valor manifestado al proclamar a Cristo (Hechos 4:1-22; 5:40-42; 7:54—8:3; 14:19-20; y otros). Por consiguiente, puede ser que tengamos que soportar el sufrimiento con valor y hasta con gozo. "Y ellos [los apóstoles] salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta [azotes] por causa del Nombre" (Hechos 5:41). Por otra parte, a veces la iglesia primitiva oró para ser librada de la persecución (Hechos 12:5). De cuando en cuando fueron librados; otras veces no.

Sin embargo, la ambigüedad en cuanto a la persecución no la hay en cuanto a la enfermedad. Jamás hallamos a los cristianos del Nuevo Testamento aceptando la enfermedad, soportándola con paciencia o regocijándose en ella como a veces lo hicieron con la persecución. Y aunque algunas de las oraciones que figuran en los Hechos y que se hicieron por la liberación de la persecución no fueron contestadas afirmativamente, siempre lo fueron las oraciones hechas por sanidad.

En la carta de Santiago se encuentra una de las distinciones bíblicas más claras entre el sufrimiento y la enfermedad. Aquí el escritor sagrado dice: "Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas" (Santiago 1:2); pero en Santiago 5:14-15 leemos que pregunta: "¿Está alguno enfermo entre vosotros?

Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él . . . Y la oración de fe salvará al enfermo." A veces el Nuevo Testamento nos enseña a soportar el sufrimiento; pero siempre nos manda a orar para sanar la enfermedad.

Los cristianos necesitan recordar que nuestro término *sufrir* tiene un campo semántico que incluye la enfermedad. En el Nuevo Testamento, sin embargo, el sufrimiento y la enfermedad son diferentes uno del otro por completo. Por tanto, no se debe de atribuir a la enfermedad los valores que en el Nuevo Testamento son propios del sufrimiento.[1]

A lo largo de este libro procuro evitar las abstracciones y especulaciones acerca de la enfermedad y la voluntad de Dios con respecto a ella. Siempre que sea posible, mi método de tratar esos asuntos consiste en exponer lo que dijo e hizo Jesucristo en cuanto a ellos, porque es en Él en quien se dice y hace en realidad la voluntad de Dios.

La enseñanza de Jesucristo sobre cómo reaccionar en forma adecuada en tiempo de persecución es ambigua. En cierta ocasión dijo que debíamos huir cuando fuéramos perseguidos (Mateo 10:23). En otra, que nos resignáramos con valentía a ella (Mateo 5:39). Pero no puede hallarse tal ambigüedad en lo que Él enseñó con respecto a la enfermedad. Jamás estimó que fuera otra cosa que mala, ni nunca hizo con ella otra cosa que no fuera sanarla. En ninguna parte de las Escrituras y por ningún motivo la sancionó para nadie. Jamás aconsejó a nadie que la aceptara como inevitable o provechosa. Y lo que es más pertinente, nunca le causó a nadie ninguna enfermedad para lograr algún bien de orden superior, aunque muchas veces sanó

1 En Hebreos 5:8 leemos que aunque Jesucristo "era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia". En Mateo 16:21 vemos que Jesucristo les declaró a sus discípulos "que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho". Jesucristo esperaba el sufrimiento como parte de su misión; pero lo que Él esperaba era la persecución, no la enfermedad. Se nos dice que como discípulos de Jesucristo debemos esperar lo mismo. "[Somos] herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él" (Romanos 8:17). "Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación" (2 Corintios 1:5). El valor en potencia del sufrimiento me es muy real. A los veintiún años me hice discípulo de Jesucristo, y desde el principio comencé a pasar por dolorosas circunstancias que constituían una amenaza para mi vida. A los veinticinco años me encerraron en una cárcel comunista de Europa Oriental por predicar el evangelio y repartir Biblias. Durante ese tiempo de sufrimiento experimenté una comunión tan íntima con Dios que no la cambiaría por nada. Gran parte de lo que valoro en la vida lo recibí por medio del sufrimiento.

una dolencia por la misma razón (Juan 9). El Señor puso en claro que la enfermedad es un enemigo y no un amigo. Siempre que sea posible, hay que sanarla y no aceptarla. Al respecto, el erudito en Nuevo Testamento Ulrico Müller afirma:

> *La enfermedad contradice el deseo de salvar de Dios el creador, quien quiere la vida y no la muerte. Por eso Jesucristo quiso salvar a determinada persona en su vida, es decir, fortalecerla y sostenerla . . . Este aspecto religioso no le da a Jesucristo la oportunidad de predicar la rendición a la enfermedad, sino antes bien hace que Él le oponga resistencia . . . En ninguna parte hallamos alguna admonición a tolerar la enfermedad y a aceptarla.*[1]

La respuesta de Jesucristo a la enfermedad fue sanarla. Al respecto Él dijo: "El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10). La enfermedad no es bendición; sí lo es el que vino a derrotarla.

EL AGUIJÓN EN LA CARNE

Si hay una excepción a la explícita hostilidad del Nuevo Testamento hacia la enfermedad, esta debe de hallarse en 2 Corintios 12:7, donde Pablo habla del "aguijón" que le fue dado en su carne. Dicho aguijón le fue dado para impedir que se enorgulleciera. Algunos cristianos opinan que se trata de una enfermedad o aflicción física que le fue dada para lograr algún bien espiritual de orden superior. Si la teoría de la "santificación por medio de la enfermedad" tiene alguna aprobación bíblica, esta se encuentra aquí. Sin embargo, aun aquí son enormes los problemas que se presentan para encontrarle una justificación.

Una de las muchas razones que hay para dudar de que el aguijón de Pablo fuera una aflicción física es el trasfondo de esta frase en el Antiguo Testamento. En Números 33:55, los "aguijones" a los ojos del pueblo de Dios se refieren al hostiga-

1 Klaus Seybold, Ulrich B. Mueller, *Sickness and Healing,* trad. Douglas Stott (Nashville: Abingdon, 1981), p. 191.

miento y a la persecución que los vecinos de Israel promovían contra ellos. En *Josué 23:13 se alude a esas naciones como* "espinas" a los ojos de Israel; pero en Ezequiel 28:24 se habla otra vez de ellas como "aguijón". En el Antiguo Testamento, el concepto de aguijón en la carne se refiere a la persecución y al hostigamiento, no a la enfermedad.

Ahora obsérvese el contexto en que figura el aguijón de Pablo en 2 Corintios 12. En los dos capítulos anteriores, el apóstol habla de las persecuciones y los hostigamientos que contra él han promovido falsos profetas, autoridades políticas y religiosas. La exposición de los sufrimientos que ha experimentado en manos de ellos nos lleva directamente a la exposición del "aguijón" que le fue dado en su carne. En la mentalidad hebrea de Pablo, la frase *aguijón en la carne* llevaba consigo un significado idiomático muy semejante al de "persona o cosa molesta". Implicaba persecución personal, y ese es precisamente el contexto en que la menciona en 2 Corintios 12. Aunque es imposible establecer con certeza cuál era la naturaleza exacta del aguijón de Pablo, es mucho más probable que se tratara de la dolorosa oposición de enemigos personales, y no de una aflicción física.[1]

Aunque todavía alguien se adhiera a la teoría de que el aguijón de Pablo se refiere a una enfermedad, aun así será muy difícil decir que este sustenta la idea de la "santificación por medio de la enfermedad". Muchas veces se nos advierte con razón que no basemos ninguna doctrina en un solo pasaje de las Escrituras, aunque este sea claro e inequívoco. ¿Cómo, pues, pudiéramos justificarnos si aprobamos el valor de la enfermedad basándonos en un pasaje tan problemático y oscuro?

Aun cuando llegáramos al extremo de fundamentar una doctrina en un pasaje oscuro, debemos enfrentarnos al hecho de que al principio Pablo rechazó enérgicamente su aguijón. Tres veces le rogó al Señor que lo quitara de él (2 Corintios 12:8). Cualquiera que fuera la naturaleza de su aguijón, el apóstol luchó contra él y repetidas veces le rogó a Dios que se lo quitara. Sólo vino a aceptarlo después de una intensa lucha espiritual, y aun entonces sólo lo aceptó después que el Señor le dijo expresamente que lo hiciera. Me parece que esto concuerda con el testimonio de alguien como Joni Eareckson Tada, quien al principio procuró sanar de su parálisis. Ella creía plenamente que Dios podía sanarla, por lo que puso todo su empeño en tratar de conseguirlo. No aceptó pacientemente su condición. Sólo después de una larga batalla espiritual creyó que debía resignarse a su debilidad y encontró suficiente poder de Dios en medio de su problema físico.

Jesucristo jamás predicó que nos rindiéramos ante la enfermedad y tampoco debemos hacerlo nosotros. Entre nosotros hay muchos que pudieran ser sanados si tan sólo oráramos por ellos. Yo mismo soy una persona que por muchos años sufrió un dolor de espalda crónico y que lo aceptó como el medio que usaba Dios para aplacarme el orgullo. Sólo después de librarme de ese concepto erróneo pudieron orar eficazmente por mí y fui sanado por completo. A veces nuestra teología tiene que ser sanada antes que pueda serlo nuestro cuerpo.

1 Pablo habla mucho en todas sus epístolas del verdadero valor del sufrimiento que incluye la persecución. Esta clase de oposición espiritual, religiosa y política está ligada a su enseñanza sobre el morir con Cristo. Un provechoso estudio sobre este tema se halla en la obra *Dying and Rising with Christ*, de Ruperto C. Tannehill (Berlín: Verlag Alfred Topelmann, s.f.), pp. 14-23.

Capítulo 2



Determinismo divino

Hace un año uno de mis amigos se estaba muriendo de enfisema. Él creía firmemente que Dios controlaba todos los aspectos de su vida, entre ellos su enfermedad. Al principio, cuando me ofrecí para orar por él, se excusó: "Si Dios quiere sanarme, lo hará."

Después, luego de oírme enseñar sobre la sanidad, vino para que orara por él, y dijo: "Ahora creo que Dios sí quiere sanarme. Así que ora por mí."

Lo hice y dentro de poco no sólo fue sanado de su enfisema, sino que también fue librado de su vicio por el cigarrillo, el cual había sido el primer causante de su enfermedad.

La historia de mi amigo ilustra otro obstáculo teológico que a menudo es necesario quitar antes que se produzca la sanidad. La misma actitud hacia el sufrimiento se puede hallar en esta carta dirigida al director del *Times* de Los Ángeles y que aparece en su edición del 3 de octubre de 1982. La envió el pastor de una iglesia de Beverly Hills, California, en respuesta a un artículo del periódico sobre los problemas teológicos del sufrimiento.

> *Me siento obligado a afirmar que todo concepto de Dios que niegue que Él controla todos los sucesos hace inaplicable la idea de Dios . . . La pregunta no es: "¿por qué permite Dios el sufrimiento?", sino: "¿por qué muestra Dios misericordia?" Él nos ama a algunos de nosotros; pero no ama de la misma manera a otros. Por eso hay sufrimiento para algunos y salvación para otros.*

Esta afirmación es una manifestación extrema de cierta tendencia del pensamiento cristiano. Puede parecer poco seria; pero muchos de nosotros pensamos de la misma manera. Cuando decimos que "Dios controla todo lo que sucede", lógicamente insinuamos que Él decreta el dolor o el bienestar dondequiera que se hallen. Yo califico de "determinismo divino" a este modo de pensar y creo que subsiste como uno de los principales obstáculos teológicos a la sanidad, porque si se lo sostiene de un modo consecuente, hace vana o innecesaria la oración por los enfermos. La hace *vana*, porque si Dios ha decretado la enfermedad, será inútil orar para cambiar esa situación. Por otra parte, la hace *innecesaria*, porque si Dios ha decretado la sanidad, esta se hará realidad con oración o sin ella.

Es probable que el "determinismo divino" se encuentre con más frecuencia entre los que se identifican como calvinistas, aunque este modo de pensar no es exclusivo de ellos ni todos los calvinistas sucumben a los peligros que presenta. Se puede ver su influencia a lo largo de la historia de la Iglesia. Por ejemplo, muchos puritanos de Nueva Inglaterra se oponían a la vacunación contra la temida viruela porque estimaban que la enfermedad formaba parte de lo que Dios había determinado en su providencia. En efecto, sostenían que prevenir la viruela era impedir el juicio de Dios.[1] Más tarde otros se opusieron por la misma razón al uso del cloroformo para aliviar los dolores del parto.

PROBLEMAS PASTORALES

También tenemos que enfrentarnos a los problemas pastorales relacionados con el "determinismo divino". Hace algunos años le dijeron a Beatriz, una madre soltera, que su hijo tenía leucemia. Ella confiaba en que Dios podía hacer cualquier cosa por una persona; pero se preguntaba: ¿Hará Él algo por mi hijo? Confundida en cuanto a si Dios quería sanar a su hijo o no, llamó a los ancianos de su iglesia para que fueran a orar por él. Estos lo hicieron, aunque con renuencia.

Después Beatriz me contó que los ancianos hicieron todo lo posible por evitar cualquier cosa que pudiera parecer abuso de

---

1 Sydney Ahlstrom, *A Religious History of the American People,* vol. I (Nueva York: Image, 1975), p. 346.

la voluntad de Dios, añadiendo generosamente a sus oraciones las frases "si tú quieres, Señor" y "si es tu voluntad". En cuanto a las oraciones mismas, las recordaba como oraciones de duda y no de fe. Poco después de la reunión, su hijo fue hospitalizado por última vez. Después de su muerte, ella luchó desesperadamente para conciliar la devoción de toda su vida con un Dios que pudo haber sanado a su hijo, pero que prefirió no hacerlo.

En medio de esta esquizofrénica lucha por amar a un Dios que había matado a su hijo, una señora mayor de la iglesia le dijo: "Aunque no entendemos por qué, esto es también parte del plan secreto de Dios."

Esta afirmación sirvió para cristalizar el problema en la mente de aquella joven madre. De ahí en adelante entendió que no quería tener nada más que ver con un Dios que usaba la dolorosa y humillante muerte de un niño de seis años con algún oculto propósito superior.

Un misionero que hace poco regresó de un país tropical me contó que el último año de su período "el Señor le llevó" a su hija de ocho años. La niña había muerto de difteria. Como él también se adhería al "determinismo divino", trataba a duras penas de ver la providencia de Dios en las circunstancias que habían rodeado a la muerte de su hija. Cuando le pregunté qué haría si atrapara a un hombre que intencionalmente hubiera contagiado a su hija con el bacilo que le causó la muerte, contestó: "Le rompería el cuello a esa serpiente con mis manos."

Después de orientarlo me enteré de que no sólo sufría lo indecible por la pérdida de su hija, sino que también se sentía culpable de no haber sabido orar por ella cuando estaba enferma. Subconscientemente este hombre había comenzado a aborrecer al Dios que en otro tiempo amaba y en el cual confiaba.

Ese modo de pensar no sólo hace impracticable la oración por la sanidad, sino que también envenena el corazón. Respecto a esto, el pastor Russell Dicks hace el siguiente comentario:

> *Si, como lo ha enseñado el cristianismo tradicional, uno cree que Dios es soberano . . . es decir, que personalmente, con cuidado y previsión determina el nacimiento, la salud, el impedimento o la libertad de todos los niños, que envía la enfermedad, que determina los principales sucesos de la vida de cada persona . . . entonces es inevitable que de una forma u otra esté resentido con Él.*[1]

No abrigaremos tal resentimiento si recordamos que en las Escrituras Dios se nos revela como un Padre amoroso. Piense por un momento en lo que sucede cuando una madre cristiana se despierta a las dos de la mañana por el quejido de su niño que tiene un dolor de estómago o una fiebre intensa. ¿Se detiene a preguntarse si acaso es la voluntad del Padre que lo consuele? Desde luego que no. Va inmediatamente al botiquín a buscar algún remedio o al teléfono para llamar al médico. Al hacer eso, todas las madres manifiestan su confianza en la justicia de su causa; esto es, que su hijo sea sanado.

¿Por qué, pues, nos confundimos con la cuestión de la voluntad de Dios para sanar cuando oramos por los enfermos? El creyente no debiera vacilar más al orar por sanidad o al pedir oración que al llamar al médico para que prescriba el tratamiento adecuado. Ni la oración ni la atención médica pueden garantizar el cien por ciento de eficacia, pero jamás supondríamos que nuestro Padre celestial se interesa menos en la salud de sus hijos que nosotros en la de los nuestros.

Otra gran dificultad del "determinismo divino" es su contradicción con la manera en que consideramos la voluntad de Dios en otros asuntos que interesan a los cristianos. Por ejemplo, jamás se nos ocurriría decir hoy que hacemos la voluntad de Dios desechando el evangelio. Creemos que Dios no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

Sin embargo, esta convicción respecto a la voluntad de Dios y a la evangelización es un concepto reciente entre los creyentes evangélicos. Antes del moderno movimiento misionero, nuestros padres espirituales creían algo muy diferente. En efecto, enseñaban que si Dios quería que los paganos de la India fueran salvos, los salvaría Él mismo sin necesidad de que Guillermo Carey o algún otro les predicara el evangelio. Hoy nos asombramos de que nuestros antepasados espirituales pudieran haber objetado la necesidad de predicar para hacer la voluntad

---

1 Russel Dicks, *Towards Health and Wholeness* (Nueva York: MacMillan Co., 1960), p. 33.

de Dios en cuanto a salvar a los perdidos. ¿Cree que nuestros hijos se asombrarán de que algunos de nosotros hayan objetado la necesidad de orar para hacer la voluntad de Dios en cuanto a sanar a los enfermos?

El "determinismo divino" mina, pues, la oración por la sanidad, infundiendo desesperación y pasividad en los que lo aceptan. Desde el punto de vista pastoral resulta destructivo porque fomenta la hostilidad hacia Dios. Además de esto, es contradictorio con la manera en que consideramos la voluntad de Dios en otros campos de las actividades cristianas. Pero la crítica más contundente que se le hace a este modelo de pensamiento, es que es contrario a la realidad de la vida como la vemos en las Escrituras.

DECISIONES HUMANAS

Según nos revela la Biblia, la historia de la humanidad está determinada no sólo por los decretos del Dios soberano, sino en gran parte también por las decisiones de las personas. Así que si estas son contrarias a la voluntad de Dios, sencillamente esta última no se cumple. Por eso, cuando Esteban se dirige a los judíos, les dice: "¡Duros de cerviz . . .! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros" (Hechos 7:51). En Mateo 23:37, Jesucristo se lamenta con estas palabras que su pueblo haya frustrado la voluntad de Dios: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¿Cuántas veces quise juntar a tus hijos, . . . pero no quisiste!" Y en Marcos 6:5-6, el evangelista expresa sin rodeos que Jesús no pudo hacer la voluntad de Dios (esto es, milagros) en su propia tierra a causa de la resistencia de sus vecinos.

En 2 Timoteo 2:4, Pablo nos dice que Dios nuestro Salvador "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad"; pero lo cierto es que no todos ellos vienen al conocimiento de la verdad. De la misma manera el apóstol Pedro nos asegura que Dios no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Pedro 3:9). Según Pedro y Pablo, Dios quiere que todos sean salvos; pero la realidad del infierno es un horroroso testimonio de que en este caso se impide la ejecución de la voluntad de Dios.

De un modo parecido le escribe Pablo a la iglesia de Tesalónica, cuando les dice: "La voluntad de Dios es vuestra santificación." Es evidente que muchos de los creyentes no eran santos, por lo que, al menos temporalmente, se frustraba la voluntad divina. Ya que en otras esferas no se hace necesariamente la voluntad de Dios, ¿por qué hemos de suponer que se hace con relación a la enfermedad?

Cuando la Biblia habla de la soberanía de Dios, no quiere decir que Él predetermina y controla todos los sucesos de la historia. Un día se hará la voluntad de Dios en la tierra, así como se hace en el cielo; pero ese tiempo no ha llegado todavía. En la actualidad sucede que muchas veces las personas y un número representativo de ángeles se oponen a Dios. Como lo veremos en la segunda parte, vivimos actualmente entre el tiempo de la victoria de Cristo sobre Satanás y el pecado de la humanidad, y el de la consumación final de esta victoria.

Durante este período intermedio nos suceden cosas que no tienen ninguna relación con la voluntad de Dios. Algunas de ellas son accidentes; otras provienen de una serie de causas que las hacen inevitables. Aun otros males son la consecuencia de decisiones que han tomado los seres humanos y los ángeles. Por tanto, no es lo más adecuado decir que toda enfermedad, accidente, pecado o insensatez sucede porque Dios lo quiere. Y expresiones como las de que Dios "permite" que sucedan ciertas cosas malas no son más que vulgares intentos de explicar una realidad de la que poco es lo que sabemos.

Esto no quiere decir que Dios sea vencido o frustrado por el mal. Porque a pesar de los accidentes, pecados e insensateces, que causan la mayor parte de las enfermedades del mundo, "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados" (Romanos 8:28). El apóstol Pablo, autor de esas palabras, había experimentado esto en su propia vida. En realidad, años antes de escribir su carta a los romanos, les había predicado el evangelio a los paganos de Galacia y había fundado una iglesia allí a causa de una enfermedad física (Gálatas 4:13). A veces Dios se vale de la enfermedad de sus siervos para hacer algún gran bien.

Al leer esto, la mayoría de ustedes conocerá de la manera magistral en que Dios ha obrado en el deteriorado cuerpo de Joni

Eareckson Tada así como también por medio de él. Ella quedó paralizada a consecuencia de un accidente; pero esto no le ha impedido a Dios obrar por medio de ella ni le ha impedido a ella obedecerle a Él. El resultado ha sido un bien inmenso para ella y miles de otras personas.

Durante los dos últimos años, algunos amigos y yo hemos orado por un niño gravemente retrasado. Hasta la fecha no ha mostrado ninguna mejoría; pero durante las visitas que le hemos hecho nos hemos puesto en contacto con sus parientes cercanos y su círculo familiar, con el resultado de que catorce de ellos han llegado a conocer y a seguir a Jesucristo.

Mi ahijada Jessica es sorda; pero jamás se me ha ocurrido que la condición en que se halla sea la voluntad de Dios o que yo debiera dejar de orar porque Él la sane. Sucede que a consecuencia de su enfermedad, sus padres se han interesado en la subcultura de los sordos. A su vez esto les ha permitido comenzar un fructífero ministerio entre ellos.

El solo hecho de que Dios no quiera las enfermedades ni las predestine no significa que Él no hace su voluntad a pesar de ellas y ni por medio de ellas.

Para hacer su voluntad, Dios obra por medio de las enfermedades que resultan de los accidentes, pecados e insensateces. Y para remover las causas del sufrimiento obra también por medio de su pueblo obediente. A lo largo del Antiguo Testamento, el Señor le manda a su pueblo que suprima ciertas clases de dolores. También les da leyes para ratificar estos mandamientos y les designa reyes para ponerlos en vigor. Cuando un rey no lo hace, le envía profetas para amonestarlo. Y si el rey y el pueblo aún se niegan a obedecer los mandamientos de Dios para corregir diversos males, el Señor los juzga y los castiga. Queda claro que Dios está de parte de los que sufren, y Él prepara a su pueblo para que les ministren.

LA ACTITUD DE JESUCRISTO

Las Escrituras ponen en claro que en general Dios está en contra del sufrimiento humano, pero ¿cómo podemos entender mejor la actitud que Él tiene en cuanto a la enfermedad y la sanidad? El concepto más claro y completo de la actitud de Dios al respecto lo hallamos en su Hijo Jesucristo. En realidad, cuando

leemos la relación de su ministerio terrenal, tenemos ante nosotros una inequívoca revelación del deseo de Dios en cuanto a esto.

Por ejemplo, en Lucas 13:10-15 se relata que Jesucristo sanó a una mujer que "desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada" (v. 11). Era por la voluntad de Satanás que esa mujer estaba enferma; pero fue Jesús quien, actuando de acuerdo con la voluntad de Dios, la sanó. El principal de la sinagoga, creyendo que en esa cuestión defendía la voluntad de Dios, se puso inconscientemente de parte de Satanás y dio a entender que la mujer debía seguir enferma el día de reposo. La voluntad de Satanás es tullir; la voluntad de Dios, sanar. Desafortunamente, muchas personas religiosas se confunden respecto a estos puntos.

Cuando necesitemos conocer la voluntad de Dios, no tratemos de considerarla como el resultado de las circunstancias de un mundo caído. Ni tampoco nos formemos un concepto abstracto de ella basándonos en una noción de la soberanía divina ajena a las Escrituras. Antes bien, miremos a Jesucristo, quien es la expresión inequívoca de la voluntad de Dios.

Al reflexionar en el ministerio de Jesucristo, el gran predicador inglés Leslie Weatherhead comentó:

> *. . . [Jesucristo] parece haber considerado el propósito ideal de Dios para todos los hombres como la perfecta salud del cuerpo, mente y espíritu, y aunque rara vez se logró esta integración ideal, Cristo procuró alcanzarla y creyó que Él mismo hacía de ese modo la voluntad de Dios.*[1]

No obstante el hecho de que Dios quiere sanar a los enfermos, no todos son sanados. Esa situación nos obliga a darnos cuenta de que nos enfrentamos a un misterio: tratamos con un Dios soberano y libre, y en la relación que tenemos con Él nos influimos recíprocamente; nos enfrentamos al pecado, a seres demoniacos y a un sinnúmero de factores psicológicos, físicos y espirituales.

Trataremos sobre estos y otros asuntos afines en la segunda

1 Leslie D. Weatherhead, *Psychology, Religion and Healing (Nueva York: Abingdon Press, 1951), p. 25.*

y tercera parte. A medida que continuamos quedará claro que aunque Dios no haya revelado todos los misterios del mal, nos ha preparado y nos ha mandado que lo venzamos. Veremos que si no oramos por los enfermos con confianza y energía, no hemos reconocido la naturaleza inclusiva de la victoria de Cristo sobre el mal ni hemos visto la naturaleza inclusiva de nuestro cometido como discípulos de Jesucristo.

Capítulo 3



La fórmula de la fe

El dinámico optimismo estadounidense se ha unido al fundamentalismo cristiano para engendrar un híbrido, un concepto teológico triunfalista que además de ser atractivo es peligroso. En *Christianity Today,* en su edición del 25 de noviembre de 1983, el doctor Pablo Brand relata el siguiente caso:

David Gilmore contó de una enfermedad de su hijo de quince meses, Dustin Graham Gilmore, que comenzó en abril de 1978. Al principio, la salud del niño decayó con síntomas que parecían ser los de la gripe. Los Gilmore lo llevaron a su iglesia y el pastor oró por él. Los miembros de esta iglesia creían que el solo ejercicio de la fe sanaba cualquier enfermedad y que acudir a otra parte en busca de ayuda — por ejemplo, a los médicos — demostraba falta de fe en Dios. David y su esposa siguieron el consejo de la iglesia y se limitaron a orar por su hijo. Durante las semanas siguientes oraron constantemente cada vez que le subió la fiebre, oraron también cuando notaron que ya no respondía a los sonidos y oraron más intensamente cuando quedó ciego.

En la mañana del 15 de mayo de 1978, un día después que el pastor predicó un sermón muy conmovedor sobre la fe, los Gilmore entraron en el cuarto de su hijo y encontraron que su cuerpo tenía un color azul y estaba quieto. El niño había muerto. Oraron de

nuevo, porque su iglesia también creía que el poder de la oración podía resucitar a los muertos. Pero Dustin Graham Gilmore siguió muerto. La autopsia reveló que el niño había muerto de una especie de meningitis que se pudo haber tratado fácilmente.

Esta tragedia aumenta los efectos destructivos de ese obstáculo a la sanidad al que me refiero aquí como "la fórmula de la fe". Me angustia criticar cualquier enseñanza que nos exhorta a confiar en las promesas de Dios. Acepto con mucho gusto el llamamiento a la fe eficaz; pero cuando esta se convierte en una técnica para manipular el poder de Dios, llega a ser destructiva. En primer lugar, esta manera de pensar les trastornó el discernimiento a los Gilmore; luego le quitó la vida a su hijo, y finalmente, debido a los reportajes periodísticos sobre este caso y otros semejantes a él, les cegó el entendimiento a muchos cristianos en cuanto a la fe y la sanidad.

EL ORIGEN DEL CONCEPTO DE LA FÓRMULA DE LA FE

El concepto de "la fórmula de la fe" se basa en la teoría de que hay una estrecha relación de causalidad entre la fe y la sanidad. Los que lo sostienen afirman que todas las bendiciones divinas, tales como la salud y la prosperidad, están constantemente a disposición de todos los cristianos. Este beneficio, que según lo que se cree está a disposición de todos los hijos de Dios, puede recibirse al momento, con tal que el creyente tenga bastante conocimiento y fe. La característica dominante de esa doctrina es su exagerada exaltación del hombre, hasta considerarlo como centro de toda la atención y las actividades.

"La fórmula de la fe" se define como el deseo de creer. La capacidad del hombre para creer es la llave que abre el cofre de los tesoros y dones de Dios. Por el hecho de poner énfasis en la responsabilidad humana, este concepto lo sostienen con más frecuencia quienes se identifican como arminianos; sin embargo, no está limitado a ellos ni todos ellos lo adoptan.

Carlos Farah, catedrático de la Universidad Oral Roberts, sigue la pista de los orígenes de este concepto en los Estados Unidos hasta llegar a Carlos Finney, evangelista del siglo diecinueve:

Este alto concepto del hombre y sus capacidades, fomentado por el dinámico espíritu del expansionismo estadounidense y apoyado por la doctrina secular del "destino manifiesto", ha llegado a ser un nexo importante del actual humanismo carismático.[1]

Tomás Smail, teólogo escocés y vocero de la renovación carismática, lamenta que la orientación de Arminio y Finney, que consideraban al hombre como centro.

Esta idea está profundamente grabada en el moderno movimiento pentecostal debido a que tuvo su origen en la enseñanza metodista de la santidad. El bautismo en el Espíritu Santo y el recibimiento de sus dones de parte de nosotros depende de que cumplamos las condiciones que Dios ha fijado al respecto. Si sabemos, nos arrepentimos y oramos lo suficiente, los tendremos; pero si no, no los tendremos.[2]

Aunque la enseñanza de "la fórmula de la fe" se originó en el movimiento pentecostal típico, probablemente la mayoría de los pentecostales modernos la rechazan en la forma extrema en que la presento aquí. Cuando esta teología se aplica a la sanidad, terminamos con la siguiente fórmula: "Si usted cumple las condiciones de Dios creyendo con suficiente fe, Dios lo sanará. Pero si no cumple sus condiciones de este modo, no lo sanará." Carlos Farah observa que los que se declaran a favor de esta fórmula se enfrentan a una cruel disyuntiva. Según este concepto, "el hecho de no recibir sanidad se debe siempre a la falta de fe".[3]

PROBLEMAS PASTORALES

Hace algún tiempo, mi tía descubrió que tenía cáncer, así que pronto reunió a un grupo de creyentes "llenos del Espíritu Santo" para que oraran por ella. Estos guerreros de oración no toleraron ningún pensamiento negativo respecto a la sanidad

1 Carlos Farah, "Las causas y resultados de la teología de la fórmula de la fe", obra inédita, 1980, p. 4.
2 Tomás Smail, *The Forgotten Father* (Grand Rapids: Eerdmans, 1980), p. 154.
3 Carlos Farah, *From the Pinnacle of the Temple* (Plainfield, N.J.: Logos), p. 133.

de mi tía. Hicieron una "confesión positiva" y dijeron con denuedo "la palabra de fe". Como estaban plenamente persuadidos de que "la confesión trae consigo la posesión", "pidieron y reclamaron" la sanidad inmediata y completa para ella. Algunos hasta dijeron que ya estaba sana no obstante los síntomas. El grupo recibió numerosas profecías y visiones en las que se les aseguraba que la sanidad era inevitable.

Cuando mi tía murió, este grupo de fieles intercesores recibieron una gran conmoción y se llenaron de incredulidad. Habían creído sinceramente que habían cumplido las condiciones para la sanidad. Como habían adoptado un enfoque basado en la "fórmula de la fe", algunos se sintieron culpables, imaginándose que no habían creído con suficiente fe, mientras otros que sabían que no era así estaban enojados con Dios por haberlos traicionado. Desde luego, estas dos opciones negativas eran las únicas que tenían. Algunos se desalentaron tanto que decidieron retirarse a una forma de cristianismo menos comprometida, que no incluyera la oración por los enfermos. Temían que si no habían tenido la fe suficiente para la sanidad de mi tía, nunca tendrían la fe suficiente para la sanidad de nadie más.

Si alguna vez tuve una duda en cuanto la existencia de una relación de causa y efecto entre la fe y la sanidad, esta se disipó por completo con la muerte del pastor, evangelista y escritor británico David Watson. Yo estaba permanentemente en contacto con él durante los últimos años antes de su muerte. Además de ayudarme en la fundación de una misión evangelística en las calles, me había despertado el interés por la sanidad y la liberación. Él estaba plenamente persuadido de que Dios sana a los enfermos hoy y afirmaba que algunas veces lo había sanado. Después que a David le diagnosticaron cáncer, en diferentes partes del mundo se convocó a muchas reuniones de oración por él. Yo mismo participé en algunas de ellas en Canadá, Estados Unidos y Holanda. Y me consta que oraron mucho por él y que lo hicieron como es debido y con fidelidad. Es posible que junto con Billy Graham y el Papa, David Watson haya sido uno de los líderes religiosos por los que más se ha orado en la era contemporánea, y sin embargo, murió como lo

predijeron los médicos. Estoy seguro de que si la oración y la fe suficientes garantizaran la sanidad, David estaría vivo hoy.

LA SANIDAD Y LA FALTA DE FE

Yo tengo otras razones, y más positivas, para desestimar una relación de causalidad entre la fe y la sanidad. Puedo recordar muchos casos de sanidades evidentes y espectaculares que han ocurrido sin que hubiera una fe expectante. Hace algún tiempo, cierto joven al que llamaré Marcos vino a mi esposa y a mí por orientación matrimonial. El día antes de visitarnos, mientras jugaba fútbol, se le desgarraron los tendones del tobillo izquierdo. Después de un examen, que incluyó radiografías, le enyesaron la pierna y el pie, que estaban hinchados y sumamente amoratados.

Cuando Patricia y yo oramos por su futuro matrimonio, oramos también por su tobillo. Como Marcos venía de una tradición cristiana en la que se sostiene que la sanidad, junto con la mayoría de los otros dones espirituales, cesó con los apóstoles, nos dejó que oráramos por él tan sólo por cortesía. Ni Patricia ni yo teníamos una gran fe en que él sería sanado, sino sólo en que se le calmara el dolor para que pudiera volver a trabajar. Al día siguiente, Marcos pisó accidentalmente en un charco de agua, por lo que se le mojó el vendaje enyesado. Cuando fue al hospital para que se lo reemplazaran, el médico se lo quitó y no encontró ninguna señal de la lesión. Había unos leves morados, pero no hinchazón, y el nuevo examen con radiografías mostró que no había ningún daño en sus tendones. ¡Esa noche vi a Marcos jugar voleibol!

En otra ocasión, mientras llevaba a cabo un seminario de sanidad, tuve una vívida impresión de que allí estaba presente una mujer que se llamaba Juana y que tenía cáncer en la piel. Les dije a los concurrentes que creía que debíamos orar por ella. En ese momento pasó al frente una mujer que se llamaba Juana y que tenía un cáncer en la mejilla derecha. Juana era de un trasfondo cristiano muy conservador en el que le habían inculcado una profunda desconfianza de todo lo que pareciera milagroso. Las sanidades que había presenciado esa noche, antes que la mencionara, no la habían alentado, sino que la habían atemorizado aun más. Sólo con renuencia nos dejó que orára-

mos por ella, y cuando terminamos, parecía contenta de que al parecer no había ocurrido nada. Pero a la noche siguiente volvió para mostrarnos el lugar donde antes tuvo la lesión, que entonces estaba abierta y le picaba. Ahora no tenía ni rastro de cáncer. Este había desaparecido a pesar de su falta de fe.

Durante los primeros meses, cuando estaba aprendiendo a orar por los enfermos, un joven de nuestro vecindario me pidió que lo ayudara. Era un drogadicto y distribuidor local de drogas, y mi esposa y yo le hablábamos a menudo de Jesucristo; pero no mostraba ningún interés. Me pidió que lo ayudara porque se le había infectado el brazo con una aguja sucia. Lo tenía hinchado y de color rojo subido, y estaba caliente al tacto. Tenía miedo de ir al hospital debido a las preguntas que inevitablemente le iban a hacer. Aunque no esperaba que Dios me respondería en tales circunstancias, le dije que podía orar por él. Así pues, casi sin entusiasmo le pedí a Dios que lo ayudara. El resultado fue espectacular. En cinco minutos, su brazo estaba casi normal. Que yo sepa, ninguno de los dos teníamos nada que se pareciera siquiera vagamente a la fe.

A juzgar por tales experiencias, encuentro que la relación entre la fe y la sanidad es más misteriosa y vaga de lo que sostienen los maestros de la "fórmula de la fe". El hecho de que esa teoría no refleja la realidad cotidiana la hace sospechosa. Y las consecuencias frecuentemente desastrosas que tiene para los pastores la hacen peligrosa.

LA FÓRMULA DE LA FE Y LA CULPABILIDAD

Una amiga mía que había perdido a su esposo de cuarenta años debido a una enfermedad de los riñones se sentía acosada por el temor de que la fe vacilante que ella había tenido durante las últimas etapas de su dolencia le hubieran provocado la muerte. Dos o tres veces cerca del fin de la dolorosa batalla que él libraba, ella deseó que esta se acabara y que él pudiera morir en paz. Pero después de su muerte, ella recordaba constantemente aquellos momentos de fe vacilante y vivía atormentada por sentimientos de culpabilidad. Sólo después que algunos amigos la aconsejaron y la tranquilizaron, se libró de la ansiedad que, de lo contrario, la pudo haber destruido.

Uno que no se libró tan bien del sentimiento de culpabilidad derivado de la enseñanza de la "fórmula de la fe" fue un hombre que perdió a su hijo de cinco años debido a una enfermedad de la sangre. Después de la muerte del niño, el padre sufrió un agobiante sentimiento de culpabilidad porque creía que su fe no había sido lo bastante grande para que sanara su hijo. Ocho meses después, él murió de una enfermedad causada por la tensión.

Aunque la "fórmula de la fe" sale mal ante la prueba de la realidad y muchas veces resulta desastrosa desde el punto de vista pastoral, hay también razones bíblicas y teológicas para considerarla como un obstáculo. El concepto de Dios que refleja esta enseñanza tiene poca semejanza con el Dios de la Biblia. El dios de la "fórmula de la fe" puede sanar la enfermedad, pero espera que se le ofrezca una calidad y cantidad específica de fe antes de dar la sanidad. La relación de este dios con su pueblo parece más propia de un contrato que de un pacto. En efecto, él exige cierta cantidad de fe y obras del hombre antes de enviarle sus bendiciones. Si no se las envía, es porque el hombre no ha hecho las obras. A mi juicio, esto explica en gran parte la intensidad del ruido y la preponderancia de las emociones en alguna reuniones de sanidad. El frenesí es una especie de obra, y las personas creen que con ella hacen que Dios actúe. Piensan que Dios responde a su pueblo más bien por causa de la obra que hacen que por causa de la gracia que Él manifiesta.

En la "fórmula de la fe" se pone mucho énfasis en la necesidad de "reclamar las promesas" y en el poder casi mágico de la "confesión positiva". Se enseña que si uno sabe "insistir delante de Dios",[1] obtendrá buenos resultados mediante la oración. Se tiene la impresión de que si uno se esfuerza lo suficiente y en debida forma puede hacer que Dios haga casi cualquier cosa. Esto no es diferente de la creencia babilónica en los dioses de la fertilidad. Los babilonios creían que los dioses actuarían si daban la suficiente ofrenda correcta en la forma apropiada. Cualquier concepto de la oración que subordina los actos de Dios a las ofrendas de sus criaturas, incluso la de la "fe", es contrario a la enseñanza de la Biblia. Es cierto que Dios

1 Un ejemplo de títulos de sermones corrientes de los maestros de la "fórmula de la fe".

ha prometido darnos bendiciones y podemos esperarlas, pero nunca nos dice que las reclamemos.

La enseñanza de la "fórmula de la fe" no sólo desfigura la imagen de Dios, sino que también tergiversa las realidades de nuestra vida presente según nos las enseñan las Escrituras. Los exponentes de esta teoría creen ingenuamente que el reino de Dios ha llegado en todo sentido, que ya está aquí. Parece que no entienden mucho de la naturaleza parcial y provisional del reino de Dios antes de la segunda venida de Cristo. Los maestros de la "fórmula de la fe" no toleran mucho el sufrimiento, sea de la clase que sea. Y es que creen que lo único que impide el pleno cumplimiento de las bendiciones del reino es nuestra falta de fe. Pablo, sin embargo, nos asegura que si hemos de participar de las bendiciones del reino en el futuro, tenemos que participar de los sufrimientos de Cristo ahora (Romanos 8:17). Por eso el apóstol se regocija en sus sufrimientos (Colosenses 1:24).

Con claridad en las Escrituras, Dios promete consolar y vindicar a los suyos. Rara vez, sin embargo, promete hacerlo de inmediato. Por ejemplo, en Hebreos 11:32-39 encontramos a algunos que por fe obtuvieron grandes victorias, en tanto que otros por fe sufrieron y murieron. El autor de la carta a los hebreos no les prometió a sus destinatarios la vindicación inmediata ni la victoria completa; estas han sido guardadas para el final de esta era (Hebreos 10:35-36).

EL VERDADERO PAPEL DE LA FE

Fiel a sus raíces pentecostales, pero criticando severamente el concepto de la "fórmula de la fe", Gordon Fee dice:

> *Dios tiene poder y recursos ilimitados. Él muestra, de manera sistemática, su fuerza a favor de su pueblo. Pero este todavía pasa su vida redimida en un mundo caído, donde toda la creación, incluso el cuerpo humano, está en "esclavitud de corrupción" (Romanos 8:21), y continuará así hasta que recibamos "la redención de nuestro cuerpo" (Romanos 8:23).*[1]

1 Gordon D. Fee, *The Disease of Health and Wealth Gospels* (Costa Mesa, Calif.: The Word for Today, 1979), p. 17.

Aquí Fee nos dirige a Romanos 8, donde Pablo nos muestra el carácter presente y futuro de la vida y el ministerio cristiano. El apóstol comienza con una afirmación inequívoca: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (v. 1). La seguridad y el poder de nuestra reconciliación es ahora objetivamente absoluta. Pero al mismo tiempo, nuestra futura realidad subjetiva se caracteriza por los gemidos dentro de nosotros "esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (v. 23). Vivimos hoy en el poder manifiesto de la sanidad de Dios mientras aguardamos esa realidad que se consumará mañana. La madurez en la vida y el ministerio cristianos exige que actuemos con mucha gracia. El cristiano cree que no sólo el día de hoy es de Dios, sino también el de mañana. Por eso Tomás Smail nos da este consejo:

> *Cuando no hay respuesta a la oración que se hace con fe ni se efectúa la sanidad que muchos han buscado, no debemos acusar a nadie de falta de fe. Más bien debemos recordar que además de la fe está la esperanza. Esta tiene que ver con las promesas de Dios que todavía son futuras y están ocultas, así como también la fe tiene que ver con las promesas de Dios que están aquí ahora. El que cree hoy, pero no ve que la respuesta llega hoy mismo, recibe el llamamiento a la esperanza. Esta dice: "El día de mañana también es de Dios. Ya han sucedido bastantes cosas para asegurarle que el resto está en camino."*[1]

Y el enfermo debe estar seguro no sólo de la liberación de Dios en el futuro, sino también de su constante amor en la actualidad. Al respecto, Pablo dice: "Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios" (Romanos 8:38-39).

El poder de Dios está tan cerca de nosotros en la enfermedad y en la muerte como lo está en la sanidad. El que ora, pero no es sanado, jamás tendrá que dudar de esta realidad. El

1 Smail, *The Forgotten Father*, p. 142.

discípulo de Jesucristo que está bien informado de lo que dice la Biblia sabe confiar en Dios para obtener la sanidad física así como para obtener la sanidad espiritual, y también sabe persistir en confiar en Él cuando los efectos del mundo caído siguen con nosotros. Si nuestro evangelio de sanidad no podemos anunciarlo con confianza ni entregarlo como consuelo en el lecho de muerte, no es el evangelio de Jesucristo.

Uno de los elementos más débiles de la enseñanza de la "fórmula de la fe" es precisamente el concepto de la función bíblica de la fe. En realidad, la "fórmula de la fe" sostiene que la función de la fe es obtener resultados. Se supone que la fe precede a los milagros y los produce. Es cierto que en muchos ejemplos del Nuevo Testamento, la fe en Jesucristo precedió a los milagros (Mateo 8:10; 9:38; 14:31; Marcos 2:5; 5:36; Lucas 7:50; 17:6). Pero en otros, los milagros precedieron a la fe y sirvieron para producirla (Mateo 11:4-5; Lucas 24:13-35; Juan 9:1-38; 10:37; 12:37; 20:31).

Uno de los efectos más perjudiciales del concepto de la "fórmula de la fe" es que muchos cristianos lo igualan de manera errónea con el ministerio de sanidad en general. Un número importante de creyentes evangélicos están sumamente predispuestos contra los "sanadores" de cualquier clase debido a que en los tiempos pasados y en la actualidad los sanadores de la "fórmula de la fe" han sido muy conspicuos e influyentes. El temor a los elementos "marginales" del cuerpo de Cristo se usa como excusa para evitar todo lo que tenga que ver con la sanidad. A menudo creen que los que venimos de las tradiciones católica, anglicana, pentecostal o de la corriente principal de las iglesias evangélicas sostenemos las mismas creencias que los evangelistas de la "fórmula de la fe" y sólo porque oramos por los enfermos e instruimos a otros en este ministerio. Esta es una razón mucho más poderosa para aislar y erradicar esa clase de concepto.

Debo añadir que al hacer esto no es mi deseo declarar culpables por asociación a todos los pentecostales y carismáticos. La mayor parte de ellos, como Carlos Farah, Tomás Smail y Gordon Fee, están bien enterados de los errores de la enseñanza de la "fórmula de la fe".

Debo expresar también mi gratitud a los sanadores pentecostales y carismáticos del pasado y del presente. Creo que el Cuerpo de Cristo en general es más fuerte hoy día porque ellos estuvieron dispuestos a creer en las promesas de Dios cuando la mayoría no lo estaba y porque se arriesgaron basándose en esas promesas cuando muy pocos lo hicieron. Mi sincero deseo es ser de ayuda a los de cualquier tradición cristiana que en el nombre del Señor Jesucristo procuran participar en el ministerio de sanidad, liberación y reconciliación, y que ellos también me ayuden a mí.

Ahora bien, en una defensa específica de los maestros de la "fórmula de la fe", permítame decirle que aunque ellos exageran lo que está a nuestra disposición por completo ahora, todavía están más cerca de la verdad que los que niegan que hoy sucedan sanidades.

Resumiendo lo que hemos expuesto hasta ahora respecto a los diversos obstáculos teológicos al ministerio de sanidad, hemos visto que aceptar la enfermedad como una bendición santificante, soportarla pasivamente como un decreto de Dios y sustituir la fe genuina por la presunción: todo esto tergiversa el concepto bíblico de la enfermedad y de la sanidad. El identificar y aislar estos obstáculos despeja el terreno para un estudio del concepto bíblico de la sanidad; pero queda aún otro gran obstáculo. Este es la *cosmovisión o concepto del mundo*, que apoya incluso el escepticismo cristiano, acerca de la sanidad.

Capítulo 4



La cosmovisión secular

Al igual que el mundo del Nuevo Testamento, la mayoría de las culturas no occidentales de la actualidad admiten la posibilidad de la sanidad sobrenatural. Su cosmovisión tiene en cuenta lo milagroso. Pero la cosmovisión moderna, que tenemos la mayor parte de nosotros en Europa, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Canadá y los Estados Unidos, niega la posibilidad de los milagros. Por eso generalmente nuestra cultura no espera ni acepta la sanidad sobrenatural; pero aunque parezca extraño, las personas de muchos países occidentales, especialmente Alemania, Francia y Austria, están acudiendo a los espiritistas y a otras ciencias ocultas en busca de "sanidad". Sin embargo, los casos de sanidad por medios cristianos son poco comunes. El teólogo Don Cupitt explica de este modo lo que quiero decir:

> *En este siglo, el hombre moderno ha llegado a tener una nueva interpretación de sí mismo y del lugar que ocupa en el universo, la que ha dejado obsoletas todas las cosmovisiones anteriores . . . así que ahora hemos llegado a tener un concepto completamente secular del mundo y del lugar que ocupamos en él.*[1]

Se llama *secularismo* a la forma de pensamiento que niega la existencia o significado de todo lo que sea religioso. Como Dios ha sido removido del concepto moderno de la realidad,

1 Don Cuppit, *The World to Come* (Londres: SCM Press, 1982), pp. 54-55.

ahora se concibe al mundo como un sistema cerrado, regido por la causa y efecto de las leyes naturales. Esas leyes han sido descubiertas mediante la observación científica del mundo empírico. Como lo dice David Hume:

> *Un milagro es una violación de las leyes de la naturaleza . . . una experiencia firme e inalterable ha establecido estas leyes; por la misma naturaleza del hecho, la refutación de un milagro es tan completa como cualquier argumento basado en la experiencia que pueda uno imaginar.*[1]

Junto con Hume, los materialistas científicos modernos preguntan: "¿No ha demostrado la ciencia que el universo es cerrado y mecanicista, haciendo así a Dios obsoleto? ¿No son explicables todas las experiencias humanas como procesos naturales, eliminando así cualquier necesidad de lo sobrenatural?"

Modernamente tendemos a actuar sin referirnos a Dios. Así estamos orientados casi exclusivamente a lo secular. La premisa que sustento en este libro — que cuando los siervos del Altísimo oran se manifiesta el "poder desde lo alto" — se descarta desde el principio por la cosmovisión secular. A menos que hagamos un esfuerzo consciente para resistir al concepto de la realidad en el que hemos nacido y por el que estamos condicionados, tenemos pocas esperanzas de orar con confianza por los enfermos y verlos sanados.

Toda cultura tiene una cosmovisión distinta, si bien pocos de nosotros podemos identificar la nuestra o expresarla con claridad. Una de las razones por las que ocurre esto es porque cada uno de nosotros cree que su cosmovisión es la manera como el mundo es en realidad. Rara vez se nos ocurre que nuestro punto de vista es sólo uno entre muchos posibles. Ninguno de nosotros escogió su cosmovisión, como tampoco escogimos nuestra lengua materna. Nacimos en ella y hasta cierto punto estamos condicionados para siempre por ella. Las cosmovisiones son creencias que albergamos dentro de nosotros

1 David Hume, citado en Antonio Flew, *Western Philosophy* (Nueva York: Bobbs-Merrill, 1971), p. 257.

acerca de la realidad que nos rodea y que por lo general llevamos toda nuestra vida sin cuestionarlas.

Por eso, la cosmovisión secular no es tanto la cizaña que ahoga nuestra buena semilla, sino más bien el suelo contaminado en que esta ha sido sembrada. Nuestro concepto de la realidad no ha sido tergiversado por un pensamiento erróneo particular, sino por toda una forma de pensamiento. Así pues, hacer una evaluación apropiada de la cosmovisión moderna es el primer paso para poder enfrentarla.[1]

LA FORMACIÓN DEL CONCEPTO MODERNO

La cosmovisión secular es un suceso relativamente reciente de la historia universal. Antes del siglo dieciséis, todas las cosmovisiones eran teístas. Las categorías de pensamiento de cada cultura conocida estaban arraigadas en la creencia de que Dios o los dioses eran reales, y que de algún modo estaban presentes en el mundo e intervenían en él. Luego, a mediados del siglo diecisiete, la obra de René Descartes comenzó a cambiar el statu quo en Europa.

Descartes creó una cosmovisión fundada en las matemáticas.[2] Él creía y enseñaba que toda realidad era el resultado de la acción mecánica de la ley de causa y efecto, y que esta se podía conceptuar matemáticamente. Aunque Descartes mismo creía en Dios — en realidad creía que era imposible que Dios no existiera —, con todo, dio inicio en la filosofía a una tendencia que pronto llevó a la exclusión de Dios de los fundamentos *filosóficos de la realidad. Para este filósofo, Dios era un punto* de partida, una hipótesis que garantizaba la permanencia del resto de su sistema; pero Él no tenía ninguna otra participación en dicho sistema. Pronto otros filósofos encontraron que no había razón para incluir a Dios en el principio.

Poco a poco el concepto teológico de la realidad fue reemplazado por un concepto científico, mecanicista. En vez de concebir el universo y su historia en su relación con Dios, las personas comenzaron a concebirlo como un mecanismo automático. El

---

1 Para un estudio provechoso de diversas cosmovisiones recomiendo a Jaime W. Sire, *The Universe Next Door* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1979).
2 Véanse datos sobre Descartes en Juan Herman Randle, *The Making of the Modern Mind* (Cambridge, Mass.: Houghton Mifflin, 1940).

programa de la ciencia ya no fue "pensar los pensamientos de Dios", sino descubrir las leyes que rigen el universo. Se creía que cuando esas leyes se descubrieran, se podrían predecir y finalmente controlar los movimientos de la "máquina". La tecnología moderna muestra claramente el éxito que ha tenido este programa. El resultado es que la mayoría de las personas encuentra hoy que Dios es más bien innecesario.

Ese cambio en nuestra cosmovisión es una revolución de primer orden. Como lo expresa el teólogo católico romano Malaquías Martin:

> *Hace casi cien años, nuestra cultura occidental en Europa y los Estados Unidos experimentó su único cambio religioso radical desde el siglo cuarto . . . Ese cambio, evidente entre los europeos y estadounidenses de comienzos del siglo diecinueve, fue una cosa completamente nueva: la incredulidad en Dios como una opción aceptable.*[1]

Esto no quiere decir que ya ninguno de nosotros cree en Dios, sino más bien que Él ha dejado de ser esencial para nuestra manera de vivir. Los cristianos occidentales podemos ser teístas en nuestra mente; pero tendemos a actuar como laicistas en nuestras actividades diarias. Para nuestra sociedad, la verdadera autoridad en la cosmovisión y la piedra de toque de la verdad es la ciencia. Ella es nuestro salvador, proveedor y la que lo arregla todo.

Casi toda costumbre de la vida social, la política y la educación, así como también las filosofías personales de la vida, se evalúan en función de su conformidad o no con la ciencia. Por lo general se cree que para que una cosa sea verdadera, es necesario que sea científicamente demostrada. La verdad se ha convertido en algo así como un sinónimo de lo que se puede establecer por la ciencia. Los valores no materialistas — como el amor, la justicia y la religión —, que no se pueden demostrar científicamente, se consideran como asuntos irrelevantes o sencillamente como cuestiones de preferencia.

---

1 Malaquías Martin, *The Jesuits* (Nueva York: The Linden Press, 1987), p. 259.

EL CONCEPTO CIENTÍFICO DE LA SANIDAD

Nuestra cosmovisión, que está dominada por la ciencia, ha afectado profundamente el cuidado de la salud. Hoy día no se acude a Dios en busca de sanidad, sino a la ciencia médica. Cuando Tomás McKlown, el experto en salud británico, se refiere a nuestro concepto de enfermedad y sanidad, y a la manera como lo aprendimos, dice:

> *Durante el siglo diecisiete, el enfoque de la biología y la medicina establecida era un enfoque de ingeniería basado en un modelo físico. La naturaleza era concebida desde el punto de vista mecanicista, lo que llevó a la biología a la idea de que un organismo se podía considerar como una máquina que se desarmaba y volvía a armar si se podía entender cabalmente su estructura y funcionamiento.*[1]

La creencia de que el organismo humano es tan sólo materia en movimiento, junto con nuestro escepticismo respecto a la realidad y relevancia del mundo espiritual, hace que la oración por los enfermos sea una rareza en el mundo occidental. Cuando oramos, lo hacemos con poca seguridad. Y cuando alguien es sanado a consecuencia de la oración, no podemos reconocer este hecho como tal.

Hace dos años, Isabel, una mujer de veintiséis años vino a mi esposa y a mí para pedirnos que oráramos por ella. Nos dijo que desde la edad de seis años sufría de ataques epilépticos. Hacía veinte años que le administraban drogas que en gran parte controlaban los síntomas de su dolencia. Además de su trastorno cerebral, sufría de terribles dolores de cabeza que ningún medicamento quitaba. Esos dolores eran tan intensos que durante meses había faltado a la escuela y le habían hecho imposible seguir en un empleo estable.

Oramos dos veces por Isabel, al parecer sin resultado alguno. Cuando nos dispusimos a hacerlo por tercera vez, tenía un dolor de cabeza. Pero cuando oramos, se le pasó el dolor y sintió que en ese momento algo se había movido dentro de su cuerpo.

1 Tomás McKlown, *Medical History and Medical Care* (Londres: Oxford Press, 1971), p. 36.

Después nos contó que el movimiento que había sentido había sido la salida de un espíritu inmundo.

A la semana siguiente, Isabel tuvo que ir al hospital para su control semestral. En el examen se incluyó un electroencefalograma de su actividad cerebral. Como este no mostró ninguna señal de alteración, los médicos pensaron que había un desperfecto en la máquina y decidieron hacerle otro examen. Ese segundo examen tampoco mostró ninguna señal de la dolencia que sufría, así que le redujeron los medicamentos a la mitad. Dos semanas después los médicos volvieron a examinarla, y no había ninguna señal de epilepsia. Entonces dejaron de darle medicamentos. Ahora han pasado dos años, y aún no muestra síntomas de epilepsia ni ha vuelto a tener dolores de cabeza.

Los médicos están contentos, pero perplejos. Les es imposible aceptar el testimonio de Isabel de que Dios la ha sanado mediante la oración. En su cosmovisión occidental no cabe la posibilidad de una intervención divina. En un intento de explicar el actual estado de salud de ella, han concluido que hace veinte años deben de haberle hecho un diagnóstico equivocado e indicado un tratamiento erróneo. Esos médicos, aunque meticulosos y competentes, han preferido arriesgarse a ser llevados a juicio por negligencia a admitir la posibilidad de la sanidad divina.

A veces nuestra ceguera a la mano de Dios en la sanidad tiene graves consecuencias. Un domingo por la mañana, mientras mi equipo y yo orábamos por los enfermos, una mujer que llamaré Brenda vino a pedirnos que la ayudáramos. Su médico le había dicho el martes pasado que el dolor y la hemorragia que tenía se debían a un cáncer uterino. Las radiografías, el examen físico y la biopsia: todos confirmaban que le debían extirpar inmediatamente el útero, que estaba lleno de cáncer. Le fijaron la hora de la operación para el martes siguiente.

Cuando le hablamos a Brenda y oramos por ella, todos sentimos que el poder de sanar estaba con nosotros. Ella creyó que le había ocurrido algo, así que decidió pedirle a los médicos que le hicieran otro examen para comprobar su mejoría. Si podía evitar la operación, indudablemente lo deseaba.

Debido a la naturaleza mortal de su enfermedad y a que los médicos no consideraban la sanidad divina como una posibilidad, la instaron a no hacerse más exámenes, sino a operarse como lo habían decidido. Entonces ella consintió y fue operada.

Después que le extirparon el útero, los médicos que hicieron la operación lo examinaron. Para sorpresa de todos, no encontraron ningún rastro de cáncer excepto algunas cicatrices. El útero que cinco días antes había estado lleno de cáncer, ahora estaba limpio y había sido extirpado sin necesidad. Aunque los mismos médicos de Brenda no tienen ninguna explicación al respecto, no consideran la posibilidad de que Dios la sanó. Una vez C. S. Lewis señaló que para muchos hoy ver es no creer.

> *Al hablar de los milagros, lo primero que tenemos que poner en claro es esto: que cualesquiera que sean las experiencias que tengamos, no las consideraremos milagrosas si ya tenemos una filosofía que excluye lo sobrenatural.*[1]

La supuesta imposibilidad "científica" de que el poder de lo alto afecte al cuerpo y a la mente de las personas hace problemática la "verificación médica". En efecto, los casos de sanidad divina ocurren; pero debido a la forma de pensamiento controlada por la cosmovisión secular muchos no los perciben como tales.

Afortunadamente, eso está cambiando a medida que más y más médicos y psiquiatras, que tienen respeto a las Escrituras, comienzan a considerar su creencia en la Biblia con tanta seriedad como lo han hecho con sus estudios de medicina. Muchas comunidades cristianas donde se practica la sanidad divina tienen ahora médicos y otros profesionales adiestrados que aconsejan a los que ministran a los enfermos y endemoniados, y oran con ellos.

Pienso que la oración de los creyentes combinada con la experiencia de los médicos y psicólogos crea las condiciones óptimas para que haya sanidades. He descubierto que la dirección, el apoyo y la comunión de los médicos y los consejeros cristianos son inapreciables. Entiendo que la ciencia médica es

1 C. S. Lewis, *God in the Dock* (Grand Rapids: Eerdmans, 1970), p. 25.

un don que Dios les ha concedido a sus criaturas. Junto con la oración, Él nos da ese don para ayudarnos a combatir los efectos del pecado en el mundo. Mi esposa y nuestro cuarto hijo no estarían vivos hoy si no fuera por un cirujano experto. La ciencia médica y la fe cristiana luchan contra un enemigo común, pero con medios diferentes; por tanto, la polarización entre la ciencia y la fe es falsa. Lo que Dios ha unido, el hombre no lo debe separar.

La verdadera tensión no está entre la Iglesia y la ciencia, sino entre la cosmovisión secular y el concepto de la realidad que tiene en cuenta la actividad del Dios viviente. En realidad, con demasiada frecuencia la Iglesia parece estar de acuerdo con el escepticismo del mundo en cuando a la posibilidad de que Dios actúe en él. Por lo general, los eruditos evangélicos de las Sagradas Escrituras se sienten confundidos con los milagros referidos en ellas. No obstante, el hecho de que más de un tercio de los evangelios sinópticos trata de algún modo sobre lo milagroso, rara vez comentan con seriedad sobre los milagros. Por ejemplo, en su extenso tratado sobre la teología del Nuevo Testamento, que por otra parte es exhaustivo y conservador, Donald Guthrie no presta ninguna atención a los milagros.

Por lo general, la Iglesia funciona en el occidente más o menos como otras instituciones seculares: confiamos en el esfuerzo humano. Si fijamos siquiera algunas metas, tendemos a ser "realistas". Casi siempre actuamos como si no esperáramos que el poder de lo alto interrumpa nuestros programas y altere de manera significativa su eficacia. En su mayor parte, hemos adaptado la vida de la Iglesia a la impotencia y al carácter predecible del mundo. Aunque en el nivel intelectual tratamos de resistir al secularismo, en la práctica perdemos terreno ante él. Le decimos al mundo que somos enviados en el nombre del Dios omnipotente de la creación; pero a menudo nos sentimos impotentes en situaciones que necesitan desesperadamente la manifestación de su poder. Y de esa situación es culpable no sólo la desobediencia, sino también nuestra cosmovisión.

MILAGROS Y EXPECTATIVAS

Las comunidades cristianas de otras partes del mundo no tienen nuestra cosmovisión ni tampoco nuestra impotencia.

Las iglesias de Asia, África y América del Sur, donde no predomina el pensamiento occidental, experimentan la realidad de las palabras de Pablo a los corintios en el sentido de que "el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder" (1 Corintios 4:20).

Hace poco mi amigo Juan White le contó a nuestra congregación un interesante relato acerca de los milagros y las cosmovisiones. Hace tres años, él y Lorrie, su esposa, realizaron una extensa gira de predicación por Asia y los mares del Sur. Comenzaron por Japón, China y Malasia. En cada uno de esos países predicaron el evangelio y oraron por los enfermos. Como resultado de su ministerio, las personas eran sanadas, y en algunos casos de manera espectacular. Cuando llegaron a Australia, la última etapa de su gira, las sanidades y milagros cesaron repentinamente. La cosmovisión que Juan y Lorrie encontraron en Asia aceptaba las sanidades por las que oraban; la que había en Australia no.

Donde las personas no esperan milagros, rara vez los ven, y donde sí esperan que actúe el poder de Dios, los ven con frecuencia. Los investigadores de las misiones occidentales Pedro Wagner, Pablo Kaufman y Carlos Kraft nos aseguran que los milagros de sanidad, así como también otras señales y maravillas, son comunes en muchas iglesias del tercer mundo. Donde es así, por lo general siguen la evangelización eficaz y el rápido crecimiento de la Iglesia.

Algunos seminarios comienzan ahora a ayudar a los misioneros y pastores a compensar su cosmovisión con un adiestramiento en la oración por los enfermos y endemoniados. Después de tomar uno de esos cursos, sé por experiencia propia que nuestra cosmovisión se puede ampliar de manera significativa.

No pretendo sugerir que es fácil que haya un cambio en la cosmovisión o que alguna vez este pueda ser completo. El ambiente intelectual en que nos hemos educado será siempre parte de nosotros. Después de muchas horas de reflexión teológica y de haber visto a cientos de personas sanadas de enfermedades y libradas de espíritus malos, todavía encuentro en mí una raíz de escepticismo. Para mí, orar por los enfermos exige una nueva, consciente y firme dedicación a la Biblia y a su concepto de la realidad. Para los cristianos modernos, esa nueva dedicación diaria a la cosmovisión que aparece en la Biblia es una aplicación de la exhortación de Pablo: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento" (Romanos 12:2).

Un arraigado elemento de "este siglo", y al que no debemos conformarnos, es la moderna exigencia científica de una prueba analítica incontrovertible. Específicamente, no debemos exigir pruebas de que Jesucristo sana hoy día a los enfermos antes de estar dispuestos a orar. Debemos renovar nuestro "entendimiento" suspendiendo primero nuestro escepticismo acerca de los milagros y comenzando después a orar para que los enfermos sean sanados.

No sólo se nos exige que confiemos y nos guiemos por el carácter de Cristo, sino que sin eso no veremos la gloria de Cristo revelada en su ministerio. Los fariseos escépticos citados en Mateo 16:1-4 pidieron una "señal del cielo", una prueba incontrovertible de que Él era el que decía ser. Jesucristo se negó rotundamente a acceder a tal exigencia. El siguiente suceso, consignado en Mateo 16, es la confesión de fe de Pedro en Cristo (vv. 15-16), seguido por la transfiguración (Mateo 17:1-17): una "señal del cielo" que fue una prueba incontrovertible de que Jesucristo era quien decía ser. Fíjese en el orden de esos sucesos: primero la fe, luego una "señal del cielo". La gloria de Dios que se revela en las sanidades no se le da a los escépticos para persuadirlos, se le da a los que confían en el Señor y se guían por su Palabra.

Los escépticos modernos exigen una prueba de las sanidades antes de creer en ellas. Me gustaba reunir testimonios e informes médicos para ofrecerlos como pruebas. Mis esfuerzos, sin embargo, resultaron vanos porque parece que los fariseos de la actualidad, tanto cristianos como paganos, jamás se persuadirán con las pruebas, aun cuando sean evidentes e inequívocas. Jesucristo sana a los enfermos y su gloria en hacerlo se revela a los que renuevan su entendimiento creyendo en Él y guiándose por su Palabra.

La renovación de nuestro entendimiento incluye también la limpieza teológica que hemos hecho en esta sección. Con el

terreno de nuestros pensamientos algo despejado, podemos recibir y nutrir con más facilidad la buena semilla: Jesucristo. Cuando lo hagamos, veremos que se debe preferir la salud a la enfermedad, al contrario de los valores de la "santificación por medio de la enfermedad", que la sanidad es una posibilidad al alcance de todos, y no sólo de unos cuantos predestinados como lo afirma el "determinismo divino", y que esa posibilidad se basa en el libre y soberano amor de Dios, y no en el esfuerzo humano, como lo sostiene la "fórmula de la fe". Entonces tendremos una razón más para regocijarnos en la verdad de que el evangelio de Jesucristo es en realidad las buenas nuevas.

Como lo dice Leslie D. Weatherhead:

> *El hombre debe desechar para siempre la idea de que la enfermedad es la inescrutable voluntad de Dios que Él envía para disciplinarlo, y que la resignación es la actitud que Él quiere que tengamos. Dios creó el cuerpo para ser el instrumento perfecto del Espíritu. No puede ser su voluntad que este funcione de manera imperfecta.*[1]

Puede ser que toda la Iglesia necesite elevarse hoy día a un nivel espiritual más alto, antes que los sanadores que hay en ella puedan repetir la actividad sanadora del Hijo de Dios. Puede ser que hasta que los grupos que hay dentro de ella en la actualidad estén dispuestos a pasar por esa misma clase de disciplina, el ministerio de sanidad de la Iglesia esté restringido.[2]

---

1 Weatherhead, *Psychology, Religion and Healing* p. 459.
2 Ibid., p. 32.

Segunda parte



El reino de Dios y la lucha para sanar

La mayor parte de nosotros nos unimos a los escritores bíblicos al concluir que algo muy malo le ha sucedido al mundo y a cada uno de nosotros. David se lamenta de nuestra condición, y lo hace con estas palabras: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). Y es que no sólo se da cuenta de que ha obrado mal, sino también de que desde el principio le ha ocurrido algo grave.

La Biblia nos enseña que esa maldad esencial que ha habido a lo largo de la historia y en el corazón del ser humano se debe al pecado y que Satanás se aprovecha de ella. El primer hombre, Adán, fue el primer pecador. Al rebelarse contra Dios, el verdadero rey de toda la tierra, Adán se entregó a sí mismo y a sus descendientes en las manos de Satanás, quien vino a ser el falso rey de toda la tierra. Debido al pecado original de Adán, todos nacemos al servicio de Satanás. Todos somos súbditos de su falso reino, que se ha convertido en una falsificación generalizada o imagen negativa del mundo que Dios creó.

La enfermedad en todas sus manifestaciones es una de las características del falso reino de Satanás. Como lo afirma Michael Green:

> *La enfermedad y la muerte son parte del trato espurio que el diablo le dio al hombre a cambio de su sí a la tentación. De algún modo misterioso, el pecado, la*

> *enfermedad y la muerte, todos ellos son parte de la herencia de la desobediencia.*[1]

Por la desobediencia del primer Adán, el mundo y sus habitantes fueron sujetos a la opresión de Satanás. Por la obediencia de Cristo, el postrer Adán, el mundo y sus habitantes han sido rescatados del falso reino de Satanás y trasladados al reino de Dios. Ese reino, que se ha revelado en Jesucristo, trae completa sanidad a todo lo que el pecado y Satanás han lastimado. Jesucristo salvó no sólo nuestra alma, sino además todo lo que somos. La salvación por medio de Él es no sólo una justificación legal delante de Dios, sino también un rescate y una sanidad definida e histórico. Por medio de ese rescate y esa sanidad somos salvos de la maldad que ha existido a lo largo de la historia y en el corazón del ser humano.

El teólogo luterano Jaime Kallas lo explica así:

> *Si vemos la obra de Jesucristo como la derrota de Satanás y la destrucción de su dominio en este mundo, de repente su vida, su obra, su muerte y su resurrección asumen una unidad impresionante. Él comienza la lucha contra Satanás con la expulsión de los demonios y las sanidades, lo ataca donde es más fuerte . . . en el reino de la muerte resucitándolos . . . y luego Él mismo destruye la muerte como la última arma de Satanás, quebrantando así por completo su poder. Vista de este modo, la vida de Jesucristo es una batalla ascendente, coherente, estrechamente unida, que llega a su clímax en la resurrección.*[2]

La resurrección fue la victoria decisiva para el reino de Dios, aunque Satanás retiene por cierto tiempo, una cantidad importante de poder expresada en las enfermedades físicas y mentales y en la esclavitud espiritual. Aunque en la cruz Jesucristo le asestó un golpe mortal al diablo y a su falso reino, este no entrega con facilidad su tenebroso reino al dominio del reino de

1 Miguel Green, *I Believe in Satan's Downfall* (Londres: Hodder and Stoughton, 1981), p. 208.
2 Jaime Kallas, *The Significance of the Synoptic Gospels* (Greenwich, Conn.: Seabury Press, 1961), p. 86.

Dios. La victoria del reino de Dios sobre Satanás no será completa hasta el regreso de Jesucristo. La batalla cósmica entre las fuerzas de las tinieblas y las de la luz es real. Hay victorias y bajas por ambas partes. Parte de la tarea de la Iglesia en esa lucha consiste en "predicar el reino de Dios y . . . sanar a los enfermos" (Lucas 9:2). El mandamiento de Jesucristo de predicar el reino de Dios y sanar a los enfermos es más que un bosquejo de la misión de la Iglesia; refleja la voluntad de su Padre celestial, específicamente la voluntad de su Padre en cuanto a la enfermedad y la sanidad.

Capítulo 5



Dios desea sanar a los enfermos

Dios quiere la sanidad definitiva de toda enfermedad espiritual, psicológica y física. Esa sanidad completa viene por medio de la expiación que procede de la muerte y resurrección de Jesucristo. Y la recibiremos cuando resucitemos de los muertos. Pero también, como señal y sello de esa promesa, Dios envía a menudo la sanidad hoy día. La sanidad de toda dolencia y la gracia para soportar en esperanza cuando dicha sanidad se tarda es la realidad de Dios en que ahora nos apoyamos. Él nos sostiene en nuestra lucha contra la enfermedad porque, como dice J. I. Packer:

> *El amor de Dios hacia los pecadores implica su propia identificación con el bienestar de ellos. Dicha identificación está relacionada con toda manifestación del amor: en realidad, esta es la prueba de si el amor es genuino o no . . . No es sin motivo que la Biblia se refiere constantemente a Dios como el Padre amoroso y el esposo de su pueblo. Por la misma naturaleza de esas relaciones se deduce que la felicidad de Dios no será completa hasta que sus amados estén por fin libres de enfermedades:... En realidad, Él ha decidido que de aquí en adelante y por toda la eternidad su felicidad dependerá de la nuestra. Así que Dios salva, no sólo para su gloria, sino también para su gozo.*[1]

1 J. I. Packer, *Conociendo a Dios (CLIE).*

Cuanto más firmes estemos en la creencia de que Dios quiere que tengamos salud y de que Él actúa para que esto suceda, recibiremos la sanidad más abundante y con más empeño trabajaremos para que otros también la reciban. Recibir la sanidad para nosotros mismos y orar con confianza por otros, radica en última instancia en el concepto que tenemos de la identidad de Dios. En todo asunto relativo a Dios, la cuestión de *quién* es Él es antes de todas las otras preguntas. Si creemos que Dios no estará feliz hasta que, como afirma J. I. Packer, "sus amados estén por fin libres de enfermedades", entonces podemos creer también que Él desea que estemos sanos. Algunos de nosotros, sin embargo, no creemos que Dios desea que estemos sanos, porque lo vemos de un modo diferente a como Packer y la Biblia lo describen.

CONCEPTOS TERGIVERSADOS ACERCA DE LA SANIDAD

Los concepto erróneos acerca de la sanidad tienen su origen en los conceptos erróneos acerca de Dios. Los griegos, por ejemplo, consideraban a Dios apartado en esencia de los seres humanos y carente de todo interés en el bienestar de ellos. Creían que el cuerpo era malo, que el espíritu era bueno, y que por tanto era imposible que hubiera una relación entre los dos. Ese dualismo entre los mundos humano y divino hacía inconcebible que la Deidad se conmoviera por el sufrimiento humano o que obrara a favor de los que sufrían. No es difícil entender por qué los griegos no desarrollaron una doctrina sobre la sanidad divina.

El concepto islámico de Dios excluye por diferentes razones la posibilidad de una teología de la sanidad. El islam cree que Dios ha decretado bendición para algunos y dolor para otros, y que nada de lo que hagamos podrá alterar esas circunstancias. Este *kismet* o destino que determina la salud para algunos y la enfermedad para otros hace absurda la idea de orar por los enfermos. Hay lugar para una teología de la sanidad sólo cuando se considera a Dios como uno que está preocupado por la enfermedad y dispuesto a hacer algo al respecto. Los cristianos se guían por la Biblia y confiesan su fe sólo en un Dios como este. Decimos que nuestro conocimiento de Dios se deriva de las Escrituras y se revela específicamente en Jesucristo. Creemos que Dios estaba en Cristo, que su voluntad fue hecha por medio de Él.

Si esto es verdad, ¿por qué hay tantas de nuestras afirmaciones teológicas acerca de la enfermedad y la sanidad que no corresponden con esta perspectiva? Cuando soportamos pasivamente la enfermedad como la voluntad de Dios o la aceptamos como una bendición de su parte, contradecimos lo que afirmamos creer con respecto al carácter de Dios que se ha revelado en Cristo. Esto significa que no relacionamos de manera lógica lo que decimos acerca de la enfermedad y la sanidad, con lo que creemos acerca de Dios o que afirmamos creer acerca de Él.

Los padres de la iglesia primitiva aseveraban que Jesucristo era de una esencia y ser con el Padre. Estimaban que si Jesucristo era de diferente esencia de Dios Padre, entonces no conocemos a Dios. Como Jesucristo lo dice en Mateo 11:27: "Nadie conoce . . . al Padre . . . sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar."

Un maestro de la iglesia primitiva llamado Arrio expuso el concepto de que, si bien Jesucristo fue un "hijo de Dios" único en su género, no era de la misma esencia que Dios. Como pensador griego, creía que la verdadera Deidad no tiene contacto con el mundo físico. Por tanto, el hombre Jesús no podía ser uno con Dios, aunque era un agente suyo.

El padre griego Atanasio estimó que si se creía esa doctrina, cualquier teología que se originara de ella sería necesariamente errónea. Si Jesucristo no es Dios, casi lo único que podemos hacer es especular acerca del carácter de Dios. Y por lo mismo, casi lo único que podemos hacer es especular acerca de su buena voluntad para sanar. Pero, como lo afirman los padres de la iglesia y la teología evangélica, cuando hemos visto a Jesucristo, hemos visto al Padre. Puede ser que Jesús el hombre no haya revelado todo lo que es Dios; pero lo que reveló es fiel, fidedigno y eternamente verdadero. Tal vez la revelación de Dios por medio de la carne humana sea indirecta; pero no es inexacta.

Antes de apresurarnos a afirmar esto, debemos reconocer que no siempre actuamos como si lo creyéramos. Y si lo creemos, no lo hemos aplicado constantemente al resto de nuestra teología, en especial nuestra teología de la enfermedad y la sanidad.

Digo esto porque con mucha frecuencia parece que vemos a Jesucristo y a Dios como seres diferentes. Muchos de nosotros consideramos a Jesucristo como el lado amoroso y perdonador de Dios, y al Padre como su lado más severo y exigente. Es como si percibiéramos a Jesucristo como el rostro amigable de Dios revelado en el escenario de la historia humana, y al Padre como su rostro no tan amigable, oculto en las sombras, fuera del escenario. Para muchos de nosotros, Jesucristo, comparado con el Padre, parece demasiado amoroso, demasiado perdonador, demasiado tolerante.

Cuando nos imaginamos que Dios quiere la enfermedad y abrigamos dudas en cuanto a su deseo de sanarla, revelamos que lo que creemos acerca del carácter de Dios no procede de su revelación en Cristo, sino de las sombras que hay en alguna parte fuera del escenario. Pero si en realidad Jesucristo nos revela el carácter de Dios, podemos dejar de especular y argumentar acerca de su voluntad en cuanto a la enfermedad y la sanidad. Su actitud en esas situaciones se revela con claridad en las páginas del Nuevo Testamento.

JESUCRISTO REVELA EL CORAZÓN DE DIOS

Al igual que los escritores del Antiguo Testamento, los del Nuevo Testamento conocieron a Dios, no por medio de la especulación, sino por medio de los hechos concretos con que ha intervenido Dios a lo largo de la historia, y ahora, especialmente, por medio de la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. "En el pasado Dios habló a nuestros antepasados por medio de los profetas . . . pero en estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo" (Hebreos 1:1-2, NVI). O como dice el teólogo evangélico Tomás Torrance:

> *Encarnado como un judío de Belén y Nazaret, Jesucristo se presentó . . . como . . . la revelación personal de Dios al hombre . . . Lo que Dios Padre ha revelado de sí mismo en Jesucristo, su Hijo, es lo que Él es en sí mismo.*[1]

Es decir, todo lo que Dios comunicó por medio de la ley y los

---

1 Tomás F. Torrance, *The Mediation of Christ* (Grand Rapids: Eerdmans, 1983), pp. 32-33.

profetas se centra ahora en Cristo. Él, como la revelación del Padre, es el significado íntimo de todo lo que Dios ha estado diciendo de sí mismo a lo largo de la historia. Jesucristo ha llegado a ser el horizonte de nuestro conocimiento de Dios. Ya no necesitamos especular acerca del carácter de Dios. Él mismo ha revelado su carácter y ha mostrado sus actitudes para con nosotros en su Hijo, el Señor Jesucristo.

Los evangelistas sabían que consignaban para otros la revelación de Dios en las palabras y obras de Jesucristo. Un ejemplo de eso lo encontramos en Juan 1. Allí el autor se refiere a Jesucristo como el *Logos,* como el Verbo (o la Palabra) de Dios que revela la esencia de la Deidad. En el versículo 18 dice: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer." Aquí la palabra griega que se ha traducido por *ha dado a conocer* es la misma de donde viene nuestro vocablo castellano *exégesis.* Es decir, Jesucristo es la única exégesis de Dios. Sólo Él explica el carácter y la esencia de Dios. Sólo Él revela la vida íntima del Padre. Jesucristo es tan esencial para que Dios se pueda comunicar como lo son las palabras para que nosotros nos podamos comunicar. La revelación del Padre sin el Hijo sería como hablar sin palabras.

En su comentario sobre Juan 1:18, León Morris explica que "Jesucristo nos ha dado ahora una información completa acerca del Padre."[1] Y Esteban Neill añade el siguiente requisito: "Tal vez Dios sea inescrutable; pero si en realidad es Dios, no puede haber nada que le impida dar a conocer todo lo atañe a sí mismo para que el hombre lo pueda conocer. Y esto es precisamente lo que ha hecho."[2]

Jesucristo mismo dijo: "No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el padre hace, también lo hace el Hijo igualmente" (Juan 5:19). Por tanto, Él no sólo depende de la voluntad del Padre, sino que es también fiel en revelarla tal como es. Debemos considerar sus milagros de sanidad desde ese punto de vista. Ellos revelan algo

1 Leon Morris, *The Gospel according to John* (Grand Rapids: Eerdmans, 1971), p. 114.
2 Esteban Neill, *Jesus through Many Eyes* (Filadelfia: Fortress Press, 1976), p. 145.

esencial acerca del carácter del Padre, en especial su constante e inequívoca hostilidad hacia la enfermedad y su deseo de sanarla.

De aquí en adelante evitaremos considerar cualquier teoría sobre la sanidad que hayan llegado a formar parte de nuestras tradiciones y en cambio, recurriremos a lo que Dios mismo nos revela en Cristo sobre este asunto. A medida que lo hagamos, encontraremos motivo para gozarnos con gran gozo, ya que Jesucristo nos revela que Dios se preocupa hasta de nuestras dificultades relativamente insignificantes. Por ejemplo, la falta de vino en Caná no fue más que una situación confusa; pero Jesús atendió a ella (Juan 2:1-11). Y la multitud que el evangelista describe en Mateo 15 no se estaba muriendo de hambre, pero Jesús la alimentó con gusto.

En asuntos más importantes, Jesucristo reveló que Dios tiene tanto interés en sanar nuestras dolencias que ni siquiera tomó en cuenta los pecados que las causaron. Carlos Barth explica que lo importante en cuanto a las personas en los relatos de milagros de Jesucristo no es que fueran pecadores, aunque lo eran, sino que estaban enfermos:

> *Jesucristo no sólo consideró el pasado de ellos, sino también su trágico presente a la luz de dicho pasado. Pero a partir de su presente, Él les crea un nuevo futuro. No les pregunta, pues, en cuanto a su pecado. No se los echa en cara. No los denuncia por él. La ayuda y bendición que les trae no tiene nada que ver con el pecado. Él obra exactamente como su Padre que está en los cielos, quien hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos.*[1]

Jesucristo obra de la misma manera que su Padre que está en los cielos. Él hace sólo lo que ve hacer al Padre. Y cuando lo hace, nos muestra que en realidad Dios quiere sanar a los enfermos. Un importante factor en su buena voluntad para sanar a los enfermos es su compasión.

1 Karl Barth, *Church Dogmatics,* IV/2, trad. G. W. Bromiley (Edimburgo: T. & T. Clark, 1967), p. 223.

> *En cada página del Evangelio según San Lucas es evidente la profunda compasión de Jesucristo para con los hombres y las mujeres, con sus vidas destruidas, sus sufrimientos físicos y mentales, sus pesares, la tragedia de sus pecados. No menos evidente es su determinación para mejorar su suerte.*[1]

LA HERENCIA DEL DIOS IMPASIBLE

Hay quienes no conciben a Dios como un ser emotivo; pero, como lo señala el comentarista bíblico Hugh Martin, Él es profundamente sensible y afectuoso. La actitud de Dios con nosotros y sus actividades en la historia no proceden simplemente de su sabiduría y voluntad, sino que se originan en una vida afectiva que está en lo más profundo de su ser.

Entre los elementos de la teología tradicional que nos han impedido orar eficazmente por los enfermos está la trillada noción de que Dios es emocionalmente indiferente a nuestros sufrimientos. Como lo explica el filósofo y teólogo Carlos Hartshorne:

> *A lo largo de los siglos de la era cristiana ha habido pocos teólogos que han rechazado el concepto de Dios como puro intelecto o voluntad, como uno que conoce nuestros sentimientos pero que no siente nada, como uno que quiere nuestro bien pero que no se interesa en algún sentido inteligible en nuestros goces o sufrimientos. La mayor parte de los teólogos desecharon los sentimientos como atributo divino. Para ellos connotaban debilidad.*[2]

La idea de que Dios es indiferente a lo que llamamos sentimientos es parte del atributo divino calificado de "impasibilidad" en los textos tradicionales de teología. Ese término técnico se refiere simplemente a la incapacidad de "padecer o sentir". Ese concepto se deriva más bien de la filosofía griega que de la revelación bíblica.

1 Hugh Martin, *Luke's Portrait of Jesus*, (Londres: SCM Press, 1949), p. 64.
2 Carlos Hartshorne, *Omnipotence and Other Theological Mistakes* (Nueva York: State University Press, 1984), p. 27.

Los griegos razonaban que si Dios pudiera sentir siquiera algún placer o dolor, implicaría que Él era inestable o incompleto. No concebían a Dios como una persona, sino como la perfección absoluta de la belleza y la verdad. Cualquier movimiento desde ese pináculo de la perfección se consideraría como un movimiento hacia la imperfección. Por eso se descartaba la posibilidad de que Dios experimentara emociones. Desafortunamente, la teología cristiana siguió en esto a la metafísica griega.

No obstante, el conflicto que hay entre esa interpretación de Dios y las numerosas referencias bíblicas a sus emociones — su ira, su gozo y su compasión —, la mayor parte de los protestantes así como los católicos han heredado aun hoy en una forma u otra ese concepto de Dios. Muchas veces el resultado es evidente en nuestros esfuerzos de interceder por algún miembro de una familia que se encuentra en un apuro. Nuestras oraciones toman forma de argumento legal: "Señor, si alguien es digno de que la sanes, seguramente esa es María." Esto implica que Dios no tiene interés en María, pero puede responder a la necesidad si se la presenta en forma de alegato.

Otras veces, el tono de nuestras intercesiones degenera hasta convertirse en ruegos y regateos. Inherente a esto está la tácita creencia de que Dios no siente ni tiene ningún afecto hacia los que se encuentran en dificultades. Aunque no derrama lágrimas, creemos que puede ser movido a actuar a favor nuestro.

También oímos de la oración de intercesión como el "ataque a las puertas del cielo". Esto nos evoca la idea de que Dios está encerrado tras puertas de bronce y que sólo hará caso de nosotros si gritamos bastante fuerte y por bastante tiempo. Creo que nuestra oración puede ser emotiva y debe ser persistente, pero la ansiedad que caracteriza a muchas de ellas proviene de ese concepto erróneo de la vida afectiva de Dios.

LA COMPASIÓN DE JESUCRISTO

La Biblia nos enseña que Dios estaba en Cristo; por tanto, Él no sólo se preocupa de nuestros dolores, sino que también los ha experimentado. Dios estaba plenamente presente en la carne de Jesús de Nazaret cuando esa carne tuvo hambre y sed,

experimentó cansancio y cuando fue traspasada y desgarrada en la cruz del Calvario. Él no sólo está preocupado del dolor que causa el pecado del mundo, sino que ha experimentado personalmente ese dolor.

Los evangelios señalan la identificación de Dios con nosotros en toda clase de sufrimientos y también muestran su determinación de aliviar ese sufrimiento. En el Nuevo Testamento encontramos la palabra griega *splanchnizomai,* que se ha traducido por *compasión* y nos da un hermoso testimonio de la preocupación de Dios por nuestros dolores y su determinación de aliviarlos. La palabra se deriva de otra que se ha traducido por *entrañas* y que a menudo denota los intestinos del animal ofrecido en sacrificio. En hebreo hay una relación parecida entre las palabras que expresan los sentimientos intensos de los estrechos lazos naturales, tales como el de la madre con sus hijos, y las palabras que se refieren al vientre.

La clase de compasión que tuvo Jesucristo al ver a las personas no fue simplemente una expresión de su voluntad, sino un sentimiento que brotó de lo más profundo de su ser. La palabra que se usa para describir su compasión expresa el jadeo involuntario que brota de los labios de un hombre agobiado por un gran pesar o los gemidos de una mujer atormentada por los dolores de parto. Esa profunda compasión dio origen a las poderosas obras que hizo Jesucristo para rescatar, sanar y liberar: "Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos" (Mateo 14:14).

Como buen pastor, Jesucristo estaba preocupado por el bienestar total de su pueblo:

> *Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.*
>
> Mateo 9:35-36

En este pasaje vemos la combinación característica de los ministerios de predicación y sanidad de Jesucristo que se

originan en la compasión de su corazón. De la misma manera, Él se conmueve al ver una multitud que no tiene qué comer.

> *En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer.*
>
> Marcos 8:1-2

El Dios que estaba en Cristo se conmueve profundamente al ver a su pueblo falto del alimento espiritual o material.

En el tiempo de Jesucristo, una mujer sola, sin un hombre que cuidara de ella, se encontraba en serias dificultades. En Lucas 7:13, Jesús se encontró precisamente con una mujer que estaba en tales condiciones, una viuda que iba a enterrar a su hijo único. El Señor, compadeciéndose de ella al verla tan indefensa social y físicamente, le resucitó a su hijo.

En Marcos 1:40-41 encontramos a un hombre que encarna todo el desmoronamiento físico, social y moral de un mundo pecador. Al verlo, Jesucristo se llena de compasión.

> *Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio.*

Los autores de los evangelios no son los únicos que usan ese lenguaje intensamente emotivo para describir a Jesucristo (y por tanto, a Dios). Todo el Nuevo Testamento da testimonio de la verdad de que el corazón de Dios se conmueve por nosotros y de que su poder está cerca en nuestras aflicciones. "El Espíritu mismo", escribe Pablo, "intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Romanos 8:26).

Cuando los comentaristas reflexionan sobre los milagros de sanidad de Cristo, tienden a considerarlos como medios que Él empleó para conseguir ciertos fines. Estiman que los milagros confirmaron la condición divina de Jesucristo, revelaron la presencia del reino de Dios o fueron un medio para evangelizar. Pero aunque los milagros de Jesucristo fueron medios eficaces para conseguir esos fines, también fueron fines en sí mismos.

Los autores de los evangelios afirman que Jesús sanaba a los enfermos porque los amaba. Sencillamente tenía compasión de ellos, estaba del lado de ellos, quería resolver sus problemas.

Dios mismo está afligido por nuestras dificultades y su emotiva respuesta es poderosa. En realidad, las obras poderosas de salvación, sanidad y liberación provienen de su compasión.

Comentando sobre los profetas, el teólogo judío Abraham Heschel llama la atención sobre la intensidad con que obran los hombres o las mujeres de Dios mientras aprenden a identificarse con la compasión divina:

> *El patetismo de Dios está en el profeta. Lo conmueve. Estalla en su alma como una tormenta e inunda su vida interior, sus pensamientos, sus sentimientos, sus deseos y sus esperanzas. Toma posesión de su corazón y le da valor para actuar.*[1]

Así también puede la compasión de Dios revelada en Cristo tomar posesión de nuestro corazón y darnos valor para actuar en beneficio de los enfermos que nos rodean.

Sin embargo, el ministerio de sanidad de Cristo y de su Iglesia, que proviene de la compasión divina, no es una simple respuesta a la bondad de Dios, sino también una prueba del avance de su reino. Trataremos sobre esto en el capítulo siguiente.

1 Abraham Heschel, *The Prophets*, vol. 2 (Nueva York: Harper & Row, 1962), p. 88.

Capítulo 6



La ofensiva del reino de Dios

La mayoría de los eruditos del Nuevo Testamento concuerdan en que el mensaje central de Jesucristo trata sobre el reino de Dios. Jesucristo les confió este mismo mensaje a los doce apóstoles (Mateo 10:7) y al grupo de los setenta (Lucas 10:9). Tal vez parezca sorprendente a la luz de la centralidad del reino de Dios en el ministerio de Cristo que Él nunca lo definiera. Lo que parece probable es que el significado del reino se entendía, de manera general, por los contemporáneos de Jesucristo o se definió por las propias palabras y obras de Él. Como veremos más adelante, ambos casos, al menos en parte, parecen ser verdaderos.

Cualquier cosa que entendieran los contemporáneos de Jesucristo respecto al reino de Dios, lo cierto es que no vieron en Él al rey que esperaban. Aunque Jesucristo interpretó su vida y su ministerio desde el punto de vista de la inauguración del reino, su idea de este era diferente a la de sus contemporáneos.

Cuando Juan el Bautista anunció la venida del reino, la vio como un tiempo de gran juicio y como el establecimiento del justo gobierno de Dios (Mateo 3:7-12). Sin importar qué él esperaba, pronto tuvo sus dudas en cuanto a si Jesucristo las estaba cumpliendo. "Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?" (Mateo 11:2-3).

Los judíos del siglo primero, entre ellos los discípulos de Jesús, esperaban la venida de un reino étnico y geográfico. Por ejemplo, en Marcos 10:35-37, Jacobo y Juan le pidieron a Jesús

que les concediera cargos ministeriales en su reino venidero. Y las multitudes que lo seguían pensaban lo mismo. "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene!" (Marcos 11:9-10). "Ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente" (Lucas 19:11). El pueblo quería la restauración de la dinastía davídica, pero cuando fue evidente que Jesús no era el Mesías que esperaban, pronto sus aclamaciones de "¡Hosanna!" se convirtieron en gritos de "¡Crucifícale, crucifícale!"

Cuando comenzamos a ver el reino de Dios definido por lo que Jesucristo dijo e hizo, descubrimos que sus amigos y sus enemigos no esperaban demasiado del reino, sino más bien demasiado poco. Jesucristo vino no sólo a traer liberación política a la nación, sino también a traer liberación espiritual, física y en sus relaciones, a todo el pueblo. Vino no sólo a destronar al César, sino además a destruir la fuerza maligna que estaba tras de todo poder desautorizado; esto es, a Satanás mismo. Y vino a traer no privilegios para unos pocos, sino también perdón de pecados y una buena relación con Dios para todos.

Esa salvación completa que Jesucristo trajo al mundo se prefiguró en Génesis 3:15. Cuando Adán y su mujer fueron juzgados por rebelarse contra Dios, también fue juzgado el que los tentó a rebelarse. El juicio del tentador fue que un día se levantaría un hombre nacido de mujer que le aplastaría la cabeza. Los evangelios presentan a Jesucristo como el cumplimiento de ese juicio. Y Juan nos dice: "Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo" (1 Juan 3:8). Jesucristo vino como el postrer Adán para remediar el daño causado por el primero (Romanos 5:15-19). Un día su obra reconciliadora y restauradora tendrá por resultado la liberación de toda la creación (Romanos 8:19-21).

Aunque el reino que Jesucristo trae al mundo no es político, con todo es real y terrenal. El reino de Dios tiene que ver no sólo con nuestro estado espiritual, sino también con nuestro medio físico y social. Los milagros físicos de Cristo no son simples símbolos de su verdadera autoridad, sino parte de la esencia de su reino y los medios para su avance. Sus sanidades y liberaciones fueron y son armas de ataque contra el falso reino de Satanás.

Cuando Cristo comenzó su ministerio público, entró inmediatamente en batalla con el enemigo y obtuvo victorias sobre él. Su triunfo sobre Satanás lo atestiguó echando fuera demonios, sanando a los enfermos y resucitando a los muertos. Satanás fue perdiendo terreno ante el avance del reino de Cristo porque Él había atado al hombre fuerte y ahora estaba saqueando su casa (Mateo 12:29).

ECHANDO FUERA LOS DEMONIOS

En su disertación sobre la venida del reino de Dios en el ministerio de Jesucristo, Jorge E. Ladd afirma:

> *El ministerio de nuestro Señor y el anuncio de las buenas nuevas estuvieron caracterizadas por curaciones, y las más notables de ellas por la expulsión de los demonios. Él proclamó las buenas nuevas del reino de Dios mediante la liberación de los hombres del dominio de Satanás.*[1]

En Mateo 12:28, Jesucristo proclamó: "Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios." Los demonios mismos estaban bien enterados del significado de lo que estaba ocurriendo cuando Jesucristo los echaba fuera. El día que predicó su primer sermón público, había en la sinagoga un hombre que estaba poseído por un espíritu malo y que le gritó: "¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos?" (Marcos 1:24). La respuesta a esta pregunta es: ¡Sí! El sacerdote anglicano Kenneth Leech afirma:

> *La venida del reino y el logro de la libertad espiritual se consideran desde el punto de vista de la liberación de las personas y la creación de la esclavitud de esas potestades. Cristo ha vencido a las potestades. En el Nuevo Testamento, esto no es una creencia adicional, sino más bien uno de los principales artí-*

1 Jorge Eldon Ladd, *El evangelio del reino* (Deerfield, FL: Ed. Vida 1985), p. 58.

culos de fe. La expulsión de los demonios constituía la parte más importante de su obra.[1]

Los contemporáneos de Jesucristo estaban confundidos en cuanto al carácter y esfera de actividad de las potestades demoniacas del mundo. Creían que las potestades malignas eran caóticas, sin coordinación ni disciplina; esto es, un "reino dividido". En Marcos 3:22-27, los escribas de Jerusalén dijeron que el poder de Jesucristo para echar fuera demonios era demoniaco en sí mismo; es decir, que los demonios menores eran echados fuera por el poder de un demonio mayor. Jesucristo los condenó por atribuir a Satanás la obra del Espíritu Santo y explicó que si un demonio echa fuera a otro, el reino del mal está dividido y no puede permanecer. Con esto dio a entender que el mal no es un reino dividido y ni siquiera una federación disgregada, sino más bien una fuerza disciplinada, que ahora está empeñada en una guerra defensiva contra el avance ofensivo del reino de Dios.

El avance del reino de Dios tiene éxito porque Satanás, el "hombre fuerte", ha sido atado por Jesucristo, el hombre "más fuerte" (Lucas 11:21-22). El "palacio" de Satanás es este mundo y "lo que posee" el hombre fuerte, y que le ha sido quitado, son los hombres y mujeres que habían sido atados por él. En cierto modo, la venida de Cristo consistió en atar a Satanás o quebrantar su poder. Antes del advenimiento de Jesucristo, Satanás era el dios de este siglo; pero ahora no sólo le disputan el poder, sino que también lo han atado, le han puesto límites. Y esos límites se estrechan con cada victoria del reino de Dios.

Una vez vi en un mapa de Arabia Saudita algo que me ayudó a conceptuar el avance del reino de Dios y la retirada del falso reino de Satanás. La línea que indicaba el límite exterior de Arabia Saudita era continua; pero las líneas que definían los diversos límites interiores (el equivalente de los límites que separan los estados y las provincias) eran discontinuas o de puntos. Me dijeron que esas líneas discontinuas o de puntos mostraban los límites que hay entre los diversos subreinos en que está dividido el país. Esas líneas interiores no eran continuas porque los límites cambiaban según la fuerza relativa que tenían los diversos subreinos en un tiempo determinado. Cuando cierto jeque o gobernante local aumentaba su riqueza y poder, podía tener más territorio bajo su dominio y así también podía extender sus límites, en tanto que los de su vecino se estrechaban.

1 Kenneth Leech, *Soul Friend* (San Francisco: Harper & Row, 1977), p. 132.

A medida que Jesucristo extendía el reino de Dios, se reducían los límites del falso reino de Satanás. No sólo Jesucristo lanzaba el ataque del reino, sino también sus discípulos. Así como Él fue enviado a predicar el reino y a sanar a los enfermos, así también envió a otros a hacer lo mismo. Cuando los discípulos fueron en misión, descubrieron que aun los demonios se les sujetaban en el nombre de Jesús (Lucas 10:17). Y cuando Él oyó este informe, les dijo que había visto caer a Satanás (v. 18). Se estaban desmoronando los fundamentos del falso reino de Satanás; se combatía con éxito contra su dominio y se lo vencía. Por fin el reino de Dios conquistaba el mundo de las tinieblas.

El falso reino de Satanás es muy semejante a la antigua ciudad de Jericó. Cuando Josué, revestido de la autoridad de Dios, avanzó contra ella, sus muros temblaron, se estremecieron y finalmente se derrumbaron. Cada vez que ministro a los endemoniados, siento lo que debe de haber sentido Josué: que el enemigo que los posee está acorralado, aterrado y que sólo es cuestión de tiempo para que sea echado fuera. Muchos cristianos les tienen un temor infundado a los demonios. Es verdad que no debemos tomarlos a la ligera; pero nunca debemos olvidar que todo el poder demoniaco fue atado de una vez para siempre por el Señor Jesucristo. Ahora los discípulos de Jesucristo tienen que seguir saqueando la casa del "hombre fuerte", llevando sus antiguos cautivos a la libertad.

SANANDO A LOS ENFERMOS

El hecho de que la creación sea librada del poder de Satanás por el ataque del reino de Dios significa también que los enfermos son sanados. Como lo explica Herman Ridderbos:

> *La verdadera relación que hay entre la venida del reino y los milagros de Jesucristo resalta no sólo con la expulsión de los demonios, sino también con otros milagros suyos, pues todos ellos demuestran que el*

poder de Satanás ha sido quebrantado y que, por lo tanto, el reino ha llegado. A la vez parece que se considera que generalmente la enfermedad es una consecuencia del dominio de Satanás y que la lucha que tiene Jesucristo contra el maligno se libra no sólo en el campo de la ética, sino en todo el dominio físico.[1]

La realidad concreta de la venida del reino se mostró con la derrota y retirada de la enfermedad. En la actualidad es casi imposible que las personas del mundo occidental consideren la enfermedad como la consideró Jesucristo. Para Él, la enfermedad no tenía ninguna explicación desde el punto de vista de los gérmenes o de las disfunciones biológicas, sino desde el punto de vista del mal personificado.

Jesucristo consideró a Satanás como el causante de toda clase de sufrimientos físicos. "Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar" (Lucas 13:10-11). Probablemente una radiografía habría revelado una desviación de la columna vertebral y no trataríamos de ver nada más. Jesucristo, sin embargo, incluyó en su diagnóstico la causa espiritual. No se dirigió al demonio que estaba en ella para echarlo fuera, sólo le dijo a la enferma: "Mujer, eres libre de tu enfermedad" (v. 12).

Esto hace que nos preguntemos cuántas veces, cuando el texto dice que Jesucristo sanó a los enfermos, la sanidad incluyó la expulsión de un espíritu. Desde luego, no todas las enfermedades físicas que Jesucristo sanó tenían alguna relación con demonios, pero como observa Werner Foerster:

Podemos decir, sin embargo, que la existencia de la enfermedad en este mundo pertenece al carácter de este siglo, cuyo príncipe es Satanás . . . Así que, aunque no todas las enfermedades son obra de los demonios, todas pueden considerarse como obra de Satanás.[2]

---

1 Herman Ridderbos, *The Coming of the Kingdom*, trad. H. de Jongste (Grand Rapids: Baker, 1962), p. 67.
2 Werner Foerster, "[daimon]", en *Theological Dictionary of the New Testament, 10 vols., ed. Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, trad. G. W. Bromiley (Grand Rapids: Eerdmans, 1964-76), 2:18.*

En cuanto a esto, observamos que en las sanidades físicas, Jesucristo usó la palabra *reprender*. En efecto, Él *reprendió* a los demonios (Marcos 9:25), y también a la fiebre que afectaba a la suegra de Pedro (Lucas 4:39). Probablemente la medicina moderna habría atribuido la fiebre a una infección. Al parecer, Jesucristo consideró a la fiebre, o al poder que había tras ella, como un mal personificado. Otras enfermedades descritas en los evangelios, y que hoy se pudieran estimar como sordera (Mateo 12:22), epilepsia (Marcos 9:14-19) o artritis (Lucas 13:10-17), Jesucristo las relaciona con Satanás. Donde nosotros vemos los gérmenes tras una enfermedad, Jesucristo vio el azote de Satanás. Al respecto, Kenneth Leech comenta:

La venida del reino de Dios y la consecución de la libertad espiritual se consideran desde el punto de vista de la liberación de las personas y la creación de la esclavitud a que los habían reducido estas potestades . . . Los casos que se describen en los evangelios sinópticos fueron casos de enfermedades para las cuales hoy día tendríamos una explicación diferente: perturbaciones mentales, epilepsia, convulsiones, mudez, ceguera . . . Lo importante es que en todos los casos la sanidad física y mental fue acompañada de la liberación de la persona de la opresión, de aquellas fuerzas que aminoraban y deformaban su humanidad.[1]

De cuando en cuando, mientras oramos por los enfermos, descubrimos la presencia de un espíritu inmundo que de algún modo, ya sea directa o indirectamente, se relaciona con los síntomas de la enfermedad. Muchas veces nos enfrentamos a ellos y los expulsamos, lo cual da por resultado la sanidad. Hace algún tiempo oramos por una mujer que sufría constantes jaquecas desde los días que estudiaba en la universidad. Oramos repetidas veces para que desaparecieran los síntomas, pero no tuvimos ningún resultado. Por último, una de las creyentes, miembro de nuestro equipo, dijo que creía que el dolor lo estaba causando un espíritu. Entonces reprendió al

---

1 Leech, *Soul Friend, p. 132.*

espíritu, y el dolor, que había continuado durante toda la reunión, se le pasó de inmediato. Ahora hace dieciocho meses desde que sucedió esto y la mujer sigue libre de la jaqueca.

Un joven que hacía poco se había convertido del ocultismo a Cristo, vino a mí en busca de ayuda cuando se le paralizaron las manos con contracciones espasmódicas; sus manos parecían las garras de un ave. Le estaban haciendo unos exámenes médicos para ver si tenía alguna enfermedad del sistema nervioso, pero quería que orara por él. Comencé a hacerlo y sentí casi inmediatamente un espíritu. Cuando lo enfrenté, se mostró y luego salió. En sólo cinco minutos, las manos del joven recobraron su estado normal y han continuado así.

Hace algún tiempo recibí un informe de la escuela de medicina de Pensilvania, que se titulaba: "Operación del corazón en una reunión de oración." En dicho informe se relata el caso de una mujer bautista negra de ochenta y tres años a quien le estaban aplicando un tratamiento debido a una arritmia cardiaca (irregularidad en las contracciones del corazón) y que fue "sanada" cuando su pastor y las hijas de ella ordenaron que "este ritmo irregular saliera de su cuerpo". En ese instante, "la paciente informó que sintió como que unos gatos y perros salían corriendo de su pecho". Por otra parte, la enfermera que observaba el monitor informó que "en ese momento se restauró el ritmo del corazón. La arritmia cardiaca no volvió a presentarse".[1]

Es probable que los médicos que observaron este caso e informaron de él no vieron el reino de Dios en acción. La razón es que nuestro concepto de la enfermedad es diferente al de Jesucristo y sus contemporáneos. Ahora tenemos microscopios y una antropología diferente. Hoy distinguimos entre el cuerpo y el alma, los hebreos no. Jesús y sus oyentes relacionaron la salvación con lo físico así como con lo espiritual. La salvación integral de la persona constituía la liberación del dominio del pecado y de Satanás.

Miguel Green comenta que hoy sufrimos de una falsa distinción entre lo secular y lo sagrado, lo físico y lo espiritual. A

1 Pedro R. Kowey, M.D., Ted D. Friehling, M.D., y Roger A. Marinchak, M.D., "Operación del corazón en una reunión de oración" (Filadelfia: Escuela de medicina de Pensilvania, s.f.) carta 727.

veces la Iglesia ha actuado como si el objeto de la preocupación de Dios fuera tan sólo el elemento espiritual del hombre. Los hechos de Jesucristo consignados en los evangelios demuestran la falsedad de esto y muestran que la salvación de Dios tiene que ver con el hombre en conjunto (Marcos 3:4). En realidad, en los evangelios se alude con mucha frecuencia a la palabra salvación para referirse a la sanidad de una enfermedad.[1]

En las Escrituras, el perdón de pecados, la vida eterna, la liberación de la esclavitud espiritual y la sanidad están unidas en una salvación integral.

En Marcos 5:23, 5:34 y 10:52, las formas verbales que se usan para referirse a la sanidad de alguna dolencia, se han traducido de la palabra griega *sozo,* que significa "salvar". Y es que aun cuando una enfermedad fuera una consecuencia evidente de un pecado, Jesucristo la trató como parte de la enfermedad mayor, que es el mal. Su poder sobre las enfermedades era el mismo que su poder sobre el pecado. Esto es lo lógico en el relato del paralítico mencionado en Marcos 2:1-12, a quien bajaron por el techo para llevarlo a Jesús. La autoridad de Jesucristo para salvar de una enfermedad es la misma que su autoridad para salvar del pecado.

Muchas veces presenciamos este mismo poder de la salvación integral de Jesucristo cuando oramos por los que tienen enfermedades causadas por el pecado. En las enfermedades de transmisión sexual, parece evidente la relación que hay entre el pecado y dichas enfermedades. Repetidas veces hemos oído confesiones de pecado sexual, hemos pronunciado el perdón de Cristo y en su nombre hemos sanado la enfermedad. Al hacerlo, participamos en la salvación integral que trajo Jesucristo. Cuando el reino de Dios avanza de este modo, el dominio de Satanás retrocede. Sólo en el día final, cuando recibamos nuestro cuerpo resucitado, estará completa la salvación.

RESUCITANDO A LOS MUERTOS

La máxima expresión de la victoria del reino sobre el mal ocurrió cuando Jesucristo resucitó a los muertos. Al respecto, el teólogo católico Raimundo Brown comenta:

1 E. M. B. Green, *The Meaning of Salvation* (Londres: Hodder and Stoughton, 1965), p. 112.

La muerte, como consecuencia del pecado del hombre, era un elemento muy importante del dominio de Satanás. Como lo expresa Pablo: "El postrer enemigo que será destruido es la muerte" (1 Corintios 15:26). Así que, al levantarse de los muertos, Jesucristo manifiesta una intervención especialmente poderosa . . . y revela que Dios ha visitado a su pueblo.[1]

La muerte es el arma más terrible del reino de Satanás. Si Jesucristo se proponía vencer al "hombre fuerte", tenía que enfrentarse a su adversario en el valle de sombra de muerte, donde era más fuerte. Aquí Jesucristo se enfrentó a su enemigo y lo venció en dos etapas. En primer lugar, durante su ministerio Jesucristo les dio vida a los que la habían perdido. Pero esto fue como todas las otras sanidades físicas: sólo parcial y transitoria. Los que se levantaron de los muertos volvieron a morir.

La derrota definitiva de Satanás ocurrió con la muerte y resurrección de Jesucristo. Esta realidad fue el principio fundamental de la enseñanza de los apóstoles. En Colosenses 2:15, Pablo afirma que Jesucristo despojó a los principados y potestades malignos y "los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz". Cuando Juan anunció que la razón por la cual apareció el Hijo de Dios fue "deshacer las obras del diablo" (1 Juan 3:8), la expresó en tiempo pasado. Esto no es una profecía sobre la segunda venida de Cristo, sino una confirmación de su primera venida. Cristo es el rey; Satanás es un enemigo vencido, y esto se hizo evidente en la victoria de Jesucristo sobre la muerte y en la promesa de Dios de nuestra propia resurrección al regreso de Cristo.

Por eso podemos decir con Pablo que, aunque nos enfrentamos a la muerte, esta ha perdido su victoria y su aguijón (1 Corintios 15:55). Y podemos esperar también que tendremos la posibilidad de resucitar muertos como parte de nuestro ministerio.

Los contemporáneos de Jesucristo entendieron mal el reino de Dios, porque esperaban que fuera la restauración de la gloria

1 Raimundo Brown, *New Testament Essays* (Londres: Chapman, 1965), p. 174.

pasada de Israel. Nosotros también podemos entenderlo mal si sólo lo consideramos como un estado espiritual o un acontecimiento futuro. El reino de Dios llegó por medio de Jesucristo como una realidad concreta que alcanzaba a una persona a la vez. A medida que de algún modo Cristo libraba a cada uno del dominio de las tinieblas, el reino avanzaba. De la misma manera sigue avanzando hoy: una liberación, una sanidad, una conversión a la vez. Este concepto no sólo nos ayuda a entender el reino, sino que también explica la diferente calidad y cantidad de sanidades hechas en la actualidad, y que consideraremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 7



La lucha es real

El flujo y reflujo de la batalla cósmica librada entre la luz y las tinieblas no es una danza dirigida por una Deidad que maneja a sus criaturas como un titiritero. La lucha es real. La victoria que Cristo obtuvo con su muerte y resurrección es decisiva; pero todavía no ha sido plenamente ejecutada. El mal seguirá ejerciendo su poder — que, aunque limitado, es importante — hasta que Cristo regrese en su gloria.

Ahora la presencia del reino, manifestada en las sanidades, es sólo parcial, debido a que vivimos entre el tiempo de la venida de Cristo y su regreso. Como observa Tomás Smail:

> *En la esfera de las sanidades resulta que muchas cosas confirman la presente voluntad y poder de Cristo para sanar lo que de lo contrario sería incurable, y sin embargo, resulta también que a menudo, fracasos bastante lamentables, sirven para recordarnos que aún no estamos en el último día y para que dejemos como está el misterio de lo que "todavía no sucede" y que nos rodea por todas partes.*[1]

El "misterio de lo que 'todavía no sucede' y que nos rodea por todas partes" incluye la realidad de la libertad y poder que tiene en la actualidad Satanás. Muchos cristianos se sienten molestos con la idea de que el diablo pudiera hasta cierto punto, y de algún modo significativo, oponerse a Dios; esto es, que

1 Tomás A. Smail, *Reflected Glory* (Grand Rapids: Eerdmans, 1975), p. 124.

pudiera haber una verdadera lucha entre ellos. Sin embargo, el mal existe en el mundo y opera sin la aprobación divina. Esto se debe a que el Dios bueno y soberano ha decidido que los ángeles y los seres humanos sean libres para escoger el bien o el mal.

Como observa Dorotea Sayers, esta elección, que es real, trae consecuencias que también son reales:

> *Dios puede hacer todas las cosas, pero no hará esta: romper la cadena de causa y efecto o hacer retroceder el tiempo. Cuando el hombre decidió conocer como Dios, decidió también que lo juzgaran según los valores de Dios.*[1]

La lucha de Dios con el mal es real porque para Él es intrínsecamente imposible dar libertad y no permitir que la usen.

LO POSIBLE Y LO IMPOSIBLE

Para nosotros ciertas cosas, como dividir el Mar Rojo y resucitar a los muertos, son imposibles. Para Dios no. Otras cosas no sólo nos son imposibles, sino que además son intrínsecamente imposibles. Por ejemplo, no sólo es difícil hacer un árbol completamente rojo y verde a la vez, sino también imposible. Es un disparate. Esta clase de imposibilidad hay en el hecho de dar libertad y negar la posibilidad de hacer mal. Sir Juan Ecles y Daniel Robinson lo expresan de esta manera:

> *A veces nos preguntan: ¿Cómo puede un Dios todopoderoso y benévolo permitir que el hombre cometa actos palpablemente injustos contra personas inocentes? La respuesta — que es tan obvia como para parecer errónea —, es que es imposible, lógicamente imposible, atribuirle responsabilidad a una persona por actos sobre los que no tiene absolutamente ningún control. Hasta el punto en que seamos moralmente responsables de lo que hacemos, debemos ser libres para hacerlo. Ni siquiera Dios puede violar la ley de la contradicción.*[2]

1 Dorothy L. Sayers, *The Devil to Pay* (Londres: Víctor Gollanez, 1939), p. 100.
2 Sir John Eccles y Daniel N. Robinson, *The Wonder of Being Human* (Boston: Shambhala, 1985), pp. 99-100.

En un mundo moral real ni siquiera Dios puede impedir que sus criaturas tomen malas decisiones que les acarrearán sufrimientos. Un acto disparatado no se convierte en sensato por el solo hecho de decir que Dios puede hacerlo. Decir que, si Dios lo quisiera, podría impedir todo el sufrimiento que hay en nuestro mundo es un disparate. El mundo en que Dios terminará con todo el sufrimiento no es este mundo, sino "los cielos nuevos y la tierra nueva" que habrá en el futuro. El mundo donde se haga la voluntad de Dios significará el fin de la vida como la conocemos en la actualidad.

LA LUCHA CONTRA EL MAL

Mientras tanto, como vivimos entre la primera y la segunda venida de Cristo, Dios lleva a cabo su plan, pero por medio de la lucha. La victoria que alcanzó Dios mediante Cristo no fue ordenada por Él, sino que se obtuvo por las lágrimas humanas y la verdadera sangre. Negándose a ejercer su poder infinito, Dios ganó la batalla contra el mal por la aparente debilidad del amor dispuesto al sacrificio. Él no echó a sus enemigos de las alturas, sino que los hizo salir de las profundidades.

Como lo expresa Colin Brown:

> *En último término, como lo demuestra la cruz misma, la victoria final se obtiene mediante la propia rendición de Cristo en debilidad, y no mediante una demostración de fuerza. Paradójicamente, el camino de la debilidad es el camino de la fuerza . . . Los milagros nos dan vislumbres de la gloria venidera. Pero el camino a la gloria es el camino de la cruz.*[1]

El poder de Dios no es una fuerza impersonal, sino un poder con carácter. Y el centro controlador de este carácter es el amor que se expresó mediante la humanidad de Cristo y que ahora se revela mediante su Iglesia.

Satanás fue vencido, no por la fuerza bruta, sino por la amorosa obediencia de Cristo al Padre. El comienzo del fin del dominio de Satanás sobre el mundo sucedió en la tentación de Jesús (Mateo 4:1-11). Satanás trató de corromper al Hijo de

1 Colin Brown, *Miracles and the Critical Mind* (Grand Rapids: Eerdmans, 1984), p. 15.

Dios ofreciéndole todos los reinos del mundo (v. 8). Se los daría sin lucha, pero por precio (v. 9). Jesucristo resistió esta tentación y comenzó la batalla por el dominio de la creación de Dios.

Durante todo el ministerio de Jesucristo, esta batalla se caracterizó por un flujo y reflujo. Hubo victorias y pérdidas por ambas partes. Una vez Jesús echó fuera los demonios "por el dedo de Dios" (Lucas 11:20). Pero en otra confesó que esta era la hora de sus enemigos y "la potestad de las tinieblas" (Lucas 22:53). Por último, cuando Jesucristo fue clavado en la cruz, parecía que Satanás había ganado. Pero al tercer día el falso reino de Satanás recibió un golpe mortal.

No sólo hubo un flujo y reflujo en la extensa línea de batalla de este relato, sino que también los hay en las circunstancias específicas de la vida diaria. En Mateo 12:43-45, Jesucristo explica que, aunque al principio el reino haga salir al espíritu malo de una persona, este puede volver con una fuerza siete veces mayor si no se lo impide. El espíritu malo puede volver a su víctima, porque el enemigo todavía no ha sido expulsado de la tierra. Jesucristo pone en claro que el adversario no ha sido eliminado del campo de batalla, sino que sólo se le ha hecho retroceder.

Además, cuando Jesucristo libera al endemoniado que se menciona en Lucas 8:26-33, al principio los demonios se resistieron a salir (vv. 28-29). Jesús no sólo manda a los demonios que se vayan, sino que también lucha con ellos. Los demonios, al ver que habían sido vencidos por el hombre "más fuerte", le rogaron que no los arrojara al abismo, sino que los enviara a un hato de cerdos que había en las cercanías (vv. 31-33). Por una parte sabían que estaban sujetos a la autoridad de Jesucristo; pero por otra creían que aún no era el tiempo de ser enviados al abismo.

Cuando Jesucristo les dio permiso de entrar en los cerdos, fue para su supervivencia transitoria. Les permitió quedarse durante cierto tiempo en el campo de batalla. No nos cabe duda de que hoy podemos encontrarnos con estos mismos demonios. Jesús no puso fin al poder de Satanás, sino que más bien lo ató para que tengamos autoridad sobre él.

LA VICTORIA FINAL

Una exégesis esmerada de este y otros pasajes pertinentes nos enseña sobre el poder característico de Satanás y su oposi-

ción a la voluntad de Dios. A la vez, tal estudio nos impide extraviarnos en un dualismo cosmológico, en un concepto del cosmos en que se considera que las fuerzas del bien y del mal, la luz y las tinieblas, Dios y Satanás, son de igual poder en la lucha uno contra el otro. Pero si bien es cierto que Satanás tiene poder y que constituye un verdadero adversario, él es una criatura y ha sido atado por Jesucristo, el Dios-Hombre Creador. Al contemplar la batalla entre Jesús y Satanás, G. C. Berkouwer dice:

> *Es necesario observar una vez más que esta batalla no es un torneo de pura fuerza contra fuerza. Más bien, el poder de Satanás es "quebrantado" por el poder de Aquel en quien la salvación y el poder están en perfecta unidad. La unidad de la batalla y el sacrificio, de la victoria y la expiación.*[1]

Pudiéramos decir que por medio de su vida, su sacrificio perfecto y su resurrección victoriosa Jesucristo efectuó una transferencia de soberanía del reino falso al reino verdadero. Ahora vemos que Él posee toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18, NVI). Dios tuvo siempre esta autoridad, pero mediante la encarnación la ha establecido en la historia. Y los efectos de toda la autoridad de Jesucristo se manifiestan en la historia mediante la Iglesia.

Satanás está atado y su falso reino quebrantado, pero Dios le ha dejado espacio para maniobrar. Cuánto poder y libertad posee todavía y cuándo puede ejercerlos, es algo que no está completamente claro en las Escrituras. Lo que sí está claro, y lo confirma cada vez más nuestra experiencia, es que el reino de Dios ya ha sido objeto de toda la ira del poder de Satanás y ha sobrevivido a ella. Ya ha pasado su noche más oscura. El más funesto mal de toda la historia encontró sus límites absolutos en el Calvario. Después que el maligno se ahogó en su propio veneno, se sujetó para siempre a Cristo y a nosotros en el nombre de Él. No hay ningún dualismo en lo absoluto entre Dios y Satanás. Ya está conferida la victoria que habrá al final

1 G. C. Berkouwer, *Sin*, trad. Felipe Holtrop, Estudios en dogmática (Grand Rapids: Eerdmans, 1971), p. 121-22.

de la batalla. Pero todavía hay entre nosotros muchos enfermos y algunos endemoniados que están sujetos al poder no autorizado e ilícito de Satanás. ¿Cómo podemos entender esta ambigüedad?

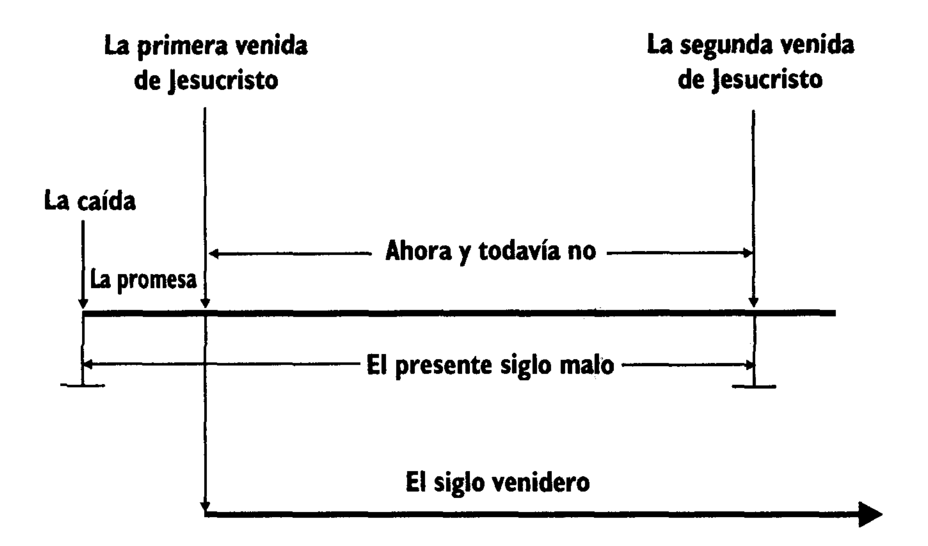
En la historia de la Segunda Guerra Mundial tenemos una útil ilustración de cómo se puede seguir combatiendo en una guerra ya ganada. El "Día-D", las tropas aliadas desembarcaron con éxito en las playas de Normandía para establecer una segura cabeza de playa en el continente europeo. En aquel tiempo los estrategas entendían que esta operación les aseguraría la victoria final a los aliados. Sin embargo, se pelearían muchas otras batallas sangrientas antes del "Día V-F", en que se obtendría la victoria final.

En la lucha que tiene Dios contra el mal, el "Día-D" ocurrió con la muerte y resurrección de Cristo. Ahora la victoria final está asegurada, pero la lucha sigue arreciando hasta el "Día V-F", cuando sea el glorioso regreso de Cristo. Durante el período que media entre estos sucesos, la Iglesia lucha con gran tesón contra el mal que continúa en el mundo. Todavía se derrama sangre en estas batallas, y parte de ella será la nuestra; pero estamos seguros de que la victoria final del pasado será una plena realidad en el futuro.

La figura 1 muestra la relación que hay entre el presente siglo malo, la promesa de redención y el siglo venidero. Fíjese en el "ahora y todavía no" que caracteriza al período comprendido entre el "Día-D" de la cruz y el "Día V-F" del regreso de Cristo.

Preocuparnos con el problema del dolor como ejercicio intelectual sería pasar por alto nuestro llamamiento como Iglesia de Jesucristo. No se nos han dado respuestas intelectuales al problema del mal; más bien se nos ha dado autoridad y poder sobre él. Dios creó soberanamente el "Día-D". Y también creará soberanamente el "Día V-F". Durante el período que media entre estos días, la eficacia del reino de Dios contra el mal depende en parte de la obediencia de la Iglesia. Nuestra fidelidad en la lucha será el tema que consideraremos en el capítulo siguiente.

Figura 1.



Capítulo 8



Nuestra fe en la lucha

En cuanto a la relación que hay entre la fe y la sanidad, el pastor Gayle Erwin pone las cosas en su sitio cuando dice:

> *Una de mis continuas disputas con Dios es que no hay suficientes personas sanadas para que yo esté satisfecho. Y su continua disputa conmigo es que yo no oro por ellas ni ando con ellas durante su recuperación. La sanidad es algo que no entiendo. He visto bastante para creer que ocurre y que no siempre es psicológicamente explicable. Pero también he visto bastante para saber que las teologías populares que apalean a las ovejas por no tener bastante fe son inadecuadas. Cuando Jesucristo anduvo en la tierra, sanó sin reserva a los enfermos. En ciertos lugares los sanó a todos . . . sólo de cuando en cuando elogió la fe extraordinaria; pero siguió sanando. El único lugar en que no hizo muchas sanidades fue donde la actitud que mostraron las personas fue mayormente de incredulidad.*[1]

Los que han leído el Nuevo Testamento se dan cuenta de la vital importancia que tiene la fe con relación a Dios. El hecho de estar relacionado siquiera con Él implica fe. Además de esto, recibimos dones de Él y hacemos obras para Él por medio de la fe (Gálatas 3:5). Con fe podemos hacer cosas asombrosas (Mar-

1 Gayle D. Erwin, *Cómo vivir al estilo de Jesús* (Deerfield, FL: Editorial Vida, 1993), p.107.

cos 11:22-24). Sea cual sea la fe, no necesitamos mucha de ella para hacer maravillas. Si tan sólo tenemos una pizca de fe, nada nos será imposible (Mateo 17:20-21). Pero sin esta pizca de fe ni siquiera podremos hacer algo relativamente sencillo como echar fuera un demonio (Mateo 17:20).

EL NEXO ENTRE LA FE Y LA SANIDAD

En la crítica que hago a la "fórmula de la fe" en la primera parte, afirmo que no hay una estricta relación de causa y efecto entre la fe y la sanidad. No obstante, en las sanidades referidas en los evangelios se estima importante y hasta determinante el ejercicio de ella.

En cuanto a esto, la mayoría de las referencias que se hacen a la fe en los evangelios figuran con relación a las sanidades hechas por Jesucristo. En efecto, Él buscaba la fe (Mateo 9:28; Marcos 9:23); elogiaba a las personas cuando la mostraban (Mateo 8:10; 9:22; 15:28), y los reprendía porque no la ejercitaban (Lucas 9:41). Jesucristo andaba constantemente a la mira de la fe y parecía deseoso de recompensarla. Es obvio, pues, que debemos cultivarla y aprender a ejercitarla en el ministerio de la sanidad.

Cuando nos enfrentamos a la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la relación que hay entre la fe y la sanidad, vemos que hay también un nexo vital entre las dos. Es difícil, sin embargo, entender la exacta naturaleza de este nexo, y esto por dos razones: 1) A veces la enseñanza bíblica sobre la fe y la sanidad es complicada, y 2) otras veces parece poco práctica al hombre moderno.

Estas dificultades intelectuales se intensifican cuando les añadimos nuestras propias experiencias con la oración por los enfermos. Muchos de nosotros nos hemos sentido confundidos y agraviados cuando no se han sanado aquellos por los cuales hemos orado. Hace tres años mi mejor amigo murió de una hemorragia cerebral, y hace un mes mi secretaria murió de cáncer. Por ambos oré con "fe". Una de mis ahijadas sigue sorda no obstante mi fiel intercesión por ella.

El "todavía no" de la venida del reino de Dios nos rodea por todas partes. A veces parece que nuestra fe contribuye a una sanidad y otras veces parece que no surte mucho efecto. Esta ambigüedad nos impide hacer declaraciones dogmáticas sobre la relación de la fe con la sanidad; pero no explica ni excusa la timidez característica de los cristianos cuando oran por los enfermos. Creo que la cautela y hasta el pesimismo que mostramos la mayoría de nosotros en este asunto no se deben fundamentalmente a "cuestiones de honradez intelectual" y ni siquiera a experiencias dolorosas, sino principalmente a una actitud de desesperanza generalizada. Hablando en términos comunes, los cristianos evangélicos responden con una actitud fatalista a muchos de los males de la vida: se retiran de ellos en vez de combatirlos.

Hasta hace poco, la mayoría de los cristianos evangélicos se adherían a una teología de "bote salvavidas" que considera que el mundo va cayendo en la apostasía y en el juicio de los tiempos del fin. Muchos creyentes pensaron que lo mejor que podíamos esperar era embarcarnos nosotros y unos cuantos conversos más en el bote salvavidas de la "salvación eterna" antes que la historia se consumiera en las llamas del holocausto final. Por lo general se estimaba inútil tratar de hacer algo con respecto a los problemas del mundo: a lo sumo darles lustre a los utensilios de metal en el barco que se hundía. Por eso hasta hace poco hemos estado casi callados en cuanto a los asuntos sociales y políticos.

Los cristianos evangélicos afirmamos que creemos en la Biblia y lo hacemos con respecto a los sucesos históricos que relata. Tenemos fe en lo que hizo Jesucristo hace casi dos mil años; pero muchas veces nos sentimos incapacitados por la duda cuando nos piden que creamos en lo que Él pudiera hacer hoy. Cualesquiera que sean las creencias escatológicas que sostengamos, todos afirmamos decididamente que Jesucristo ejercerá gran poder en los tiempos del fin, purificando al mundo de todo vestigio de mal. Creemos que Dios hizo grandes cosas en tiempos pasados y que las hará otra vez; pero a menudo dudamos de que las haga hoy. Esta clase de "fe" evangélica relega a Dios y a nosotros a una inactividad perpetua. No es, pues, difícil ver por qué muchos de nosotros somos tímidos cuando oramos por los enfermos.

LO QUE NO ES LA FE

Antes de explicar la clase de fe que creo que Jesucristo está buscando hoy en nuestros ministerios de sanidad, quiero decir

una palabra más acerca de lo que no es la fe. Puede ser que al reaccionar contra el pesimismo y la pasividad algunos adopten un triunfalismo simplista; es decir, consideren la fe como un trabajo duro y una creencia firme por medio de la cual pueden obtener la bendición de Dios.

La fe no es una obra con la que se gana el favor de Dios o se mueve su mano. No podemos establecer el reino y ni siquiera presentar una prueba de él por nuestros propios esfuerzos. El Antiguo Testamento y la historia de los judíos del período intertestamentario consignan esto con toda claridad. Según Juan Bright y Jorge Ladd, los miembros de la comunidad israelita que perpetuaron la esperanza del reino de Dios creían que bastaba que guardaran la ley para que el reino viniera[1]

En efecto, después que regresaron del cautiverio en Babilonia, Israel se purificó de la idolatría, la cual muchos de ellos suponían hasta entonces que había impedido que viniera el reino de Dios. Había en Israel una creencia popular en el sentido de que el reino vendría ahora que el pueblo estaba libre de la idolatría y guardaba la ley. Las personas religiosas, que tienen la tendencia crónica a pensar que su bondad hace venir la bendición de Dios, sufrieron un doloroso desengaño. Ladd explica que después del gran cautiverio:

> *Israel no fue más un pueblo apóstata, descarriado; se dedicó a su Dios y fue obediente a la ley de Él. Dejó la idolatría y se apartó meticulosamente de la inmundicia . . . Pero ni aun así vino el reino. La historia se plagó de males para los cuales no hubo ninguna explicación profética.*[2]

La decepción y la frustración de ellos cedió paulatinamente el paso al pesimismo.

En la actualidad es imposible experimentar las bendiciones del reino, porque este siglo está entregado al mal y al sufrimiento. A los judíos piadosos se les obligó a aceptar tal teología como la única explicación posible de la mala situación en que se

1 Juan Bright, *The Kingdom of God* (Nashville: Abingdon, 1953), pp.127-185; Jorge Eldon Ladd, *The Presence of the Future* (Grand Rapids: Eerdmans, 1974), pp. 76-101.
2 Ladd, *Presence of the Future*, p. 77.

encontraban. Israel fue obediente a la ley, pero todavía no recibió liberación. La solución al problema del mal fue aplazada por completo para el futuro.[1]

Basándose en su experiencia concluyeron que la suerte de los justos era sufrir en el presente siglo malo (nuestro equivalente moderno es ser perseguido por causa de Jesucristo). Sólo un acto soberano de Dios, esto es, el establecimiento de su reino, podía asegurarles ahora la salvación.

Cuando el reino de Dios vino en Jesucristo, vino con poder para salvar y librar del mal; pero vino en forma parcial y transitoria. No ocurrió la salvación que esperaba todo Israel ni tampoco la nueva creación que aguardaba el cosmos. No todo Israel vio venir el reino de Dios. No todos experimentaron su salvación. No todos los enfermos fueron sanados ni todos los endemoniados fueron liberados. Al principio, el reino de Dios fue ofrecido sólo a algunos de los hijos de Israel.

Para que los pocos que habían sido escogidos experimentaran la salvación del reino mediante reconciliaciones, sanidades y liberaciones, tenían que recibirla con fe. Por ejemplo, la señal del reino de Dios en sanidades no fue un acto de puro poder, sino una expresión de amor ofrecida gratuitamente y recibida con fe en el contexto más amplio del pacto de Dios con Israel. Por eso Jesucristo les dijo a sus discípulos que no fueran a los gentiles con el mensaje del reino (Mateo 10:5). Dios no había establecido aún un pacto con ellos. Así que el mensaje del reino debía llegar primero a las "ovejas perdidas de la casa de Israel". Al principio fue a ellos a quienes se les ofreció la sanidad y la liberación (Mateo 10:6-8). En la primera venida de Jesucristo, el reino no fue impuesto universalmente como lo será un día. En cambio, fue recibido o rechazado de manera personal.

En Marcos 6:5-6 leemos que cuando Jesucristo visitó su tierra, "no pudo hacer allí ningún milagro . . . Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos". Las señales del reino se manifiestan a los que están en relación con Dios en respuesta a la fe de ellos. Dios es libre para ofrecer su amor, pero no obliga

1 Ibid., p. 95.

a otros a recibirlo. En efecto, cuando afirmamos que Dios es libre, no queremos decir que Él obliga a otros a aceptar su amor.

El amor forzado es una imposibilidad inherente. Como lo explica Ladd:

> *Este es el misterio del reino: que el reino de Dios ha llegado a los hombres, y sin embargo, estos pueden rechazarlo. El reino no tendrá un éxito uniforme. No todos lo recibirán . . . Un día Dios manifestará en realidad el poder de su fuerza para purificar la tierra de la iniquidad, el pecado y el mal, pero no ahora. El reino de Dios está actuando entre los hombres, pero Dios no los obliga a inclinarse delante de él. Ellos deben recibirlo; la respuesta debe venir de un corazón dispuesto y una voluntad sumisa. Dios todavía trata con nosotros de la misma manera.*[1]

Cuando a Jesucristo se le impidió hacer milagros en su tierra, no fue porque necesitaba el apoyo moral de la multitud o porque hacía reclamos legalistas. Sus milagros exigían un contexto: sólo podían hacerse en el contexto de las relaciones personales, relaciones de confianza y receptividad. Jesucristo no podía imponer esta relación. Había que entrar libremente en ella. No se trata de si Jesucristo tenía poder para hacer milagros en todas las circunstancias, sino de que si era libre para ejercer su poder en todas las circunstancias.

Por eso Jesucristo se niega a actuar cuando se le exige que haga un milagro. Cuando Satanás insiste en una señal de Jesús para confirmar su condición de Hijo de Dios, Él la rechaza (Mateo 4:3-4). Es obvio que no hay ningún contexto para hacer un milagro. Además, en Mateo 12:38-39, los fariseos le piden a Jesús una señal como prueba infalible de que es lo que afirma que es. Pero los milagros de Jesucristo no son de naturaleza apologética. En sí mismos no prueban nada. Sus actos de sanidad son expresiones de la misericordia divina que ha de recibirse con fe. La fe para ser sanado significa accesibilidad al

1 Ladd, *El evangelio del reino,* pp. 71-72.

amor de Dios. Y la fe para orar por los enfermos, disposición a ser un vaso de ese amor. Como dice Tomás Smail:

> *El poder manifestado fuera del contexto del amor y la verdad es precisamente aquel con el cual el enemigo tentó a Jesús en el desierto y en el que como ejemplo es tentada otra vez la iglesia de Corinto para que recordemos que los carismas ejercidos fuera del contexto del amor y la verdad no valen nada en absoluto (1 Corintios 13).*[1]

LA FE PARA SER SANADO

La fe para ser sanado y para orar por los enfermos no es nada más que una confianza infantil en el carácter y el propósito amorosos de nuestro Padre celestial. Mi esposa y yo hemos descubierto que muchas veces es difícil orar por las personas a las que les es difícil confiar en Dios. Si no pueden ser susceptibles delante de Él, es improbable que sean sanados. En estos casos, lo que en primer lugar es necesario hacer no es condenarlos por no creer, sino más bien procurar su sanidad espiritual. Cuando las personas son sanadas en su relación con Dios y se vuelven más accesibles a Él, es más probable que haya otras sanidades.

Esta relación dirigida hacia una comprensión de la fe debiera guardarnos de los errores de algunos maestros populares que definen la fe como certeza psicológica. Al dejar de poner atención en el carácter de Dios para fijarla en nuestro estado de ánimo, su enfoque, en vez de fortalecer la fe, la debilita. Cuando, por ejemplo, nos exhortan a echar de nuestra mente todo vestigio de duda antes que podamos ser sanados, nos hacen un daño psicológico y nos extravían teológicamente. La verdadera fe cristiana en todas su expresiones aparta la mirada de nosotros para ponerla en Dios y en lo que hizo por nosotros en Cristo. La verdadera pregunta no es: "¿Creo con bastante firmeza como para ser sanado o para orar por los enfermos?", sino: "¿Es Dios la clase de persona en quien puedo confiar y estoy dispuesto a ser accesible a su amor?"

1 Smail, *Reflected Glory,* p. 101.

Cuando apartamos la mirada de nuestro estado de ánimo para fijarla en la gracia de Dios, vemos que así como Israel se relacionó con Dios por medio del pacto del Sinaí, así también nosotros nos relacionamos con Él por medio del nuevo pacto en la sangre de Cristo. Así como el reino fue dado a conocer a Israel por medio de Jesús de Nazaret, así también ahora es dado a conocer a la Iglesia por medio del derramamiento del Espíritu Santo de Dios. Saturar nuestra mente de la verdad del amor incondicional de Dios contribuirá más a crear un ambiente de sanidad que cualquier otra cosa que hagamos.

La fe para ser sanado y para orar por sanidad puede venir a nosotros tal como vino a los que se reunían junto a Jesús. Cuando en el Nuevo Testamento miramos a Jesucristo y creemos lo que vemos, encontramos la libertad de confiar en Él. Vemos en Él el carácter de la persona en quien podemos confiar con todo nuestro ser. Jamás hay en nosotros ningún pensamiento de que podemos exigirle la sanidad o reclamársela; pero tenemos libertad para confiar en que Él sí nos sanará, porque está claro que es lo que quiere hacer.

El estar seguros de que Dios nos acepta completamente por medio de Cristo y conocer su voluntad en Él nos permitirá no sólo orar por la sanidad, sino también perseverar en oración si es necesario. Sabemos por experiencia que la mayoría de las sanidades no ocurren instantáneamente, sino que se hacen paulatinamente. En este proceso, la oración persistente es de inestimable valor.

La fe fundada, no en sí misma, sino en el Dios del Nuevo Testamento, no decepciona a nadie. A pesar del resultado de las oraciones por la sanidad, nuestra fe en Jesucristo no tiene por qué vacilar. Seguiremos viviendo bajo la sombra del "todavía no". Aunque alguna vez hayamos sido sanados, podemos enfermarnos otra vez, y finalmente nos moriremos. Pero en todo esto vemos a Jesucristo, el Dios fiel.

Y cuando pensamos en Satanás y en lo que hace contra nosotros, lo vemos como lo vio Jesucristo, lanzado del lugar que usurpó. Cuando pensamos en los demonios, los vemos como enemigos vencidos que escapan entrando en los cerdos sólo para ser destruidos en el mar. Cuando pensamos en la tumba, recordamos que a la orden de Cristo tuvo que soltar a Lázaro. Cuando miramos la cruz, vemos el peor mal que jamás pudo haber ocurrido. Y en la resurrección vemos este mal juzgado y sus efectos sanados.

La fe para sanar a los enfermos no es una bravata, sino la libertad de creer y obrar fundado en lo que es Jesucristo. Nuestra fe en la lucha por sanar la expresamos en el hecho de que, a pesar de nuestras dudas, nos guiamos por lo que vemos que es Jesucristo.

En nuestra experiencia, encontramos que hay una estrecha relación entre la petición que le presentamos a Dios por sanidad y la sanidad que ocurre. Sabemos que Dios no tiene por qué sanar, pero lo hace. Hemos observado también que hay ciertas variables y contingencias que se introducen en la sanidad y que con frecuencia se oponen a ella. A continuación consideraremos la ambigüedad inevitable creada por esas variables y contingencias.

Capítulo 9



La victoria presente y futura

En nuestro mundo, la autoridad del reino de Dios no se impone universalmente. Vemos el flujo y reflujo del poder de Dios hasta en la vida de Jesucristo. Al principio de su ministerio anduvo sobre el agua. Hacia el final no pudo llevar ni siquiera su cruz. A veces la presencia del reino de Dios está vestida de aparente debilidad.

La comunidad del Nuevo Testamento se vio enfrentada a la ambigüedad del poder de Dios en el ministerio de sanidad. Parecía que habían tratado este misterio de un modo natural y práctico. Leemos que generalmente experimentaban el poder sanador entre ellos; pero también vemos cristianos que no fueron sanados. Por ejemplo, hasta el gran apóstol Pablo dejó enfermo a Trófimo en Mileto (2 Timoteo 4:20). Epafrodito estuvo enfermo y casi se muere (Filipenses 2:26-27). Timoteo tenía un persistente trastorno estomacal para el que Pablo le prescribió un poco de vino como remedio. Pero en otra ocasión, cuando la nave en que viajaba el apóstol encalló en la isla de Malta, oró y todos los enfermos fueron sanados (Hechos 28:9).

VICTORIA AHORA, PERO NO COMPLETA

El ministerio de sanidad, como todos los otros aspectos del ministerio y la experiencia cristianos, es parcial, transitorio y ambiguo. Los predicadores que lean esto, por ejemplo, se acordarán de algunos domingos por la mañana en que su predicación ha sido inspirada y poderosamente eficaz, y de otros domingos en que no lo ha sido. Los evangelistas luchan constantemente con el carácter ambiguo de la venida del reino de Dios. No todos

responden a Dios por medio de sus mensajes, pero Él quiere que todos sean salvos y les ha asegurado el porvenir (2 Pedro 3:9).

Vemos la doble naturaleza del reino — que en un sentido ya está y que en otro todavía no viene — no sólo por medio de nuestro ministerio, sino también en nuestra propia experiencia de salvación. Ya hemos sido rehechos a la imagen de Dios (Efesios 1:13), somos progresivamente restaurados a su imagen (2 Corintios 3:18) y un día seremos perfectamente a su imagen (Filipenses 3:20-21). Para decirlo de otra manera, fuimos salvos (2 Timoteo 1:9), estamos siendo salvos (Filipenses 2:12-13) y en el futuro seremos salvos (1 Pedro 1:9). Cuando a un hijo de Dios le preguntan si es salvo, la respuesta correcta es sí y no, ya y todavía no. Hemos entrado en el reino de Dios (Juan 3:5), es necesario que entremos en él a través de muchas tribulaciones (Hechos 14:22), y un día entraremos en él (Apocalipsis 5:10).

La libertad del pecado y de la enfermedad es escatológica; esto es, viene final y plenamente sólo con el *eschatos,* el fin del tiempo que viene con el regreso de Jesucristo. La plena libertad sólo vendrá con nuestra resurrección. Pero la libertad ya ha venido, y al seguir a Jesucristo, llega a ser una realidad en nuestra vida, aunque sólo la experimentemos en parte. Como lo explica Juan Bright:

> *Los milagros [de Jesucristo] son las "poderosas obras" . . . del reino de Dios, el cual anuncia con ellos su presencia; son el gustar de "los poderes del siglo venidero" (Hebreos 6:5). Con ellos comienza a aflojarse el puño del adversario, quien ha esclavizado a los hombres con las cadenas de la enfermedad, la locura, la muerte y el pecado . . . El reino de Dios es, pues, un poder que ya se ha manifestado en el mundo. Es cierto que sus comienzos son muy pequeños y pudiera parecer increíble que el humilde ministerio de este oscuro galileo pudiera ser el amanecer de una nueva era de Dios. ¡Pero lo es! Lo que ha comenzado aquí seguramente continuará hasta su conclusión; nada podrá detenerlo. Y el fin es la victoria.*[1]

---

1 Bright, *Kingdom of God* (Nashville: Abingdon, 1953), p. 218.

Para la iglesia primitiva, la victoria de Cristo sobre las fuerzas del mal no fue sólo una doctrina, sino una realidad. Y llegaron a convencerse de que Jesucristo había triunfado, no en teoría, sino experimentando la obediencia. En efecto, los primeros cristianos fueron los que en realidad "gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero" (Hebreos 6:5).

Antes de la venida del Señor Jesucristo, las personas piadosas tenían poca defensa contra la esclavitud de Satanás. Estaban indefensos ante el "príncipe de la potestad del aire" (Efesios 2:22) y sujetos al maligno, quien tenía al mundo entero bajo su dominio (1 Juan 5:19). Pero ahora descubrían en su experiencia diaria que esto ya no era verdad. Algo había cambiado en la constitución esencial del cosmos. La autoridad de ellos sobre Satanás y sus obras no era teórica, sino real. No tenían que esperarla como algo que recibirían en el futuro, la podían tener ahora. A cualquier lugar donde fuera la Iglesia, proclamaba la resurrección de Cristo y esta proclamación era eficaz. Como lo expresa Ladd:

> *Jesucristo no prometió el perdón de los pecados, sino que lo concedió. No sólo les aseguró a los hombres la futura comunión del reino, sino que los invitó a la comunión consigo mismo como portador de dicho reino. No sólo les prometió vindicarlos en el día del juicio, sino que les concedió una justicia presente. No sólo enseñó una liberación escatológica del mal físico, sino que se dedicó a demostrar el poder redentor del reino, librando a los hombres de la enfermedad e incluso de la muerte.*[1]

LAS PARÁBOLAS DEL REINO

Jesucristo enseñó cuidadosamente a sus discípulos que el reino de Dios podía estar presente y ser real y, sin embargo, estar incompleto. En Mateo 13 y Marcos 4, enseña las "parábolas del reino". En ellas ofrece diversas maneras de entender la realidad presente del reino, que se opone a su estado incompleto.

1 Ladd, *Presence of the Future,* p. 217.

En Mateo 13:1-23 (La parábola del sembrador), Jesucristo explica que aunque el reino haya venido, por diversas razones no experimentará un éxito uniforme. La semilla del reino es siempre buena en sí misma, pero cae en suelo de diferente calidad. Parte de la buena semilla cae en tierra dura y queda allí al descubierto hasta que el maligno la arrebata. Otra parte cae en tierra pedregosa, poco profunda. La semilla, ávida de crecer, brota pronto, pero como no hay lugar para que eche raíces, ningún entorno para que siga creciendo, la plantita se muere. Otra parte cae entre espinos. La semilla brota, pero los espinos crecen con ella y al pasar el tiempo la ahogan. Por último, la buena semilla cae en tierra profunda, limpia, apta para recibirla. Aquí brota, crece y da fruto.

Las aplicaciones que se pueden hacer aquí son innumerables, pero el punto esencial de Jesucristo es que el éxito del reino puede ser arrebatado por Satanás, puede ser desechado por las personas superficiales, puede ser ahogado por las preocupaciones de esta vida y el engaño de las riquezas. Por eso, Jesucristo nos advierte que no todos los que oigan el evangelio lo recibirán, no todas las relaciones rotas serán restablecidas, no todos los pobres serán alimentados, no todos los endemoniados serán liberados y no todos los enfermos serán sanados.

A veces la desigual calidad de nuestro ministerio de sanidad es sumamente evidente. Una noche, después de un seminario de sanidad, un grupo de amigos y yo pasamos dos horas orando por tres personas que estaban en sendas sillas de ruedas. Una de ellas era una mujer que se encontraba en las etapas finales de una esclerosis múltiple, otra era un hombre con una lesión en la columna vertebral que lo había dejado paralizado desde el pecho para abajo, y la tercera era una ex bailarina que ahora ni siquiera podía estar de pie a causa de una artritis grave.

Oramos por las tres personas con el mismo amor y fervor, o si se estima de otro modo, con la misma falta de ellos. Al cabo de dos horas sólo una estaba de pie y caminando: la dama con esclerosis múltiple. Parecía no tener más fe que los otros dos enfermos y afirmaba que no era más merecedora de la sanidad que ellos, pero después de estar dos años en su silla de ruedas, se levantó. Meses después y mejorando todavía, está casi com-

pletamente sana. Los dos restantes están agradecidos por la amorosa atención que se les brindó, pero sólo han experimentado una leve mejoría.

La parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30) nos ilustra la misma situación. En este relato, el reino de Dios es como un hombre que sembró buena semilla, pero después de él vino un enemigo que sembró cizaña en el mismo campo. La buena semilla y la cizaña crecen juntas y quedan entrelazadas hasta el fin del siglo, cuando ocurrirá la separación final. La luz y las tinieblas, el bien y el mal, la salud y la enfermedad coexisten lado a lado. El reino ha sido sembrado en el mundo. La buena semilla ha echado raíces, pero no crece sin oposición.

Las parábolas de la semilla de mostaza y de la levadura (Mateo 13:31-33) ilustran otra faceta del carácter ambiguo, parcial y transitorio del reino de Dios. La semilla de mostaza y la levadura parecen insignificantes. La semilla desaparece en el suelo, la levadura se disuelve en la masa. Al principio, nadie se fija en la presencia de ellas; pero, por su misma naturaleza, un día la semilla de mostaza dominará su mundo, y la levadura penetrará en su entorno.

Bien pudiéramos preguntarnos: ¿Qué significan unas cuantas sanidades y liberaciones en un mundo tan quebrantado y enfermo? Estas parábolas nos enseñan que lo que hoy parece insignificante mañana estará completamente establecido. En vista de la gran necesidad que hoy es evidente, nuestras sanidades parecen modestas; pero son manifestaciones genuinas del nuevo mundo venidero. El reino de Dios está entre nosotros, podemos participar en él ahora, incluso en su estado incompleto, mientras esperamos el día de su consumación al regreso de Cristo.

EL CASO DE LÁZARO

Otro de los relatos de los evangelios que ilustra el verdadero poder del reino junto a su naturaleza ambigua y transitoria es la resurrección de Lázaro (Juan 11:1-44). Este relato abunda en paradojas, aunque sólo mencionaré algunas. En primer lugar, cuando Jesucristo oyó de la enfermedad terminal de Lázaro, "se quedó dos días más en el lugar donde estaba" (v. 6). En todos los otros casos consignados en los evangelios y en que le piden a Jesús que sane a un enfermo, Él da la sanidad pronto y sin reserva. Pero en este caso parece no responder.

Además de la desgracia de la muerte está el sufrimiento y el dolor del luto (vv. 32-35). Cuando Lázaro murió, no sólo lloró su familia, sino que también lloró Jesús (v. 35). Aquí tenemos una extraña escena en la que Jesús llora lágrimas verdaderas, no representadas, por una tragedia que evidentemente pudo haber evitado. Como algunos lo señalaron, el pesar de Jesucristo era sospechoso: "¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?" (v. 37). Más tarde Él mismo explica que todo esto es para que creyeran (v. 42). Sin embargo, era un consuelo insignificante para las hermanas que desde su punto de vista sólo saben que Jesús pudo haber sanado a su hermano, pero no lo hizo.

Entonces Jesucristo se acerca al sepulcro de su amigo y lo llama por su nombre. Algunos opinan que Jesús llamó a Lázaro por su nombre porque de lo contrario habría vaciado todo el cementerio. Y me pregunto: ¿Y qué habría de malo en esto? ¿Cuántas viudas y huérfanos que estaban allí no harían esta misma pregunta? Sólo Lázaro sale del sepulcro, pero sólo transitoriamente. Más adelante volverá a morir, y es probable que lo pongan en el mismo sepulcro otra vez.

Esto nos recuerda que aunque nuestras oraciones por la sanidad tengan éxito, al fin y al cabo todas fallan. Todos morimos. Hablando en sentido práctico, ¿por qué se ha de hacer volver a Lázaro de una muerte que experimentará otra vez? ¿Por qué hay que sanar a una persona y prolongar una vida que inevitablemente sufrirá la muerte más adelante?

Lo parcial y transitorio de la sanidad es la parte menor de la ambigüedad mayor de toda nuestra vida en el reino de Cristo. Cuando somos bautizados en Cristo, morimos al pecado y volvemos a vivir una nueva vida en Él (Romanos 6:3). Pero desde un punto de vista práctico ni estamos totalmente muertos al pecado ni completamente vivos en Cristo. Y aunque Él mismo sufrió el castigo por nuestros pecados, todavía experimentamos la muerte que vino a consecuencia del pecado. Sólo en la resurrección obtendremos la victoria final sobre la enfermedad y la muerte.

En esta vida no termina nuestra relación con el pecado ni tampoco con la enfermedad. Pero así como luchamos con el poder de Dios para vencer a uno, así también luchamos en el nombre de Cristo para vencer al otro. Así como Cristo estableció límites al poder de Satanás, así también pone límites a las posibilidades de nuestra vida. No viviremos para siempre, porque la muerte es uno de los límites de la vida. Podemos, sin embargo, vivir más libres de la enfermedad y del pecado porque el mal también tiene límites. El evangelio no es sólo una vida sin límites después de la muerte, sino también una vida plena dentro de nuevos y más amplios límites antes de la muerte.

EL MINISTERIO PASTORAL RESPONSABLE

Sin embargo, el ministerio cristiano dinámico necesita guardarse de la irresponsabilidad pastoral. Cuando atacamos a fondo la enfermedad afirmando que Dios tiene el deseo y el poder de sanar, podemos inadvertidamente hacer más daño que bien a los que no son sanados. Y cuando atendemos con tesón a los endemoniados y a los enfermos, podemos desatender a los pobres y a los que tienen hambre, los cuales son también objeto de la compasión de Cristo. En todo ministerio es necesario tener sentido común y un programa equilibrado.

Aunque es bueno ser sensible, no debemos retroceder. El reino ha venido, y por tanto, la Iglesia debe esforzarse por cuidar a todo el pueblo de Dios con un ministerio que sea adecuado a cada uno. El moderar la esperanza de sanar para proteger a los que tal vez no sean sanados sólo termina empobreciendo a todos los afectados.

En primer lugar, si no oramos con esperanza y fidelidad por los enfermos, muchos que pudieran ser sanados no lo serán. Conozco a muchos que ahora están vivos, pero que no lo estarían, y a otros que ahora están bien, y que tampoco lo estarían, si la Iglesia no hubiera orado por ellos.

En segundo lugar, todas las sanidades que ocurren en la comunidad cristiana pertenecen al cuerpo como un todo, incluso a los que no son sanados. La persona sanada es señal a todos de que la resurrección de nuestro cuerpo, el último acto del ministerio de sanidad de Dios, está en vías de realizarse. La sanidad es un acto sacramental para toda la Iglesia. Testifica

que en realidad Cristo ha venido y que vendrá otra vez. Es una vislumbre de los nuevos cielos y la nueva tierra.

En tercer lugar, cuando Dios actúa en la tierra, generalmente lo hace mediante la encarnación. Dios creó a los seres humanos para que bajo su autoridad ejercieran dominio sobre la tierra. La caída del primer Adán despojó al hombre y a la mujer de la autoridad de dominar. Pero mediante la encarnación del postrer Adán, esta autoridad se ha restaurado. En la actualidad, la autoridad de Dios se manifiesta en parte por medio de los discípulos del postrer Adán cuando sanan a los enfermos. Pero cuando no nos atrevemos a orar por ellos, le negamos a Dios el medio que por lo general usa para obrar en el mundo.

En cuarto lugar, la actitud fundamental de quienes coartan la esperanza de las personas por temor a decepcionarlas no es realismo, sino pesimismo. Cuando afirmamos que Dios tiene el deseo y el poder de sanar, no le ofrecemos a nadie una falsa esperanza. Nuestra oferta es una esperanza razonable. En el ministerio cristiano, nadie se acerca a nada con la garantía de tener éxito. No tenemos certeza de que todos a los que les testificamos creerán en Cristo, pero seguimos testificando. De la misma manera, aunque no tengamos certeza de que todos por los que oramos serán sanados, seguimos orando.

ARRIESGÁNDONOS

El riesgo es inherente a cada parte de nuestra vida. Es obvio que la fe implica riesgos. En cierta ocasión, el canónigo Jaime Glennon me dijo que consideraba el ministerio de sanidad como andar perpetuamente “al borde del desastre y a punto de ver un milagro”. También me dijo que en sus veinticinco años de ministerio de sanidad en la Iglesia Anglicana “nadie se había lamentado ni una sola vez después de recibir oración por sanidad”. Esto lo confirma mi experiencia, que ha sido mucho más corta. Nadie se ha quejado ni una sola vez cuando hemos orado por la sanidad de los enfermos, y ni siquiera cuando no han sido sanados. Un amigo mío que hace poco murió de cáncer, me dijo en los últimos días de su enfermedad: “Ken, aunque tus oraciones no han hecho efecto, esta experiencia en realidad ha valido la pena. Por primera vez he experimentado el amor de Dios. Si me muero, moriré vivo.”

Si no le mentimos a las personas, si no los reprendemos por su falta de fe, y si les aseguramos que nada podrá apartarlos del amor de Dios, entonces no hay ninguna razón para que la oración les haga daño. Lo que al final sucede es que no lamentan que Dios y su pueblo los amen. Lo peor que puede ocurrir cuando oramos es que no ocurra nada. Como lo resume el pastor y teólogo Ray Anderson:

> *Esto significa que el que practica el arte de la cura de almas no tiene por qué poseer la omnisciencia de Dios antes de atreverse a ejercer este ministerio . . . Por no ser infalible, a veces erraré al discernir ciertas cosas y otras veces no actuaré adecuadamente debido a mi falta de fe. Al interpretar una conducta aberrante, ¿he pasado por alto un demonio en alguna parte y he dejado que la persona sufra lo que debiera haber sido sanado mediante la expulsión de tal demonio? Probablemente. ¿Me he detenido de repente, impidiendo que ocurra un milagro de sanidad? . . . Probablemente. Pero no lo he hecho con intención o con maldad, ni en el sentido de condenarme finalmente a mí mismo o al otro.*[1]

En último término, no necesitamos la certeza de que nuestras oraciones por sanidad tendrán buen resultado. Ni necesitamos la seguridad de que nunca decepcionaremos a nadie al ofrecer esperanza en la sanidad. Aunque estas preocupaciones sean reales, son puestas a un lado por el mandamiento de Cristo de predicar el evangelio del reino, sanar a los enfermos y echar fuera a los demonios. La razón final para ejercer el ministerio de sanidad es simplemente la obediencia a Jesucristo. Sobre Él recae la responsabilidad final del efecto de esta obediencia.

Ya sea que le obedezcamos o no, no es cuestión de indiferencia con Él. En Lucas 10:17-21, los setenta regresan a Jesucristo con gozo y le dicen: "Aun los demonios se nos sujetan en tu nombre." Jesucristo se goza al ver la disposición alegre de sus discípulos y alaba al Padre regocijándose "en el Espíritu".

1 Ray Anderson, *On Being Human* (Grand Rapids: Eerdmans, 1982), pp. 204-5.

Él se regocija cuando aceptamos las consecuencias de su realeza y respondemos a ella.

Esta proclamación y demostración no sólo trae gozo a nuestro Señor y Salvador, sino que es también parte del plan de Dios para la salvación y nueva creación final del mundo. En Mateo 24:14, Jesús afirma: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin."

Lo que Jesucristo quiere decir con "este evangelio del reino" es el mismo evangelio que Él predicó durante tres años. El único evangelio del reino del que habla es aquel que proclama las buenas nuevas de reconciliación en tanto que demuestra estas buenas nuevas con sanidades y liberaciones. Cristo nos llama a participar en esta aventura del evangelio completo. No hay razón para que no esperemos la victoria cuando predicamos y ponemos por obra este evangelio. Con él se quebrantará el poder del mal en todas sus expresiones. Las puertas del Hades caerán ante su avance arrollador (Mateo 16:18).

Al presenciar los efectos de este evangelio completo alrededor del mundo y verlo cada vez más manifiesto entre nosotros, abrigamos una esperanza bien fundada de que en nuestra generación podremos predicar las buenas nuevas a todo el mundo. Jorge Ladd nos exhorta a embarcarnos en esta aventura y nos da seguridad cuando vayamos:

> *El reino de Dios ha atacado al reino de Satanás; el siglo venidero ha acometido a este siglo malo en la persona de Cristo. Ahora toda potestad es suya. Cristo no mostrará esta potestad en su gloriosa victoria final hasta que venga otra vez; pero ahora la potestad es suya. Satanás ha sido derrotado y atado; la muerte ha sido vencida; el pecado, quebrantado. Toda potestad es suya. "Por tanto, id."*[1]

¡Amén!

1 Ladd, *El evangelio del reino,* p. 188-189.

Tercera parte



Comenzando un ministerio de sanidad

La comunidad cristiana ha sido dada al mundo como señal del reino de Dios. Y entre las señales que tenemos que mostrar al mundo, la sanidad de las enfermedades no es la menor. Hemos visto que el ministerio de Jesucristo se concentraba en dos aspectos: la predicación y la sanidad. Él tenía el propósito de que sus discípulos siguieran este ministerio de palabra y obra. En efecto, después de su resurrección les dijo: "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21). Antes les había dicho: "Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos . . ." (Mateo 10:7-8). Y cuando envió a los setenta, les mandó: "Sanad a los enfermos . . . y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios" (Lucas 10:9).

Ya hemos visto cómo ciertas maneras de pensar desalientan a los aspirantes a sanadores, impidiéndoles realizar todo lo que Cristo nos llamó a hacer. Pero ahora que hemos elaborado una teología que apoya el ministerio de sanidad, todavía necesitamos conocimientos prácticos. Además de contar con un claro conocimiento bíblico, necesitamos aprender de la experiencia pastoral. El modelo de cinco puntos que presento en esta sección ha sido especialmente concebido para ayudar a comenzar con este ministerio a los grupos cristianos con poca o sin ninguna experiencia en sanar a los enfermos.

Capítulo 10



Modelos de sanidad

Como hemos visto, la teología evangélica nos proporciona un sólido fundamento para el ministerio de sanidad. La pregunta que ahora tenemos por delante es: ¿Cómo podemos cumplir tal ministerio? La mayor parte de los evangélicos que hoy día ministran en sanidades y liberaciones no operan con modelos de ministerio de su propia tradición denominacional. Al contrario, la mayoría hemos aprendido a sanar a los enfermos y a liberar a los endemoniados, de creyentes de otras tradiciones y hemos adoptado sus estilos y sus procedimientos.

En sí mismo, esto no es necesariamente malo; pero estoy convencido de que seríamos mucho más eficientes y crearíamos menos disensiones en este ministerio si nuestros modelos de sanidad provinieran de nuestras convicciones teológicas y nuestra vida eclesial diaria. Hace poco, Pedro Wagner, misionólogo y experto en crecimiento de la Iglesia, escribió:

> *No puedo recordar haber conocido a ningún pastor evangélico que no crea en la sanidad divina. En la reunión de oración que generalmente se celebra a mediados de la semana son comunes las largas listas de enfermos que piden oración por sanidad. Santiago 5, donde se dan algunas instrucciones para orar por los enfermos, está en el canon. La mayoría de los pastores pueden señalar a pacientes por los que oraron y fueron sanados. ¿Por qué, pues, son relativamente pocas las iglesias evangélicas que mantienen regularmente un ministerio de sanidad?*[1]

Wagner contesta su propia pregunta, observando que la razón principal por la que más iglesias no tienen ministerios de sanidad es la polarización y la división que muchas veces se produce cuando se inician estos ministerios. Explica que se pudieran evitar tensiones si las iglesias crearan modelos de ministerios de sanidad que fueran acordes con sus propios valores teológicos y vida eclesial.

Repetidas veces las iglesias se han polarizado debido a que han introducido en su seno formas de ministerio que era útiles en otra parte, pero inadecuadas para ellas mismas. Es comprensible que el ministerio de sanidad de Jesucristo haya adoptado formas diferentes entre las diversas tradiciones confesionales. Debemos considerar esto y recordar también que, aunque estemos completamente de acuerdo en los fines de cierto ministerio, podemos discrepar profundamente en los medios.

Hablando en términos generales, un modelo de ministerio de sanidad se debe desarrollar naturalmente en una iglesia local en vez de ser impuesto. Un ministerio que se origina en los valores teológicos y en la vida corporativa de una iglesia llevará consigo el código genético, por decirlo así, de dicha iglesia. Por tanto, se adaptará más fácilmente junto a otros ministerios que provengan de esta misma iglesia. Como un niño que ha sido concebido y asistido en su nacimiento, es más probable que sea aceptado por el resto de la familia eclesial y menos probable que la ofenda.

No pretendo insinuar con esto que una congregación que quiere comenzar un ministerio de sanidad tenga que hacerlo sin nada. Al contrario, podemos aprender mucho de lo que Dios le ha enseñado a la Iglesia a lo largo de los años. Sólo estoy advirtiendo contra una costumbre muy generalizada en las iglesias y que consiste en imponerse un ministerio válido en una forma que les es ajena.

---

1 Pedro Wagner, "Sanando sin disputa", *Leadership*, 7, número 2 (Spring, 1985): 114.

MODELOS DE SANIDAD DEL NUEVO TESTAMENTO

Al considerar qué forma pudiera adoptar un ministerio de sanidad y liberación en mi iglesia, y en otras de la corriente principal de las iglesias evangélicas, consulté primero el Nuevo Testamento. Las Escrituras nos proporcionan una norma no sólo para lo que creemos, sino también para la manera cómo actuamos, incluso la manera cómo ejercemos el ministerio de sanidad de Cristo.

Cuando leí el Nuevo Testamento, al principio me sentí perturbado al ver que Jesucristo sanaba a los enfermos y echaba fuera demonios de manera muy diferente a como lo hacemos hoy. Todos los ministerios de sanidad que conozco dependen mayormente de la oración. Jesucristo sanaba principalmente con una orden. A diferencia de sus discípulos de hoy, Él no hacía ninguna petición por sanidad, sino que la ordenaba. "Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos" (Mateo 8:16). A un leproso lo sanó al decirle: "Sé limpio" (Marcos 1:41). Asimismo resucitó a una niña muerta, sólo al decirle: "Levántate" (Marcos 5:41). De cuando en cuando he observado a algunos que ordenan la sanidad en el nombre de Jesús con un éxito espectacular; pero no sé de nadie que con constancia y éxito siga el modelo de Jesucristo.

Al final de su ministerio terrenal, Jesús les dijo a sus discípulos: "El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre" (Juan 14:12). La iglesia primitiva en realidad hizo las obras de Cristo; pero como lo veremos, las hicieron de manera diferente a la de Él.

A veces bastaba una orden en el nombre de Jesús para que se efectuara la sanidad (Hechos 3:6), pero al principio del libro de Hechos encontramos que el método de sanidad general de la Iglesia era la oración. En Hechos 9:40, Pedro oró por Tabita. Y en Hechos 28:8, Pablo oró antes de sanar al padre de Publio.

Santiago observa también que si alguno está enfermo debe llamar a los ancianos de la iglesia. Estos deben orar en el nombre del Señor y la oración de fe sanará al enfermo (Santiago 5:14-15). Desde los primeros días hasta ahora, la oración ha sido esencial en el ministerio de sanidad de la Iglesia. Así que, al crear modelos de sanidad dentro de la corriente principal de las iglesias evangélicas, debemos esperar que la oración en el nombre de Jesucristo tenga la debida prioridad.

CARACTERÍSTICAS COMUNES A TODAS LAS TRADICIONES QUE PRACTICAN LA SANIDAD

Después de estudiar la forma y estructura de los diversos modelos de sanidad que aparecen en las Escrituras, examiné el ministerio de sanidad en algunas tradiciones denominacionales en que ya está establecido, por ejemplo: la anglicana-episcopal, la pentecostal, la luterana, la católica romana, la griega ortodoxa y diversos grupos carismáticos independientes. Me interesé especialmente en descubrir qué elementos de estilo, si los había, eran comunes a los ministerios de sanidad en toda la iglesia contemporánea. Supuse que si había técnicas y procedimientos que compartían todas estas partes del Cuerpo de Cristo, también podíamos adoptarlos los demás. A veces lo que aprendí de este estudio fue incomprensible, pero en su mayor parte fue instructivo y alentador.[1]

Al examinar los modelos de sanidad que hay en la iglesia contemporánea, no encontré ningún elemento estructural ni de procedimiento que fuera común a todas. Cada tradición tiene un modelo de ministerio que refleja su propia historia e ideales teológicos. Para mí fue una experiencia liberadora descubrir que para facilitar la sanidad y la liberación, Dios obra por medio del carácter y las creencias peculiares de cada grupo. Al crear nuestros propios modelos de sanidad, no tenemos por qué sentirnos presionados a conformarnos a técnicas o expectativas de otros grupos ni considerarnos con el derecho de juzgarlos. Ciertos métodos de sanidad particulares no son esenciales en sí mismos, sino más bien adecuados o no, dependiendo del contexto en que se usen. Hay, sin embargo, ciertos valores y

1 No es el propósito de este libro analizar los enfoques de la sanidad que hay en cada una de estas tradiciones y a la vez hacerles justicia. Cualquier lector que desee saber lo que Dios le ha enseñado a la Iglesia durante estos años en cuanto a la sanidad y cómo su Espíritu está sanando hoy por medio de ella, sólo tiene que visitar una librería cristiana bien surtida. Pero en los estantes brillarán por su ausencia muchas obras sobre la sanidad escritas desde la perspectiva evangélica de la corriente principal de la iglesia.

actitudes comunes que dan forma y disponen a cada uno de ellos.

Una suposición de todos los cristianos que participan en los ministerios de sanidad es que Dios quiere sanar a los enfermos, que desea que su pueblo esté sano antes que enfermo. Todos los que constantemente tienen éxito al orar por los enfermos esperan la sanidad. En el capítulo 5, expuse y sostuve detalladamente esto.

El segundo elemento cardinal que se encuentra entre las comunidades que practican la sanidad es una sincera compasión por los que sufren dolores. Pudiéramos decir que siempre hay una participación en la compasión de Cristo. Si uno está con un sacerdote ortodoxo cuando ofrece la eucaristía o con una sanadora pentecostal cuando extiende su mano para tocar el miembro torcido, percibe esta compasión por otros seres humanos. Si uno está en Londres en un culto de sanidad de la Iglesia Anglicana, o en San Antonio, Texas, en una misa de liberación de la Iglesia Católica, o en Detroit en un grupo de oración carismático, o en Anaheim, California, en un seminario de sanidad celebrado en la Fraternidad Cristiana de la Viña, se da cuenta del interés de los participantes en los enfermos.

El tercer elemento esencial que sostienen mutuamente diversos grupos cristianos que oran con éxito por los enfermos es la investidura personal y disposición a arriesgarse de los que oran. La compasión y la creencia de que Dios quiere sanar se unen con la disposición a ser sensibles a la tentativa de sanar. En cierta ocasión, Jaime Glennon me dijo:

> *Durante los veinticinco años que he estado orando por los enfermos, me he sentido al mismo tiempo al borde del desastre y a punto de ver un milagro.*

Esta disposición a arriesgarse adopta muchas formas, pero está siempre presente entre los grupos que tienen éxito en el ministerio de sanidad. En el capítulo 13 trataré más a fondo sobre esto.

La sanidad cristiana es un misterio que no se puede controlar aplicando alguna fórmula de causa y efecto. Los que oran por los enfermos entran en un mundo invisible de fuerzas

espirituales que no se pueden comprender por completo. Es al mismo tiempo comunión con Dios en su obra y una lucha contra la ilícita destrucción hecha por el maligno. Los que se arriesgan a entrar en este reino se exponen a sí mismos, y a los que oran por la sanidad de ellos, a la posible humillación y a la derrota sin que jamás sepan por qué. Esta investidura personal, que yo califico de fe, está presente en todos los ministerios de sanidad.

Al adaptar los ministerios de sanidad que sean compatibles con nuestras convicciones teológicas y vida eclesial, no tenemos por qué sentirnos presionados a conformarnos a cierto modelo. En general, ni las Escrituras ni la Iglesia han ordenado que ciertos elementos estructurales o de procedimiento sean esenciales. Sin embargo, la Biblia y el cuerpo de Cristo revelan que en el seno del ministerio de sanidad cristiano están los valores antes mencionados, los que darán forma a nuestros modelos de sanidad a pesar de las diferentes maneras que adopten.

Capítulo 11



Cómo comenzar

El modelo de sanidad que expongo en este capítulo lo aprendí de Juan Wimber en el Seminario Teológico Fuller.[1] Bautistas, pentecostales, presbiterianos, metodistas, aliancistas y líderes de iglesias independientes: todos estaban en la clase. Ninguno de ellos hizo objeción alguna a él, la mayoría tuvo éxito en su uso, y algunos a su vez se lo enseñaron a sus congregaciones. El modelo circula sin dificultad entre diversas tradiciones y se lo enseña, comprende y practica con facilidad. Es muy apropiado para los que tienen poca o ninguna experiencia en sanar a los enfermos. Hace que las personas participen de inmediato en el ministerio en un nivel agradable y les indica dónde comenzar y cuándo detenerse.

Los cinco pasos en este modelo de ministerio son: 1) entrevistar, 2) escoger una estrategia de oración, 3) orar por resultados específicos, 4) evaluar los resultados y 5) dar consejos después de la oración.

ENTREVISTAR

El primer paso consiste en entrevistar a la persona necesitada. El propósito de esta gestión es sencillamente conseguir la información pertinente. Dicha información puede abarcar desde averiguar dónde está localizado el dolor hasta analizar la historia familiar del paciente.

Se pueden usar diversas preguntas para comenzar la entre-

1 La exposición que hace Juan Wimber de este modelo se puede encontrar en la obra que escribió junto con Kevin Springer, *Power Healing* (San Francisco: Harper & Row, 1986).

vista. ¿Cuándo comenzó el problema? ¿Ha tratado alguna vez este problema? ¿Ha tratado alguien de ayudarlo en este asunto antes? ¿Sabe cuál es la causa de su enfermedad o dolor? ¿Cree que algún pecado o tensión en sus relaciones contribuye a ella? ¿Qué cambios ocurrirán en su vida si es sanado?

Preguntas abiertas como estas estimulan la participación de la persona en el proceso y permiten conseguir información útil.

Cuando las personas den su propio informe del problema, aprenda a oír entre líneas. Es posible que los pacientes sepan más de sus problemas de lo que están dispuestos a decir o que no se den cuenta de las causas subyacentes que, sin embargo, un oyente experimentado puede percibir.

Además de oír atentamente al paciente, aprenda a oír a Dios. El Buen Pastor conoce a sus ovejas y desea ayudarnos a socorrerlas. En cualquier momento puede comunicarnos algo vital acerca de una persona que contribuirá al proceso sanador.

A esta clase de información que Dios da en el momento mismo se conoce como "palabra de ciencia". Estas palabras o comunicaciones vienen de diversas maneras y, si somos accesibles y tenemos una actitud expectante, podemos aprender a recibirlas.

A veces las intuiciones espirituales vienen en forma de cuadros mentales. Estas imágenes pueden ser literales — como películas de la parte dañada del cuerpo del paciente — o simbólicas, revelando entonces la causa espiritual, de relaciones o afectiva, subyacente del problema.

En cierta ocasión estaba orando por un hombre que pidió ayuda por un dolor de pecho que él atribuía a una enfermedad del corazón. Mientras oraba por él, vi en mi mente un dibujo de líneas del estómago de una persona. En la parte superior del estómago había una úlcera roja inflamada. Le conté lo que vi. Entonces dejé de orar por su corazón y comencé a orar por su estómago, y el dolor se fue de inmediato. Una semana después y a petición mía, se sometió a un examen médico. El examen confirmó que el problema había estado en su estómago, y no en su corazón.

En otra ocasión oré por una mujer que sufría un sinnúmero

de dolencias relacionadas con la tensión nerviosa. Tenía un cansancio crónico y un dolor constante a causa de la tensión muscular. Yo creía que si podíamos tratar el origen de su tensión nerviosa, podríamos orar más eficazmente por su sanidad. Cuando le pregunté a qué se debía la tensión nerviosa, dijo que no sabía. Entonces vi en mi mente que esta mujer estaba sentada en el rincón de un cuarto, con las lágrimas corriéndole por las mejillas y una muñeca rota entre las manos. Le pregunté si alguna vez había tenido un aborto. Me miró con asombro, con los ojos muy abiertos, y susurró: "Mi marido ni siquiera sabe de esto."

Después de un tiempo de confesión y de recibir el perdón de Dios, se le pasó el dolor y recobró las energías. Desde entonces ha estado bien.

La palabra de ciencia puede venir también por medio de una palabra o frase que el oyente "ve" y "oye" en su mente. A veces la intuición de la necesidad de una persona viene por medio de una convicción inmediata y definida. Puede ser que el creyente que ora sólo llegue a saber que algo es cierto sin saber por qué ni cómo.

Estos, pues, parecen ser algunos de los medios más comunes por los que Dios hace posible la sanidad mediante lo que llamamos palabra de ciencia. Al igual que en otras capacidades, oír a Dios de esta manera y discernir lo que es de Él y lo que no lo es, viene por medio de la prueba, el error y la información franca de otros. Esta clase de discernimiento, como todas las otras, es hija de la experiencia.

Al hacer la entrevista, evite inmiscuirse en un análisis médico de la enfermedad. Probablemente la historia clínica del enfermo sólo tenga valor para un médico. El propósito de la entrevista es más bien determinar con la mayor exactitud posible la causa de la condición del paciente — ya sea esta natural, espiritual, de relaciones o afectiva —, a fin de que el que ora pueda hacerlo específicamente.

No pretendo insinuar con esto que la entrevista sea sólo un ejercicio preliminar o sencillamente un medio para conseguir un fin. Dependiendo de cómo se haga la entrevista, esta puede tener en sí misma un profundo efecto sanador. Todos los consejeros saben que oír con diligencia al paciente contribuye a su recuperación. Oír atentamente es una forma indistinguible de amar, y el amor sana.

Esta manera de oír significa que a las personas que reciben atención se les permite ser los expertos en su propio dolor. También se les estima como personas propiamente dichas; es decir, lo que se estima como principal es su condición de persona, y no su enfermedad. Esta manera de oír no sólo edifica y sana, sino que también estimula a las personas necesitadas a una revelación más profunda de sí mismos por medio de una confianza mucho más grande. Por lo general es en las capas profundas de la personalidad donde se pueden encontrar las causas de la enfermedad. Los oyentes deben ser, pues, personas dignas de confianza. Los ministros somos siervos y debemos dedicarnos a los mejores intereses de los que buscan ayuda, reconociendo que Jesucristo nos llama a servirnos los unos a los otros de nuestra humanidad compartida.

Aunque el uso de poses y manipulaciones es siempre un mal procedimiento, esto no significa que en nuestro ministerio no debamos dirigir a los que buscan ayuda. Dios nos ha autorizado y preparado para que sanemos en su nombre y habrá veces en que ejerceremos decisivamente su autoridad.

La entrevista está completa cuando usted cree que entiende bastante sobre la enfermedad — su origen, su historia, su alcance y su significado — para comenzar a escoger una estrategia de oración.

ESCOGER UNA ESTRATEGIA DE ORACIÓN

La entrevista nos da alguna idea de la naturaleza y la causa de la enfermedad, y a su vez esto determina cómo debemos orar. Permítame recalcar desde el principio que como somos seres complejos, no siempre podemos diagnosticar cualquier clase de enfermedad. Por lo general los síntomas de una enfermedad física o de una perturbación mental se deben a causas espirituales, afectivas y de relaciones que al principio no son evidentes.

Hace años Pablo Tournier, famoso médico suizo, explicó una verdad que muchos de nosotros estamos comenzando a descubrir cuando oramos por los enfermos. La tesis que expone en

su libro *The Healing of Persons* La sanidad de las personas es que la mayoría de las enfermedades crónicas y graves se deben a conflictos espirituales, traumas psíquicos y relaciones dañadas.[1] Asimismo el doctor Roberto M. Cunningham, de la Clínica Mayo, observa:

> *En cuatro de cinco veces habría descubierto más pronto qué pasaba si hubiera comenzado examinando la vida familiar del paciente, su empleo y su cuenta bancaria, en vez de su corazón, su aparato digestivo y sus riñones.*[2]

En un estudio sistemático, científicamente controlado por el Centro de Investigación y Asesoramiento del Cáncer, en Dallas, Texas, el doctor Carl Simonton demostró la importante relación de causa y efecto que hay entre la tensión nerviosa producto de las emociones y el comienzo de muchos tipos de cáncer.[3]

Gran parte de la literatura que trata sobre la relación de los estados de ánimo con las enfermedades físicas coincide en que hay una estrecha relación entre la tensión mental y lo que llamamos enfermedad crónica. El consenso es que casi todo dolor de cabeza, la gran mayoría de los trastornos gástricos, la mayor parte de las enfermedades de la piel, las alergias, el asma y el lumbago son causados por estados de ánimo nocivos, como la preocupación, el sentimiento de culpabilidad, la amargura y cosas por el estilo. Con frecuencia la Biblia hace mención de la relación del cuerpo con la mente y el espíritu en los Salmos 62; 31:10; 38:3 y Proverbios 3:5-8; 14:30; 17:22.

Hace algún tiempo vino una joven para que oráramos por ella respecto a un sinnúmero de malestares físicos. Durante la entrevista reveló que había pasado años en la calle ejerciendo de prostituta. Oramos por ella repetidas veces durante varias semanas, pero no tuvimos éxito en sanarla de sus dolencias.

---

1 Pablo Tournier, *The Healing of Persons,* trad. Edwin Hudson (Nueva York: Harper & Row, 1965).
2 Citado por Karen Granberg-Michaelson, *The Land of the Living* (Grand Rapids: Zondervan, 1984), p. 41.
3 Carl Simonton, Estefanía Mathews-Simonton y Jaime L. Creighton, *Getting Well Again* (Nueva York: Bantam, 1978).

Después de algún tiempo comenzamos a darnos cuenta de que muchas de sus enfermedades se debían a la culpa que sentía a causa de su vida pasada. Dejamos de prestar atención a sus problemas físicos para ponerla en su necesidad espiritual de arrepentimiento y perdón. Después de varias reuniones más, comenzó a experimentar el perdón de Dios y, por consiguiente, fue sanada de gran parte de sus dolencias.

El pecado afecta no sólo a la salud de la persona que peca, sino también a la de quienes han sido víctimas de su pecado. A menudo quien fue objeto de maltratos cuando era pequeño, como una niña o un niño que fueron violados, un esposo que ha sido traicionado por su esposa, o una esposa que ha sido golpeada por su esposo pueden, por consiguiente, contraer enfermedades crónicas.

Nuestra salud se ve profundamente afectada por la manera como reaccionamos a los pecados que han cometido contra nosotros. El resentimiento, la amargura y el odio: todos hacen daño y muchas veces incapacitan a aquellos en quienes echan raíces. Hace poco oré por una mujer que tenía una úlcera sangrante, pero que no fue sanada hasta que perdonó a su padre que la había maltratado sexualmente. Un hombre fue sanado de artritis sólo después que perdonó a su jefe por haberlo traicionado. Una víctima de violación no se libró de un terrible temor compulsivo hasta que perdonó a los hombres que la habían asaltado. Aprender a perdonar a otros es muchas veces la llave que abre la puerta que lleva a la restauración y a la salud.

En algunos casos no es fácil determinar la causa de la enfermedad. Esta puede tener su origen en relaciones rotas o en conflictos íntimos vagos, mal definidos, tales como duda de la propia capacidad de uno y sentimientos de insignificancia. Estos y muchos otros trastornos no orgánicos pueden producir los síntomas de enfermedades físicas.

Otras enfermedades físicas y emocionales pueden deberse a la acción demoniaca. El Nuevo Testamento y nuestra experiencia en orar por los enfermos nos muestran que los demonios causan algunas enfermedades que no se pueden curar hasta que se los expulsa.

Así pues, estas no son más que unas cuantas de las posibles causas subyacentes de las enfermedades. Puede ser que los pacientes entiendan o no el origen de su dolor; pero siempre que sea posible hay que descubrir estas causas para que el consejo y la oración sean más específicos y, por tanto, más eficaces.

No toda enfermedad se debe necesariamente a algún trastorno psicológico o espiritual. Puede ser que una dolencia o dolor no tenga más significado que el que vivimos en un mundo caído que a todo nivel es propenso a las enfermedades. En tal caso simplemente oramos para que se resuelva el problema sin buscar ningún significado tras de él. Pero no deja de ser importante el esfuerzo que hacemos para discenir las causas, ya que por las razones que no son evidentes, cuanto más específicos seamos en la oración, más éxito tendremos en sanar la enfermedad.

ORAR POR RESULTADOS ESPECÍFICOS

También es importante orar por resultados específicos, mensurables. Por ejemplo, cuando oramos contra el dolor, debemos verificar el aumento o disminución de dicho dolor. Cuando oramos por alguien con artritis, debemos detenernos periódicamente para examinar la hinchazón y la extensión del movimiento en las coyunturas afectadas. Si oramos por alguien con asma, debemos escuchar para comprobar la mejoría en la respiración. Y cuando la enfermedad está oculta y no se puede verificar con facilidad una mejoría, como ocurre con el cáncer o la diabetes, debemos animar al paciente a consultar cuanto antes a un médico para que determine lo que está sucediendo, si es que algo está sucediendo.

Orar por resultados específicos exige que insistamos en cosas observables y mensurables. A fin de determinar los resultados, buscamos una reacción franca y una información exacta. En esta clase de oración mantenemos nuestros ojos, oídos y mente abiertos, a fin de observar los resultados específicos de nuestra plegaria. Este enfoque produce un cambio radical en la vida devocional de muchos que han sido condicionados para orar de una manera vaga, sin un objetivo preciso.

Cuando oramos por resultados específicos, lo hacemos basados en la voluntad de Dios revelada en las Escrituras, revestidos de poder y guiados por el Espíritu Santo. Al seguir críticamente conscientes, estamos en mejores condiciones de ver "lo que el Padre hace" y, por tanto, más capacitados para cooperar con Él en su obra.

Cuando se ora por pacientes cristianos, a menudo se ejerce sobre ellos una presión implícita y a veces explícita para que informen sobre alguna mejoría cuando no ha habido ninguna. Muchas veces esta deformación de la realidad es el resultado de alguna clase de pensamiento influido por cierto deseo. Puede provenir del deseo de hacer que Dios o el ministro queden bien ante los ojos de los demás. En otros casos, esta tendencia de decir que en la oración por sanidad están sucediendo cosas cuando no es así, se debe a un enfoque excesivamente celoso de la fe. No obstante la causa, cualquier afirmación en cuanto a una sanidad que no ha ocurrido o cualquier negación de síntomas que de hecho existen, no sólo es deshonesta, sino también peligrosa. En el capítulo 3 ya hemos considerado algunos de los peligros teológicos y psicológicos de este enfoque.

Asimismo hay peligro de que se malogre el ministerio de los que oran, ministerio que bien pudiera ser eficaz, si no obtiene un informe exacto sobre el progreso logrado. Cuando a los que oran por los enfermos se los engaña haciéndoles creer que cierto enfoque de un problema es útil, pero no lo es, pueden seguir descendiendo por una senda infructuosa y así perder la oportunidad de ir por otra que habría dado mejores resultados. También podemos perder alguna verdad específica que a la sazón Dios trata de comunicarnos.

Otro peligro a que se exponen los que oran por los enfermos cuando reciben una información inexacta es el de no recurrir a la ayuda espiritual o médica para que haya una verdadera sanidad. Muchos de los peligros que se corren con mentirle a un médico en cuanto al estado de una enfermedad se aplican también al ministerio de sanidad cristiana. Las falsificaciones e ilusiones no le sirven de nada al ministerio de sanidad de la Iglesia. Jamás se ha logrado nada positivo con el engaño. Dios está comprometido con lo verdadero, y es por la verdad en todos los casos que su gracia viene a nosotros.

En el ministerio de sanidad de Jesucristo tenemos una ilustración de lo útil que es la información exacta que puedan darnos las personas por las que oramos. El ciego que Jesús sanó en Betsaida no vio perfectamente de inmediato, por lo que Él se detuvo en cierto punto del proceso para preguntarle si ya podía ver algo. Entonces el hombre miró y dijo: "Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan" (Marcos 8:24). Luego de esta información exacta, Jesucristo supo que el hombre no había recobrado completamente la vista, pero que estaba mejorando. Así que le puso otra vez las manos sobre los ojos y terminó su obra.

Jesucristo no le aconsejó nunca a nadie que dijera que había sido sanado cuando no había habido ninguna sanidad, ni nunca les pidió a los enfermos que negaran los síntomas de sus dolencias. Simplemente las personas se sanaban o no. Mientras sigamos a Jesucristo en su ministerio de sanar a los enfermos y librar a los endemoniados, no ganaremos nada con deformar la realidad.

Al orar por resultados específicos, esperamos que algo suceda. Con la instrucción recibida y nuestra propia experiencia, aprenderemos mejor a interpretar lo que observamos.

La obligación de oír atentamente durante la entrevista, diagnosticar correctamente la enfermedad, escoger una estrategia de oración adecuada y luego orar por resultados mensurables amedrenta a algunas personas. No permita que la magnitud o la técnica del ministerio le impidan seguir adelante. Al fin y al cabo, lo que sana a los enfermos no es nuestro carácter o alguna técnica. No somos más que socios menores en este ministerio. Dios es el que sana; Él asume la responsabilidad final. Y tanto desea sanar a las personas que muchas veces encontrará una manera de hacerlo a pesar de usted.

Lo peor que puede suceder cuando oramos amorosamente por alguien es que no suceda nada. Las personas son extraordinariamente tolerantes y hasta aprecian cualquier tentativa de ayudarlos mientras lo hagamos con cuidado y respeto.

Federico Buechner ofrece algunos consejos festivos y prácticos a los aspirantes a sanadores. Dice que mientras ora por los enfermos:

> *Si parece un tonto al hacer esto, no deje que esto mismo lo eche por tierra. Desde luego, usted es un tonto . . . No se esfuerce demasiado por parecer religioso, por producir algún poder sanador que sea suyo propio. Considérese más bien (si por lo menos tiene que hacerlo) como un tubito obstruido por el que puede pasar un poco del poder de Dios si sólo puede mantenerse bastante relajado. Dígale a la persona por la que está orando que también se mantenga relajada.*[1]

EVALUAR LOS RESULTADOS

Después de un tiempo de oír y orar, tenemos que analizar honradamente lo que ha sucedido. Si la sanidad es completa, los participantes pueden detenerse y dar gracias. Si apenas ha comenzado, lo cual sucede con más frecuencia, pueden seguir orando o fijar la hora para otra cita.

Si parece que no ha habido sanidad o ha habido muy poca, tal vez haya un error de diagnóstico y sea necesaria otra entrevista para tener más o mejor información. Quizá sea necesario reconocer por el momento la derrota y dejar que pase algún tiempo para reflexionar al respecto.

Una joven a quien llamaré Elena, y que era enfermera titulada, asistió a la conferencia de sanidad que dirigía en cierta ciudad. Admitía que debido a sus conocimientos de medicina era muy escéptica en cuanto a la sanidad divina. Por último, se decidió a pedir que oraran por ella.

Elena había nacido con un tipo de espina bífida que le había deformado las vértebras de la parte inferior de la espalda. Tenía una pierna notablemente más corta que la otra, y el pie de esa pierna torcido hacia adentro. Por consiguiente, cojeaba al caminar.

Después de orar por algún tiempo evaluamos su condición. Por lo que veíamos, no había sucedido nada. Pero después me dijo que, aunque físicamente no le había sucedido nada, la primera vez que oramos experimentó un cambio espiritual. Me explicó que de algún modo nació la esperanza en su corazón. Estaba segura de que más adelante sería sanada.

---

1 Federico Buechner, *Wishful Thinking* (Nueva York: Harper & Row, 1973), p. 37.

Cuatro meses después de ese primer encuentro, Elena fue a otra conferencia de sanidad, y cuando les pedí a los que tenían una pierna más corta que la otra que pasaran adelante para que oráramos por ellos, respondió de inmediato. Después que oramos durante algunos segundos, la pierna más corta le creció hasta quedar al mismo nivel de la otra. Huelga decir que estábamos emocionados y contentos con ella; pero, como parte de nuestra honrada evaluación, teníamos que decir que el pie de la pierna que antes estaba demasiado corta todavía estaba torcido hacia adentro. La sanidad de Elena no estaba completa, pero nos dijo que no estaba preocupada. Creía que el Señor la terminaría de sanar.

A la noche siguiente, durante una reunión de oración de tres horas en que Elena estaba con algunos de sus amigos, hubo un momento en que se le enderezó el pie. Cuando se levantó para caminar sobre él, se alarmó porque sus pasos parecían torpes. Pero sus amigos se rieron y le dijeron: "Esto te pasa porque ya no cojeas."

Es necesario hacer una evaluación rigurosa, honrada, de los resultados de nuestra oración; pero esta nunca será completa. Cuando Dios interviene, siempre suceden más cosas de las que saltan a la vista. El amor y el poder que revela en Jesucristo significa que siempre valdrá la pena ser optimista.

DAR CONSEJOS DESPUÉS DE LA ORACIÓN

Tal vez sea necesario aconsejar a los pacientes después que hemos orado por ellos. La mayoría de las veces, la sanidad es paulatina, a diferencia de la mayor parte de las sanidades hechas por Jesucristo y los apóstoles. Por lo que vemos en el texto del Nuevo Testamento, la mayoría de las sanidades consignadas en él fueron instantáneas. Dos excepciones notables de esto son la sanidad progresiva del ciego de Betsaida (Marcos 8:22-25) y la sanidad retardada de los diez leprosos (Lucas 17:14).

En la actualidad, algunas sanidades son instantáneas y espectaculares. Pero en su mayor parte, los síntomas relacionados con la enfermedad o lesión desaparecen poco a poco. Una vez que la sanidad ha comenzado, el proceso continuará o se detendrá según sean los pensamientos y las acciones de la persona que ha recibido este beneficio. A estas alturas, es esencial darles un buen consejo y brindarles apoyo.

Por ejemplo, los que se enferman a causa de alguna preocupación no se recuperarán como es debido si siguen preocupados. Por años un íntimo amigo mío sufría un dolor agudo en la región lumbar debido a la tensión nerviosa. Habían orado tres veces por él algunos amigos suyos experimentados en la oración por sanidad. En cada una informó de una mejoría notable en cuanto a los síntomas. El dolor se le pasó de inmediato y recobró el movimiento casi por completo. Pero en cuestión de tres a cinco días, los síntomas le volvieron con toda su fuerza.

Fue sólo después de que mi amigo llegó a entender mejor la causa de su preocupación y cómo apropiarse de la gracia de Dios para vencerla que su espalda siguió sana. En realidad, los espasmos de los músculos se le habían pasado con la oración. Pero la preocupación habitual que hacía volver los espasmos sólo se acabó cuando él cambió su manera de pensar.

Otro amigo mío tenía en su congregación un hombre que desde hacía siete años estaba sin empleo debido a una artritis grave. Después que oraron repetidas veces por su sanidad, el hombre quedó casi completamente aliviado del agudo dolor que sentía. Pero entonces se vio enfrentado al hecho de tener que volver a trabajar después de tantos años de estar desempleado. Cuando se le acercaba el día en que debía salir a buscar trabajo, le volvió el dolor. Sólo cuando recibió ayuda para vencer la preocupación que le causaba el volver a trabajar, fue permanente su sanidad.

Ciertas enfermedades se deben a algún pecado específico, y en esos casos no podemos esperar que la sanidad sea notable o permanente a menos que el paciente se arrepienta. En tales casos, el consejo y apoyo que se le brindan después de la oración deben procurar este fin. Por ejemplo, los que están enfermos debido al uso de las drogas o del alcohol no pueden esperar una sanidad permanente mediante la oración hasta que dejen su hábito. En circunstancias como estas son obvias la causa y el efecto del pecado con la enfermedad, así como la necesidad de dar consejos después de la oración; pero no siempre esta relación es tan evidente.

En cierta ocasión una joven me pidió que orara por ella debido a una hinchazón y agudo dolor que tenía en su abdomen. Asimismo me informó que como sus médicos no pudieron hallar la causa de los síntomas, no pudieron prescribirle ningún tratamiento. Cuando algunos de nosotros oramos por ella, desapareció la hinchazón y se le pasó el dolor. Salió de la reunión con regocijo, pero a la semana siguiente volvió con los mismos síntomas. Oramos de nuevo con el mismo resultado, pero una semana después volvió otra vez con su vientre hinchado y dolorido.

Era claro que no lográbamos saber la causa de su enfermedad, así que le pregunté si había en su vida algún pecado que tuviera relación con su dolencia. Luego de un poco de vacilación confesó que estaba secretamente comprometida en una relación homosexual. Ni para ella ni para nosotros había una manifiesta relación entre su pecado y la enfermedad; pero a la semana siguiente rompió, con nuestra ayuda, la relación pecaminosa y desde entonces recibió sanidad permanente para su cuerpo.

El caso de esta joven ilustra una vez más que son las personas las que están enfermas, y no sólo sus cuerpos. Los consejos que se dan después de la oración responden a las necesidades y las obligaciones de la persona en conjunto. De cuando en cuando tenemos que decirle a alguien: "Vete, y no peques más." En cuanto al pecado relacionado con la enfermedad, la disciplina de la Iglesia viene a ser un elemento crítico en el proceso de sanidad.[1]

La necesidad de dar consejos después de la oración es imprescindible en los casos de liberación. Jesucristo explicó que cuando un espíritu malo es echado fuera, puede volver acompañado de muchos otros espíritus malos si no se le impide hacerlo (Mateo 12:43-45). El solo hecho de que una persona sea liberada de espíritus malos no implica que la liberación sea permanente. Muchas veces, si no hay un cambio en la manera de vivir y de pensar, "el postrer estado de aquel hombre viene

1 Para un análisis teológico y práctico de este asunto, véase a Juan White y Ken Blue, *Restauración de los heridos: El costoso amor de la disciplina eclesial* (Deerfield, Fl.: Editorial Vida, 1991).

a ser peor que el primero" (Mateo 12:45). Entre los consejos que se le pueden dar a la persona que ha sido liberada podemos mencionar su participación en un grupo pequeño y el cuidado pastoral progresivo por medio de ayudadores experimentados.

Otro consejo que se le puede dar a la persona sanada es: "¡Siga orando!" Hace poco la madre de dos niños vino a uno de nuestros seminarios de sanidad para pedir oración. Tenía lo que los médicos llaman un cáncer terminal, inoperable y le daban seis meses de vida.

Esta joven se había criado en un hogar cristiano y había cultivado una vida devocional disciplinada. Cuando la conocimos, nos contó que hacía varios meses que ella y sus amigos estaban orando constantemente por su sanidad. Durante este tiempo, su condición empeoró, pero ella se negó a dejar de orar o a permitir que alguien más lo hiciera.

La noche que vino a nosotros nos unimos a la multitud de creyentes que persistían en orar por ella. A la mañana siguiente fue a su examen semanal e informe de "retroceso". Para asombro de los cuatro especialistas que la estaban examinando, el cáncer estaba ahora en rápida retirada. No había ninguna explicación médica para lo que veían. El tumor que durante meses había estado consumiendo su cuerpo a un ritmo acelerado, ahora casi había desaparecido. Semanas después recibí un informe de que se había recobrado por completo.

Hasta hace tres años sufría un dolor constante en la región lumbar. Después de aceptar la realidad de que Dios quería sanarme, pedí ayuda. Cuando oraron por mí, me pareció recibir sólo una leve respuesta. Entonces le pedí a Patricia, mi esposa, y a mi amigo Juan White que oraran cinco minutos diarios por mí hasta que se resolviera el problema. Accedieron a hacerlo, y así Patricia oraba cinco minutos por la noche y Juan cinco minutos al mediodía, durante el almuerzo. En cuatro meses el dolor se fue y nunca más volvió.

El consejo que se da después de la oración puede adoptar diversas formas, dependiendo de las necesidades de las personas, los recursos de la comunidad y el discernimiento espiritual de los que ministran. Es un aspecto importante del ministerio de sanidad y puede hacer que este sea eficaz.

APRENDA PRACTICANDO

Desde luego, el modelo de cinco pasos que he esbozado aquí no es todo lo que se puede decir sobre la sanidad cristiana. Pero ha resultado un modelo excelente para que los creyentes y las iglesias con poca experiencia, comiencen a ejercer el ministerio de sanar a los enfermos.

El modelo funciona sin dificultad y se puede usar en la enseñanza de uno en uno, así como en grupos pequeños y conferencias. Con algunas adaptaciones del contexto se acomoda a la vida eclesial de la mayoría de las comunidades cristianas.

Con el uso de este modelo, el adiestramiento de los creyentes en el ministerio de sanidad se puede hacer en grupos pequeños o en otros más numerosos. Los que tienen alguna experiencia deben enseñarlo e ilustrarlo. Si no se cuenta con ninguna persona experimentada, se deben traer como instructores personas capacitadas y adecuadas al grupo.

Como parte del adiestramiento debe haber instrucción, ejemplos, práctica, información y más práctica. Hay que tener cuidado de no permitir que este modelo de adiestramiento sea presentado sólo como instrucción. No se puede aprender ningún ministerio cristiano, incluso el ministerio de sanidad, a menos que se lo practique.

Los discípulos aprendieron el ministerio de sanidad oyendo la enseñanza de Jesucristo, viéndolo sanar a los enfermos y echar fuera demonios, y por último, haciéndolo ellos mismos (Lucas 10). Estos discípulos enseñaron a su vez a otros usando el mismo método. Pronto todo el mundo supo de la autoridad y del poder sanador de Cristo. Con este mismo método, se le está devolviendo hoy el ministerio de sanidad a la Iglesia, y se lo está extendiendo por el mundo.

Capítulo 12



Buena salud y sanidad en tres dimensiones

Cuando tratamos en el capítulo anterior sobre cómo orar por los enfermos, notamos la naturaleza compleja de muchas enfermedades y cómo puede estar oculta la causa de ellas. Ahora quiero seguir con esta observación considerando el alma, el espíritu y el cuerpo, y cómo interaccionan en la enfermedad y en la sanidad. Permítame decir desde el principio que este estudio es para contribuir a clarificar y simplificar la oración, y no para atiborrarla y complicarla. Esta información hace posible que nuestras oraciones por los enfermos sean más precisas y, por consiguiente, más eficaces.

El primer principio que debemos tener firmemente arraigado en nuestro pensamiento es que el alma, el espíritu y el cuerpo no son categorías separadas y definidas con precisión. Son más bien designaciones imprecisas, pero convenientes, para referirnos a las partes integrantes de la naturaleza humana.

En la Biblia se considera al ser humano desde el punto de vista *holístico*; esto es, como una sola entidad. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, no hay una palabra para referirse a lo que llamamos "cuerpo" que se diferencie del "alma" y del "espíritu". Los escritores sagrados no estimaron que el cuerpo tuviera su propia realidad. En el idioma hebreo que encontramos en la Biblia, hay más de ochenta nombres para designar diversas partes del cuerpo (mano, ojo, pie), pero no hay ninguno

para referirse a la suma de estas partes. La palabra que más se aproxima a lo que llamamos "cuerpo" es *basar*; pero se refiere a toda la vida de una persona. Así que, la idea de enfermedad como un mal estrictamente físico es ajena a las Escrituras.

A diferencia del hebreo del Antiguo Testamento, el griego del Nuevo Testamento sí tiene una palabra para referirse al cuerpo: *soma*. Pero distinto a la filosofía griega, en el Nuevo Testamento no se considera al cuerpo como malo, poco importante o como algo separado del alma y del espíritu. En el Nuevo Testamento nuestro cuerpo es tan importante, que se dice que estamos desnudos cuando en la muerte estamos temporalmente separados de él. Más aún, nos es tan necesario, que un día Dios lo resucitará y lo perfeccionará. Jesucristo, que se fue antes que nosotros, ya tiene su cuerpo resucitado, que es el modelo del que recibiremos (Romanos 6:5; 1 Corintios 15:20,49; Filipenses 3:20-21).

Nuestro actual cuerpo corruptible tiene que morir para ceder paso al que no morirá jamás. Pero el cuerpo que tenemos hoy, junto con nuestra alma y nuestro espíritu, son objetos del amor y el poder salvador de Dios.[1] En el Nuevo Testamento, el mismo término *salvación* es intercambiable con el término *sanidad*. Por eso la palabra griega se aplica con tanta frecuencia a la sanidad física, así como a la espiritual (Mateo 9:21; Marcos 5:23; Lucas 7:50).

Así pues, en la Biblia se considera al ser humano como una entidad integrada y a la sanidad de las personas como una acción global. Pero aunque tengamos presente este punto de vista *holístico*, tenemos que distinguir también los diversos aspectos de la naturaleza humana cuando oramos por los enfermos.

El descubrir cómo la enfermedad y el pecado nos atacan en diversos niveles, y ver cómo esos niveles interaccionan para propagar los efectos de estos males, nos es útil cuando oramos

1 Por el hecho de que nuestro cuerpo actual muere para ceder el paso al que no morirá, debemos evitar unirnos con algunos ardientes partidarios de la buena salud que hacen de la salud física un valor absoluto y final. Cuando oramos por los enfermos, recordamos que toda sanidad es parcial y transitoria: todo cuerpo que es sanado ahora morirá más tarde. Por otra parte, el hecho de que alguien no sea sanado no constituye un fracaso final para el cristiano, ya que la obra de Cristo que no se manifiesta en esta vida, se efectuará en la venidera.

por sanidad. El ser humano es una especie de ecosistema, un todo complejo e interdependiente. La contaminación de una parte contamina todo, y la limpieza de la fuente contaminada limpia todo. Estoy en deuda con el profesor Pedro Davids por muchas de las intuiciones teológicas y psicológicas que constituyen el siguiente estudio sobre el alma, el espíritu y el cuerpo.[1]

EL ALMA

A lo que llamo "alma" las Escrituras lo llaman también "corazón". El alma es la esfera del pensamiento, las emociones y la voluntad. Nuestras emociones se alteran y nuestra voluntad se debilita cuando alimentamos nuestra mente con pensamientos negativos. Por ejemplo, si creemos que la vida carece de sentido, generalmente nuestra manera de pensar se enferma y caemos víctimas de otras deformaciones cognoscitivas.

Si contaminamos nuestra mente con obscenidades e imágenes pornográficas, nos convertiremos en lisiados afectivos y volitivos, incapaces de distinguir entre el bien y el mal, lo bello y lo feo, el amor y la concupiscencia. Jesucristo dedicó gran parte de su tiempo y energías a diagnosticar enfermedades del alma en los líderes religiosos de aquel entonces: orgullo, legalismo e hipocresía. También prescribió el remedio: ¡el arrepentimiento!

Algunas enfermedades del alma no se escogen, sino que se la han infligido. Por ejemplo, el rechazo en la infancia hace que una persona se forme un concepto erróneo de sí misma, del mundo y hasta de Dios. Si no se descubren y corrigen esas deformaciones, la mente de dicha persona jamás funcionará como es debido, es decir, como Dios quiere.

EL ESPÍRITU

Lo que llamo "espíritu" es esa parte invisible de nosotros que se relaciona con Dios y con otros espíritus. Algunas de las fuerzas espirituales que nos rodean son buenas (el Espíritu Santo y los santos ángeles). Otras fuerzas espirituales son malas (Satanás, los demonios, los principados y las potestades).

1 Véase a Pedro Davids, "Un modelo práctico de sanidad: El enfoque holístico" (Regent College, 2130 Westbrook Mall, Vancouver, Columbia Británica, Canadá).

Estas entidades malignas pueden tocar nuestro espíritu y hacerlo enfermar. Podemos ser seducidos, atormentados y hasta cierto punto dominados por medio de una fuerza espiritual maligna.

Podemos contraer una enfermedad espiritual si practicamos el pecado o nos rebelamos contra Dios, ya que así incitamos al mal a acercarse a nosotros. Una enfermedad espiritual puede comenzar con la búsqueda de experiencias ocultistas. También puede sobrevenir por medio de un trauma o de un maleficio. Debemos diagnosticar correctamente tal enfermedad y tratarla eficazmente con nuestra propia accesibilidad y sumisión al poder liberador del Espíritu de Dios.

EL CUERPO

Lo que llamo "cuerpo" es la parte visible de nuestro ser. Nuestro cuerpo es el medio con que influimos en el mundo físico y también el medio por el cual este influye en nosotros.

Desde luego, hay muchas maneras en que nuestro cuerpo puede sufrir daño y enfermarse. Heridas causadas por accidentes, dolencias y diversas clases de tensiones, pueden dejar a nuestro cuerpo crónicamente enfermo.

Durante su ministerio, Jesucristo sanó los cuerpos que habían sufrido tales daños y nos llama a hacer lo mismo en su nombre. Cuando parece que la enfermedad que procuramos sanar se limita al plano físico, debemos orar por ella con sencillez y confianza.

A menudo las enfermedades están correlacionadas, por lo que la sanidad de una trae consigo la de las otras. Hace siete meses, una mujer llamada Lina y su médico, vinieron a mí para pedir oración por la diabetes de ella. El médico de Lina era un profesional competente que también sabía orar por los enfermos, así que no tuve ningún interés en hacerle preguntas a ella ni en buscar una causa no física de su dolencia. Sencillamente oré para que Dios la sanara de la diabetes.

A la mañana siguiente, Lina se hizo un examen de glucemia (hacía varios años que dependía de la insulina). Esa mañana, por primera vez después de un largo tiempo, el nivel del azúcar en su sangre era normal. Una semana después se hizo un examen general que reveló que, además de seguir con el nivel de azúcar normal, por primera vez en años, su presión sanguínea era también normal. En la actualidad, su glucemia y su presión siguen siendo normales y constantemente está perdiendo el exceso de peso. Una parte de su organismo afectó a todas las demás, y cuando esa parte fue sanada, la sanidad se propagó también al resto de su organismo.

INTERACCIONES DE LA SANIDAD Y DE LA ENFERMEDAD

Así como las enfermedades pueden estar correlacionadas en el nivel físico, así también pueden ser afectadas por las interacciones que se ejercen entre los diversos planos de la naturaleza humana. Observaremos ahora algunas interacciones representativas entre el alma, el espíritu y el cuerpo para ver cómo el poder entenderlas puede ayudarnos a efectuar la sanidad.

El alma y el espíritu. Estrictamente hablando, nuestra alma no es ni espiritual ni física, pero un alma enferma afectará también esos aspectos. Los que guardan amargura en su alma (corazón) y se niegan a perdonar a otros, pronto se enfermarán espiritual y físicamente.

Según el Nuevo Testamento, el que no perdona se pierde el perdón de Dios (Mateo 6:12-15; Marcos 11:25-26; Lucas 6:37). Esto hace que la persona se enferme espiritualmente.

También el alma se enferma cuando la mente se forma un concepto distorsionado de Dios. Con el tiempo, la enfermedad se propaga a la vida espiritual y la contamina. Los herejes comienzan a apartarse del único Dios verdadero teniendo un concepto erróneo de Él.

Una enfermedad del alma que no es tan evidente, pero que infecta la vida espiritual, es un concepto erróneo de Dios que tienen muchos creyentes ortodoxos: el de que Dios es una persona distante, despreocupada e insensible. Quien considera a Dios de esta manera se pierde gran parte del amor y el poder del Padre. El alma enferma hace que el espíritu funcione mal, por lo que si hay esta relación es útil y necesario descubrirla.

El alma y el cuerpo. En estos días casi todos reconocen que el alma afecta notablemente al cuerpo. La mayor parte de las personas están bien enteradas de los recientes descubrimientos hechos en el campo de la medicina psicosomática. Por ejemplo,

la amargura que comienza en el alma, no sólo hace enfermar al espíritu, sino que con el tiempo afecta también al cuerpo. Muchas veces la artritis, las úlceras, el cáncer y un sinnúmero de otras enfermedades físicas se deben a un estado de ánimo amargado. Hasta que el alma sea sanada de su pecado y enfermedad, es improbable que haya una sanidad física. Y si esta ocurre sin que haya arrepentimiento, no durará.

El espíritu y el alma. Un espíritu enfermo puede hacer daño a un alma que de otra manera estaría sana. Cuando una persona se aparta de Dios y se siente culpable por esto, experimenta ansiedad y tensión en su alma. Tal vez la psicología y la religión populares se esfuercen por encubrir esta ansiedad con afirmaciones categóricas y otros anestésicos anímicos; pero los verdaderos sanadores descubrirán la causa y, en vez de orar contra los síntomas emocionales, prescribirán el arrepentimiento y la fe.

El espíritu de una persona puede enfermarse por causa de otros espíritus, así como por su propia culpa. Nuestro espíritu, por ser precisamente esa parte de nosotros que nos pone en contacto con otros espíritus, puede verse afectado por espíritus inmundos. Cuando estos se ponen en contacto con nuestro espíritu, distorsionan nuestro modo de pensar y nos causan angustia. Por otra parte, en el ministerio de sanidad es útil y necesario descubrir esas interacciones. Porque no bastan la información correcta ni los buenos consejos para corregir el modo de pensar de una persona si este proviene de un espíritu oprimido por demonios.

El espíritu y el cuerpo. El pecado y la enfermedad espirituales acostumbran a su vez a estropear el cuerpo de una persona. Muchas veces el apartarse de Dios produce ansiedad en el alma, y esta a su vez le hace daño al cuerpo. David estaba bien enterado de la interacción que se ejerce entre el espíritu y el cuerpo que puede provocar una enfermedad cuando escribió: "Se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano" (Salmo 32:3-4).

Hay también una relación más directa y evidente entre el pecado y la enfermedad espirituales en cuanto a las enfermedades de transmisión sexual. Como lo advertí antes, el ser humano es una especie de ecosistema. La contaminación de una parte del sistema afecta al todo.

El cuerpo y el alma. Inexplicablemente el alma de una persona puede estar tan preocupada, que no pueda comer ni dormir. Pero el examen médico puede revelar que la causa es un tumor cerebral, una glándula suprarrenal o la tiroides que funcionan mal. Cuando las cosas son así, ni la sanidad interior ni un buen consejo resolverán el problema. Lo que puede parecer un problema espiritual o psicológico no se dilucidará a menos que primero descubramos y tratemos la causa física.

El cuerpo y el espíritu. Nuestro cuerpo también nos afecta espiritualmente. Cuando estamos deprimidos porque nuestra provisión de adrenalina es insuficiente, tendemos a reducir nuestro dinamismo espiritual, nos cuesta orar, nos es difícil leer la Biblia y creer en ella. Lo que parece un problema espiritual se debe en realidad a un desequilibrio en los procesos químicos del cuerpo.

Aun cuando desde el punto de vista bíblico es discutible hacer una distinción demasiado precisa entre el alma, el espíritu y el cuerpo, es imprescindible que comprendamos las influencias que ejercen unos en otros cuando oramos por los enfermos. Pero distinguir estas influencias por separado no es tarea fácil; estamos analizando un ecosistema extraordinariamente complejo. Aunque ya hemos identificado seis posibles interacciones, en ciertas condiciones se pudieran ejercer varias de estas a la vez.

Por ejemplo, en Marcos 9:14-29 vemos a un muchacho que "tiene un espíritu", y así sabemos que está enfermo espiritualmente. También muestra signos de una enfermedad física. Probablemente un electroencefalograma habría revelado que el muchacho era epiléptico, y así podemos decir que también estaba enfermo físicamente. Seguramente podemos suponer que el muchacho estaba muy angustiado, por lo que su alma también estaba enferma.

Si los médicos de hoy día le hubieran hecho un diagnóstico a este muchacho y hubieran tratado su dolencia, sin duda le habrían prescrito drogas para controlar físicamente los ata-

ques. Le habrían hecho un examen psicológico y lo habrían orientado en sus problemas, con lo cual habría tenido un poco de alivio en la esfera afectiva. Pero a menos que hubieran descubierto el origen demoniaco de su dolencia y hubieran echado fuera el espíritu, no habrían logrado una sanidad verdadera.

ATENCIÓN TOTAL

Con la oración por sanidad no negamos la necesidad de asistencia médica o socio-psicológica en el proceso de sanidad. Para mí no hay ningún conflicto entre la sanidad espiritual o física instantánea y la sanidad más prolongada por medio de la orientación. A menudo he descubierto que ambas son interdependientes y se complementan en la sanidad integral de una persona.

Por ejemplo, cuando las personas son libradas de espíritus malos, muchas veces he descubierto que les es tan difícil disciplinarse y llevarse bien con los demás que necesitan mucha atención pastoral y orientación antes que puedan desempeñarse como es debido. Los demonios eran sólo uno de sus muchos y graves problemas. El carácter global de nuestro ser y su complejidad exigen un enfoque interdisciplinario de la sanidad. Lo que quiero dejar establecido aquí es que todo nuestro ser se ve afectado por los diversos aspectos de lo que somos. Y muchas veces, como en el caso del muchacho de Marcos 9, no habrá una cura completa hasta que se trate y diagnostique la causa de la enfermedad.

Tengo una amiga que por años sufría un grave problema funcional en el sistema digestivo: estaba físicamente enferma. Había visto muchos médicos y especialistas que le habían diagnosticado su enfermedad, pero ninguno le había ofrecido ninguna esperanza de sanidad. Desde luego, esto la había dejado emocionalmente enferma.

Mientras oraban por ella, otros dos amigos míos (el esposo y su esposa) descubrieron que estaba enferma debido a un maleficio vuduista que le había hecho un hechicero cuando vivía en África. El matrimonio deshizo el maleficio en el nombre de Jesucristo, y esa noche, por primera vez en seis años y medio, pudo dormir sin interrupción hasta la mañana. Al día siguiente

ya no tuvo que tomar su medicamento, su sistema digestivo funcionaba normalmente. Un año después se hizo un examen general, el que para sorpresa de sus médicos, reveló una completa recuperación de sus funciones digestivas.

Otro amigo mío sufría terriblemente de asma: estaba físicamente enfermo. Gran parte del tiempo estaba también deprimido y preocupado: estaba emocionalmente enfermo. De cuando en cuando era hospitalizado por sus enfermedades físicas y psíquicas, pero no recibía ninguna alivio duradero. Por último, desesperado, confesó que en su segundo año de matrimonio había cometido adulterio. Durante su aventura habían comenzado su asma y su depresión. Siempre había sospechado que había cierta relación entre su enfermedad y su pecado, pero tenía demasiado miedo y vergüenza de confesarlo.

Algunos días después de su confesión, se fijó que se sentía emocionalmente mejor y que ya no necesitaba su atomizador para respirar. Un mes después de su sanidad espiritual, su respiración y su estado de ánimo habían vuelto a la normalidad. Gracias a su sanidad espiritual, su alma y su cuerpo recobraron la salud.

Una persona puede padecer también de una enfermedad psíquica, espiritual o física, no por algún pecado que haya cometido, sino por el pecado que otro ha cometido contra ella. Nuestra salud depende, no sólo de lo que nosotros somos y hacemos, sino también, y muchas veces, de lo que otros son y nos hacen.

Hace algunos meses, durante un seminario de sanidad, se me acercó una mujer que quería que la ayudáramos en lo que llamaba un "problema emocional". Se quedaba paralizada de miedo cuando estaba sola. Esto era muy problemático debido a la obra misionera que realizaba y que a veces la obligaba a viajar sola.

Afirmaba que había sido una cristiana feliz, segura, bien adaptada hasta hacía dos años, cuando había sido violada y golpeada en la habitación de un hotel. Decía también que desde entonces podía sentir como el miedo la acechaba a toda hora del día. Había recibido orientación práctica y especializada, había participado en terapia de grupo, pero seguía teniendo un

miedo histérico de estar sola. Cuando oramos por ella, descubrimos pruebas de opresión demoniaca y mandamos al demonio que saliera. Después de esta liberación, recobró la salud emocional y ya no tuvo más miedo de estar sola.

Por lo visto, la había atacado un mismo espíritu, paralizándola de miedo a consecuencia del pecado de otro. Debemos considerar la enfermedad y la salud, no sólo a la luz de nuestra correlación personal, sino también en vista de nuestra correlación corporativa.

He hecho hincapié en una larga serie de causas de enfermedades para que no adoptemos una interpretación unidimensional de la enfermedad, ni hagamos un solo enfoque de la sanidad. Además de esto, quiero subrayar la importancia de que consideremos clara y racionalmente la enfermedad y la sanidad mientras dejamos que el Espíritu Santo nos guíe.

MEDICINA PREVENTIVA

Ya hemos vislumbrado cómo todo nuestro ser se ve profundamente afectado por nuestra salud psíquica y espiritual. En vista de esto, imaginémonos a un niño que se cría en un hogar cristiano decente y amoroso, en el que se le enseña a creer y a vivir la fe que enseña la Biblia. En la mayoría de los casos, el niño se convertirá en un adulto sano y vivirá evitando la mayor parte de las enfermedades (Proverbios 3:7-8).

El camino cristiano (según las Escrituras) es, entre otras cosas, la prescripción final para gozar de buena salud. En la lista que figura más abajo se enumeran siete características de la fe cristiana, todas ellas contribuyen a la buena salud:

1. El evangelio de Jesucristo libra al ser humano de la culpa. Como hemos visto, esta tiene un profundo efecto en la salud (Salmo 103:3-5).

2. La Biblia nos manda perdonar de corazón. Esto nos libra de los efectos paralizantes de la amargura (Mateo 6:12-14; Romanos 12:17-21).

3. El cristianismo nos enseña a dejar de luchar con nuestras propias fuerzas, y a confiar y apoyarnos en la fidelidad de Dios y en lo que Él nos ha provisto. Esto nos libra de los efectos destructivos de la preocupación (Hebreos 13:5-6).

4. El verdadero camino cristiano es un camino de trabajo duro interrumpido por períodos de descanso. Este equilibrio de actividades contribuye mucho a la buena salud (Salmo 127:1-2).

5. La Biblia enseña el alto valor del cuerpo y cómo brindarle el cuidado correspondiente. Las reglas de higiene de Levítico y Deuteronomio se anticipan en miles de años a las modernas medidas que hacen hincapié en la nutrición.

6. El cristianismo estimula la lectura sistemática de la Biblia. Una mente saturada de las verdades de las Escrituras se fortalece y así está capacitada para gobernar el resto de la personalidad (Proverbios 4:20-23).

7. El verdadero camino cristiano es un camino de gozo: el gozo de ser amado por Dios, de amar a los hermanos y ser amado por ellos y de tener algo importante con que contribuir a la vida. Es muy probable que una persona feliz, que está convencida de lo importante que es en este mundo, goce de buena salud.

Por último, la mayor contribución a la buena salud de la comunidad cristiana no es el ministerio de sanidad, sino más bien su determinación de seguir a Jesucristo. Esta es la medicina preventiva de los creyentes. Aunque el ministerio de sanidad es sólo parte de este discipulado, le es imprescindible. Cuando seguimos a Jesucristo en el camino de la buena salud, estamos dispuestos a hacer que la recobren los que la han perdido. La plena obediencia a Cristo no sólo fomenta nuestra propia salud, sino que también obra para que otros la recuperen.

Capítulo 13



La obediencia y la autoridad para sanar

En último término, no hemos sido llamados a explicar lo que es la enfermedad y la sanidad, sino a sanar a los enfermos. Si nos limitamos a un estudio de la teología que sostiene la sanidad divina y de los modelos de ministerio que contribuyen a facilitarla a los que en la actualidad oran por ella, nos perderemos una de las grandes alegrías del discipulado cristiano. Francis MacNutt, pionero en el movimiento de sanidad moderno, lo expresa con gran sentimiento:

> *A medida que experimento las paradojas del ministerio de sanidad, me entero cada vez más del misterio que hay en él. Los que quieren respuestas sencillas y claridad absoluta seguramente se van a desilusionar. Jamás tendrán la hermosa experiencia que tengo casi todos los días: la de ver a una persona tocada y sanada por el misericordioso amor de Dios.*[1]

EL GOZO DE LA OBEDIENCIA

El gozo de sanar a los enfermos en el nombre de Cristo no depende fundamentalmente de una mejor explicación teológica ni de un modelo más adecuado. Si la sanidad depende de algo humano, depende de la obediencia. Como lo veremos en un momento, las Escrituras nos muestran que la autoridad y el

1 Francis MacNutt, *Healing* (Notre Dame, Ind.: Ave Maria Press, 1974), p. 134.

poder para hacer la obra de Dios pasan a través de los que obedecen la Palabra de Dios. Una de las ilustraciones más impactantes de la relación que hay entre la obediencia y la autoridad la conocí mediante una joven llamada Tamara.

Hace algún tiempo asistí a un seminario de sanidad que dirigía un amigo mío. Él llevó un equipo de cinco personas que lo ayudaban a orar por los enfermos. Después de la parte del seminario dedicada a la enseñanza, poco antes del tiempo de ministrar, mi amigo les pidió a los miembros de su equipo que pasaran adelante y se presentaran. Me llamó especialmente la atención una de ellos. Era una joven que estaba en los últimos años de su adolescencia y que se presentó así: "Hola, me llamo Tamara. Soy madre soltera. Ahora hace un año que sigo a Jesucristo. Trabajo en *Sears*, y echo fuera demonios y sano a los enfermos." Luego sonrió con una sonrisa franca, amable, y se sentó.

Estaba tan sorprendido, y también intrigado, por su manera franca y sencilla de presentarse que hice un esfuerzo especial para observarla durante el tiempo de ministrar. En el transcurso de la noche se desplazaba entre la multitud atendiendo a una persona tras otra. Era amable y atenta cuando le hablaba a las personas, y directa y práctica cuando oraba por ellos. Esa noche cumplió lo que había dicho. En realidad, sanó a los enfermos, y a algunos de manera espectacular. Actuó con una gracia y autoridad que me dejaron impresionado.

Después de la reunión, le pregunté cómo, siendo tan joven y con poca experiencia, podía sanar a los enfermos y echar fuera demonios con tal autoridad. Me contó algo de su historia personal, y cuando terminó, me miró a los ojos y me dijo: "No llegué a ser madre soltera a la edad de diecisiete años porque fuera la persona más moral del mundo. Pero de todos modos, Jesucristo me amó. Él fue el único que en realidad lo hizo. Yo también lo amo y trato de hacer todo lo que me dice. Jesucristo quiere que sane a las personas, así que lo hago. Me lo dice en la Biblia, y mi pastor dice que está bien, así que lo hago."

Dios le ha dado a Tamara autoridad en el ministerio de sanidad y liberación porque le obedece. Estimulada por su dedicación a Cristo y apoyada por su pastor, descubrió que

cuando obedecía los mandamientos de Jesucristo, la autoridad de Dios estaba con ella.

Tamara me mostró lo que Jesucristo quiso decir cuando dijo: "Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las has revelado a los niños" (Lucas 10:21). Esta fue la gozosa respuesta de Jesucristo a su Padre cuando los setenta discípulos volvieron a Él con este testimonio: "Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre" (v. 17). Jesucristo los había enviado a sanar a los enfermos y a proclamar el reino de Dios, y cuando obedecieron, descubrieron que la autoridad de Dios estaba con ellos.

He observado que muchas veces los "niños" como Tamara y los cristianos "ignorantes" ejercen la autoridad de Dios hasta el punto de asombrarnos. A diferencia de muchos de nosotros, parece que pueden abstenerse de emitir juicio sobre lo que es posible y lo que no lo es; simplemente obedecen los mandamientos de las Escrituras. No debemos, pues, sorprendernos por la relación que hemos encontrado entre la obediencia y la autoridad, ya que la autoridad relacionada con una vida obediente es uno de los principales temas de la Biblia.

LA OBEDIENCIA Y LA AUTORIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Al principio, Adán ejercía autoridad sobre la creación. El dominio que tenía sobre su medio significaba que los elementos cooperaban produciendo una abundante cosecha para él y su compañera. También que las demás criaturas, incluso la serpiente, estaban sujetas a ellos. Aun cuando Adán era menos poderoso que los elementos, las bestias y los ángeles de su mundo, los regía a todos porque Dios respaldaba su gobierno. Mientras estuviera sujeto a la autoridad de Dios, el ejercicio de esta autoridad por parte de él le aseguraba que la voluntad de Dios se hacía en la tierra y que la salud reinaba en ella.

El poder inherente de Satanás era muy superior al de Adán, pero le estaba vedado hacer su obra destructora en la tierra porque la autoridad de Dios estaba con su siervo obediente. Mientras Adán obedeciera a Dios, el poder superior de Satanás no tendría ningún efecto contra el hombre.

Como Satanás no podía tomar el dominio del mundo por la fuerza, tenía que incitar a Adán a desobedecer. Cuando este, incurriendo en desobediencia, se rebeló contra la autoridad de Dios, perdió con esto su propia autoridad. No habiendo así ningún hombre en la tierra que pudiera ejercer el gobierno de Dios, Satanás llenó el vacío para ejercer su propio poder.

Sin verdadera autoridad, Adán estaba indefenso ante el poder del maligno. Donde antes la tierra producía fruto en abundancia, ahora producía maleza. Antes que Adán desobedeciera, sólo conocía la salud física, espiritual y afectiva. Después de desobedecer, experimentó en todos los planos de su ser la enfermedad, la destrucción y la muerte. El orden y la armonía de Dios se convirtieron en la anarquía y la discordancia de Satanás.

El gobierno del reino de Dios, que antes administraba Adán, fue reemplazado por el gobierno del falso reino de Satanás, que administra por medio de sus secuaces. Por eso Pablo se refiere a él como el "dios de este siglo" (2 Corintios 4:4). Pero aunque su planeta había sido saqueado, el Señor no lo abandonó. Comenzó a rescatar un pueblo del mundo y a retenerlo en obediencia a Él para que más adelante se estableciera otra vez el gobierno de su reino en la tierra.

A lo largo de la historia del Antiguo Testamento vislumbramos la autoridad que recobró la humanidad cuando los siervos de Dios fueron fieles. A Noé se le dio autoridad para salvar al género humano porque obedeció. A Abraham se le dio autoridad para ser padre de muchas naciones y bendecirlas porque obedeció. A Moisés se le dio autoridad para salvar al pueblo de Dios de la esclavitud y llevarlo a la Tierra Prometida porque obedeció. Dios usó siempre el mismo modelo en su relación con los hombres. Buscaba a los que pudiera enseñar a obedecer. A medida que aprendían la obediencia, muchas veces por lo que padecían, les daba autoridad y los investía de poder para que pudieran ejercer esa autoridad. A lo largo de la historia sagrada, Dios dio a conocer su voluntad y ejerció su dominio mediante hombres y mujeres obedientes.

A la vez, el registro bíblico nos muestra que así como hay una correlación entre la obediencia y la autoridad, así también

hay una relación entre la desobediencia y la falta de autoridad. En el libro de Josué encontramos un ejemplo típico. En Josué 6 se nos relata que Jericó, la gran ciudad amurallada, fue entregada en las manos de Israel cuando el pueblo obedeció la extraña orden de Dios de sólo marchar alrededor de ella. Pero en Josué 7 se nos refiere que poco después de esto, Israel fue vencido en Hai por una fuerza militar inferior porque Acán, uno de los miembros de la comunidad israelita, no obedeció la voz de Dios.

Esta clarísima relación entre la obediencia y la autoridad, y entre la desobediencia y la falta de autoridad me lleva a creer que la relativa falta de autoridad de la iglesia occidental se debe no sólo a una teología deficiente y a modelos no adecuados, sino también a la corrupción moral, la desobediencia y la incredulidad como Cuerpo. Leslie Weatherhead opina que:

> *Bien puede ser que toda la comunidad eclesial necesite elevarse hoy a un nivel espiritual superior antes que los sanadores que hay en ella puedan repetir las obras de sanidad del Hijo de Dios y que el ministerio de sanidad de la Iglesia esté limitado hasta que los grupos que hay dentro de ella estén dispuestos a pasar por la misma clase de disciplina.*[1]

LA OBEDIENCIA DE JESUCRISTO Y LA AUTORIDAD

En Jesucristo se ven con mucha claridad la obediencia y la autoridad . Con la obediencia perfecta del Hijo de Dios, el Rey estableció el dominio de su reino en la tierra. Como hombre totalmente sujeto a la autoridad de Dios, Jesús, el postrer Adán, restableció la soberanía y el dominio que Dios había perdido con el primer Adán: "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Romanos 5:19).

Por la obediencia de un hombre se consiguió la sanidad principal que se necesitaba en la tierra (la de la relación de la humanidad con Dios). Todas las bendiciones que ahora recibi-

1 Weatherhead, *Psychology, Religion and Healing,* p. 32.

mos de Dios, incluso la sanidad física, se derivan de la obediencia de Jesucristo. Con su vida y muerte expiatoria, Cristo obtuvo el perdón de nuestros pecados. Jesucristo aprendió la obediencia "por lo que padeció" (Hebreos 5:8), por lo que todo se lo debemos a su obediencia.

El sello distintivo del ministerio terrenal de Jesucristo fue la obediencia. Al respecto dijo: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Juan 4:34).

Como Jesucristo era hombre bajo autoridad, estaba facultado por Dios para ejercerla. Y cuando lo hizo, el mundo — que por la desobediencia de Adán había sido maldito y había quedado bajo la influencia de los demonios —, comenzó a ser sanado y restaurado. Los elementos (el viento y las olas) obedecieron al mandato de Jesucristo. Se obtuvo una gran cantidad de comida para las multitudes, no con el sudor del rostro del hombre, sino por el mandato del obediente representante del Padre.

La enfermedad, pese a ser otro síntoma de la desobediencia de Adán, fue sanada. Los que estaban poseídos por demonios fueron liberados. Otros que habían muerto volvieron a vivir. Los síntomas de la desobediencia eran sanados por la obediencia de un hombre. Este ejercía otra vez la autoridad de Dios sobre la creación, como era el propósito divino al principio.

Algo de esta realidad fue percibido por las multitudes que siguieron a Jesús. Los que lo oían hablar y veían su obra se asombraban constantemente del ejercicio de su autoridad. Pero para Satanás y sus fuerzas tampoco pasaron inadvertidos los efectos de la autoridad divina de Jesús.

> *Y entraron en Capernaúm; y los días de reposo, entrando en la sinagoga, enseñaba. Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Pero había en la sinagoga un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios.*
>
> Marcos 1:21-24

La respuesta de Jesús a la pregunta del demonio fue: Sí, en

realidad vine para destruirlos. Su misión consistía en destruir el dominio de Satanás manifiesto en la ignorancia, la alienación, el hambre, la enfermedad y la esclavitud. Y como Jesucristo era un hombre que estaba bajo la autoridad de Dios, que seguía estrictamente sus órdenes, Él respaldaba sus palabras y sus obras con poder, haciendo cumplir lo dispuesto por esta autoridad.

A la luz de nuestro estudio, la distinción entre la autoridad y el poder es sutil, pero importante. Dios ha dotado a todas las criaturas de cierto poder adecuado a cada una en diversos grados. El poder es, pues, inherente a la criatura y esta lo puede usar como quiera con cierta autonomía. Pero la autoridad no es posesión de ninguna criatura. Estrictamente hablando, uno no tiene autoridad, sino que la ejerce. Pero para hacerlo, debe tener una relación con Dios, en quien radica toda autoridad y de quien ella emana. Es decir, uno puede manifestar el poder a voluntad; pero para ejercer la autoridad como lo hizo Jesucristo, debe estar bajo la autoridad del Padre.

Este hecho lo entendió el centurión romano que le pidió a Jesús que sanara a su siervo (Lucas 7:1-10). El centurión estaba bajo la autoridad del César, quien respaldaba su autoridad. Por eso podía decir: "También yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene" (Lucas 7:8).

El centurión entendía que sus soldados le obedecían, no porque él fuera más poderoso que su ejército, sino porque Roma misma estaba tras su autoridad. Entendía asimismo que Jesús estaba bajo una autoridad aun superior. Por eso le dijo a Jesús: "Dí la palabra, y mi siervo será sano" (v. 7). La fuerzas que provocaron la enfermedad obedecieron a Jesucristo, no porque en su humanidad tuviera más poder que ellas, sino porque Dios estaba con Él.

Jesucristo confesó que no podía hacer nada por su cuenta o por sí mismo (Juan 5:19-20). Durante su ministerio terrenal venció a Satanás y deshizo sus obras de enfermedad y esclavitud, no porque tuviera en sí un poder superior, sino porque era obediente a la autoridad de Dios, y por tanto, podía ejercerla. Este hecho es evidente en su tentación (Mateo 4). En realidad,

venció a Satanás, no por ejercer rudamente el poder, sino por mantenerse bajo la autoridad de Dios y someterse a su Palabra. Jesucristo ejerció la autoridad por la obediencia, y con su autoridad deshizo las obras del diablo.

LA AUTORIDAD DE LOS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO

Desde el principio, Dios se propuso que la humanidad tuviera dominio sobre el mundo (Génesis 1:28). El ejercicio de la autoridad, que fue suspendido por la desobediencia de Adán, ha sido restablecido por el postrer Adán, el Señor Jesucristo. Como lo proclama en Mateo 28:18: "Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra" (NVI). A su vez Él le da esta autoridad a su Iglesia: "Id, y haced discípulos a todas las naciones, . . . enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (vv. 19-20). Cristo no sólo restableció el ejercicio de la verdadera autoridad, sino que también lo hizo extensivo a todo el mundo por medio de la Iglesia. El dominio de Dios, es decir, el reino de Dios, fue establecido por Jesucristo y ahora se extiende a medida que le obedecemos.

Comentando sobre la relación que hay entre la Iglesia y el reino de Dios, Geerhardus Vos explica:

> *Aquí, una vez más, tenemos que insistir ante todo en esto: que nuestro Señor consideraba a la iglesia visible como la verdadera encarnación de su reino . . . Tenemos que decir, pues, que las fuerzas del reino que están en acción, la esfera de la vida del reino, se expresan en el organismo del reino, que es la iglesia visible.*[1]

Esta verdad se prefigura en Lucas 9:1: "Después de reunir a los doce, Jesús les dio poder y autoridad para expulsar a todos los demonios y para sanar enfermedades" (NVI).

De la misma manera, Jesucristo les dijo al resto de sus discípulos: "Les he dado autoridad a ustedes para caminar sobre serpientes y escorpiones, y para vencer todo el poder del enemigo" (Lucas 10:19, NVI).

---

1 Geerhardus Vos, *The Teaching of Jesus concerning the Kingdom of God and the Church* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1972), pp. 86-87.

Cuando Jesucristo dijo que la puertas del Hades no prevalecerían contra la Iglesia, representó a Satanás como un enemigo atrapado y asediado que pelea en todos los frentes una batalla defensiva, pero perdida. Los límites de su falso reino se reducen cada vez más a medida que la Iglesia avanza en su territorio. Somos llamados a pelear en una lucha que no podemos perder. Pero la Iglesia no gana nada siendo pasiva, sino obedeciendo. A pesar de que ahora el falso reino de Satanás está en ruinas, su influencia sigue intacta si la Iglesia no lo desafía.

Cuando obedezcamos a Cristo, como Él obedeció a su Padre, la autoridad que Él ejerció se hará manifiesta también en nuestro ministerio. En Juan 15, Jesucristo explica cómo es esto. "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho" (v. 7). Es decir: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (v. 10).

Jesucristo nos promete autoridad sobre la enfermedad y las fuerzas demoniacas. Nos asegura que tendremos el poder que respalda esta autoridad. Pero en Juan 15 vemos que estas promesas y esta seguridad son condicionales. Sólo si obedecemos, ejerceremos la autoridad.

Con esto no pretendo insinuar que la obediencia es una especie de fórmula mágica con la que obligamos a Dios a actuar, pues sólo sería la "fórmula de la fe" con otro nombre. En primer lugar, siempre habrá un misterio en lo que Dios hace y en por qué lo hace. No nos responde por sus actos ni siempre da una explicación de ellos. En segundo lugar, hasta el regreso de Cristo todo nuestro ministerio es parcial, pues ahora sólo tenemos un anticipo de lo que entonces tendremos a la perfección. Y en tercer lugar, nuestra obediencia nunca es perfecta. Grandes hombres de Dios confiesan que cuanto más se acercan a Él y cuanto más le obedecen, más conciencia tienen de los niveles más profundos de desobediencia que hay dentro de ellos, niveles que jamás soñaron que existieran. Pero nada de esto nos distrae del hecho de que la desobediencia impide el ejercicio de la autoridad para sanar y de que lo que usa Dios es la sencilla obediencia que confía.

En los últimos años he conocido a muchas personas como Tamara, quienes no son necesariamente sabias ni entendidas, pero que han ejercido gran autoridad en sanar a las criaturas de Dios. Estas personas son muy diferentes unas de otras en edad, educación y condición; pero tienen en común el deseo de proclamar las buenas nuevas de la gracia de Dios en Cristo y la buena voluntad de ministrar a los enfermos como Él las dirige. A menudo he observado que arriesgan sus comodidades, su reputación y hasta su subsistencia en su anhelo de ejercer la autoridad que Cristo les dio.

Cuando estaba terminando este libro, un amigo mío me llamó por teléfono para informarme que durante su trabajo como reparador de electrodomésticos visitó a una mujer que estaba en cama debido a una grave enfermedad. A pesar de su vergüenza y de la ocasión que evidentemente no era la más apropiada, se ofreció para orar por ella, y ella aceptó prudentemente la oferta. Después que él oró, ella se levantó, sorprendida y contenta de estar sintiéndose mejor. Para cuando terminó de reparar su máquina de lavar platos, ella se había recobrado por completo. Entonces él le habló de su necesidad de salvación por medio de Jesucristo, quien, como se lo explicó, acababa de sanarla. No es necesario decir que se mostró interesada.

Otro amigo mío que es médico arriesga su reputación profesional orando por algunos casos en los que por lo general se prescribirían drogas. Muchas veces esta forma de terapia resulta eficaz, pero para sus colegas es difícil de justificar.

Un pastor que conozco ha comprometido la excelente reputación de que ha gozado, al introducir reuniones de sanidad en la liturgia de su iglesia. Las reuniones mismas no causaron tanta tensión como el hecho de que en ellas las personas fueran en realidad sanadas y libradas de espíritus malos.

Hace poco conocí a una mujer que trabaja en un gran edificio de oficinas ubicado en el centro y que a la hora del almuerzo se dedica a orar por los enfermos. Su ministerio tiene

ahora tal demanda que los que necesitan su ayuda deben hacer una cita con varios días de anticipación.

Estas personas y cientos de otras que pudiera haber mencionado, han descubierto que al seguir a Cristo en su ministerio de predicación y sanidad han recibido la autoridad y el poder que hacen que este ministerio sea eficaz.

Cristo no quiere que continúen la opresión y la enfermedad que nos rodean por todas partes. Ni está impotente ante ellas. Él está dispuesto a sanar y liberar y es poderoso por el Espíritu Santo para hacerlo. Lo que espera es la obediencia de su pueblo. Como Juan White y yo concluimos en nuestro libro *Restauración de los heridos*:

> *Cristo se manifestó en realidad. Él destruyó las obras del diablo. Ya no tenemos que aguantar los esquemas de Satanás. Como seguidores de Cristo tenemos autoridad para blandir su espada conquistadora, para unirnos a Él con el fin de completar su plan de conquista para la destrucción de Satanás . . .*

Sería mejor luchar y perder que dejar que la situación actual continúe.

No hay razón por la que tengamos que perder. Estamos invitados a correr, con la espada en la mano, tras los pasos de un conquistador.[1]

---

1 White y Blue, *Restauración de los heridos*, p. 225.